Lucky Starr 5 - Las Lunas De Júpiter

Isaac Asimov



LIBROdot.com

http://www.librodot.com

1 DIFICULTADES EN JÚPITER NUEVE

Júpiter era un círculo casi perfecto de luz cremosa, con un diámetro aparente que equivalía a la mitad del de la Luna vista desde la Tierra, y una séptima parte de su luminosidad a causa de la gran distancia que le separaba del Sol. Aun así, constituía un hermoso e impresionante espectáculo.

Lucky Starr lo contempló pensativamente. Las luces de la sala de mandos estaban apagadas y Júpiter se hallaba centrado en la visiplaca, haciendo que su luz mortecina convirtiera a Lucky y su compañero en poco más que dos sombras. Lucky dijo:

-Si Júpiter fuera hueco, Bigman, podrías meter mil trescientos planetas del mismo tamaño que la Tierra y no podrías llenarlo del todo. Es mayor que todos los demás planetas juntos.

John Bigman Jones, que no permitía a nadie que le diera otro nombre que Bigman, y que medía un metro cincuenta y siete si se estiraba un poco, censuraba todo lo que fuera grande, excepto Lucky. Dijo:

-¿Y de qué sirve? No se puede aterrizar en él. Ni siquiera se puede uno acercar.

-Quizá nunca aterricemos en él -repuso Lucky-, pero sí que podremos acercarnos en cuanto las naves Agrav estén terminadas.

-Con los sirianos en el asunto -dijo Bigman, frunciendo el ceño en la penumbra-, no nos quedará más remedio que asegurarnos que así sea.

-Bueno, Bigman, ya veremos.

Bigman descargó su minúsculo puño derecho sobre la palma abierta de su otra mano.

-Arenas de Marte, Lucky, ¿cuánto rato tendremos que estar esperando aquí?

Se hallaban en la nave de Lucky, la *Shootíng* Starr, que estaba en órbita alrededor de Júpiter, una vez hubo igualado su velocidad con Júpiter Nueve, el satélite más exterior del gigantesco planeta.

El satélite se mantenía estacionario a mil quinientos kilómetros de distancia. Oficialmente, su nombre era Adrastea, pero a excepción de los más grandes y cercanos, los satélites de Júpiter se conocían normalmente por medio de números. Júpiter Nueve sólo tenía ciento cuarenta y dos kilómetros de diámetro, y en realidad no era más que un asteroide, pero parecía más grande que el distante Júpiter, a veintitrés millones de kilómetros. El satélite era una escarpada roca, gris y amenazante a la débil luz del Sol, y de escaso interés. Tanto Lucky como Bigman habían visto un centenar de panoramas semejantes en la zona de los asteroides.

Sin embargo, en un sentido era diferente. Bajo su corteza, un millar de hombres y muchos millones de dólares estaban en acción para producir unas naves que fueran inmunes a los efectos de la gravedad.

No obstante, Lucky prefería contemplar Júpiter. Incluso a su presente distancia de la nave (en realidad tres quintas partes de la distancia entre Venus y la Tierra en su punto más

próximo), Júpiter exhibía un disco lo bastante grande como para distinguir sus zonas coloreadas a simple vista. Éstas eran de color rosa pálido y azul verdoso, como si un niño hubiera metido los dedos en pintura líquida y los hubiera pasado sobre la imagen de Júpiter.

Lucky casi se olvidaba del carácter mortífero de Júpiter al considerar su belleza. Bigman tuvo que repetir su pregunta en voz más alta.

-Oye, Lucky, ¿cuánto rato tendremos que estar esperando aquí?

-Ya sabes la respuesta, Bigman. Hasta que el comandante Donahue venga a recogernos.

-Esa parte ya la conozco. Lo que yo quiero saber es por qué tenemos que esperarle.

-Porque él nos lo ha pedido.

-Oh, nos lo ha pedido. ¿Quién se cree ese tipo que es?

-El director del proyecto Agrav -dijo Lucky pacientemente.-

-Aunque lo sea, tú no tienes por qué obedecerle, ¿sabes? -

Bigman era plena y agudamente consciente de los poderes de Lucky. Como miembro titular del Consejo de Ciencias, la desinteresada y brillante organización que combatía a los enemigos de la Tierra dentro y fuera del Sistema Solar, Lucky Starr podía tomar sus propias decisión incluso frente a personas de la más alta graduación.

Pero Lucky no pensaba hacer tal cosa. Júpiter era un peligro conocido, un planeta de insoportable gravedad; pero la situación en Júpiter Nueve era aún más peligrosa porque no se conocían los puntos exactos de peligro... y hasta que Lucky supiera algo más, avanzaría con sumo cuidado.

-Ten paciencia, Bigman -dijo.

Bigman refunfuñó y encendió la luz.

-No vamos a estar contemplando Júpiter durante todo el día, ¿verdad?

Se aproximó a la pequeña criatura venusiana que subía y bajaba con rápidas sacudidas en su pecera llena de agua situada en una esquina de la sala de mandos. La escudriñó a conciencia, mientras su boca esbozaba una sonrisa de placer. La V-rana siempre producía el mismo efecto en Bigman, o bien en cualquier otro.

La V-rana era natural de los océanos venusianos, una cosa diminuta que a veces parecía ser toda ojos y pies. Tenía el cuerpo verde y similar al de una rana y no media más que quince centímetros de longitud. Sus dos grandes ojos sobresalían como un par de moras relucientes, y su pico afilado y enérgicamente curvado se abría y cerraba a intervalos irregulares. En aquel momento sus seis patas estaban retraídas, de modo que la V-rana descansaba sobre el fondo de la pecera, pero cuando Bigman dio unos golpecitos en la tapa superior, se desdoblaron como una regla de carpintero y se convirtieron en zancos.

Era una cosa horrorosa, pero Bigman la adoraba cuando estaba cerca de ella. No podía evitarlo. Cualquier otra persona habría sentido lo mismo. La V-rana se encargaba de ello.

Bigman examinó cuidadosamente el cilindro de dióxido de carbono que mantenía el agua de la V-rana bien saturada y saludable y se aseguró de que la temperatura del agua fuera de treinta y cuatro grados. (Los cálidos océanos de Venus estaban bañados por una atmósfera de dióxido de carbono y nitrógeno y saturados de ella. El oxígeno libre, inexistente en Venus excepto en las ciudades recubiertas hechas por el hombre en el fondo de sus bajíos oceánicos, habría sido muy difícil de respirar para la V-rana.)

Bigman dijo:

-¿Crees que tendrá suficientes algas marinas? -Y como si la V-rana hubiera oído la pregunta, arrancó con el pico un zarcillo verde del alga venusiana que se extendía a lo largo de la pecera, y lo masticó lentamente.

Lucky repuso:

-Bastará hasta que aterricemos en Júpiter Nueve. -Y entonces los dos hombres-alzaron vivamente la vista al oír el inconfundible zumbido de la señal receptora.

Un rostro severo y arrugado quedó centrado en la visiplaca cuando Lucky hubo hecho rápidamente los ajustes necesarios.

-Aquí Donahue -dijo enérgicamente una voz.

-Sí, comandante -repuso Lucky-. Le estamos aguardando.

-Pues despejen la antecámara para el ajuste del túnel.

En el rostro del comandante, escrita en una expresión tan clara como si consistiera en letras del tamaño de meteoros de la Clase 1, estaba la inquietud..., la angustia y la inquietud.

Lucky se había acostumbrado a no ver otra expresión en los rostros de los hombres durante las últimas semanas. En la del consejero jefe Héctor Conway, por ejemplo. Para el consejero jefe, Lucky era casi un hijo, y el anciano no tenía necesidad de fingir una tranquilidad que no sentía.

La sonrosada cara de Conway, normalmente afable y reveladora de una gran confianza en sí mismo bajo su corona de cabello blanco, estaba contraída en un ceño de inquietud.

-Hace meses que espero una oportunidad para hablar contigo.

-¿Algún problema? -preguntó serenamente Lucky. Hacía menos de un mes que había regresado de Mercurio, y había pasado todo ese tiempo en su apartamento de Nueva York-. ¿Por qué no me llamaste?

-Te hablas ganado unas vacaciones -repuso ásperamente Conway-. ¡Ojalá pudiera autorizarte para que las prolongaras!

-Dime de qué se trata, tío Héctor.

Los cansados ojos del consejero jefe se clavaron en los del alto y ágil jovencito que tenía enfrente y pareció encontrar consuelo en aquellos serenos ojos castaños.

-¡Sirio! -dijo.

Lucky sintió una oleada de excitación en su interior. ¿Era el gran enemigo por fin?

Hacía siglos que las primeras expediciones procedentes de la Tierra habían colonizado los planetas de las estrellas más cercanas. En esos mundos localizados fuera del Sistema Solar se habían desarrollado nuevas sociedades; sociedades independientes que apenas recordaban su origen terrestre.

Los planetas sirianos formaban la más fuerte y antigua de estas sociedades. La sociedad se había desarrollado en mundos nuevos donde una avanzada ciencia explotaba sus ilimitados recursos. No era ningún secreto que los sirianos, convencidos de que representaban lo mejor de la humanidad, esperaban el día en que gobernarían a los hombres de todo el universo; y que consideraban a la Tierra, el mundo madre, como su mayor enemigo.

En el pasado hablan hecho todo lo posible para mantener a los enemigos de la Tierra en su planeta*, pero nunca se habían considerado bastante fuertes para arriesgarse a una guerra abierta.

¿Y ahora?

-¿Qué quieres decir con esto de Sirio? -preguntó Lucky.

Conway se apoyó en el respaldo de la silla. Sus dedos tabalearon ligeramente sobre la superficie de la mesa.

-Sirio se hace más fuerte a cada año que pasa -dijo-. Nosotros lo sabemos. Pero sus mundos están escasamente poblados; no son más que unos cuantos millones. Nosotros aún tenemos más seres humanos en nuestro Sistema Solar de los que existen en el resto de la Galaxia. Tenemos más naves y más científicos; aún les llevamos ventaja. Pero, por el espacio, no mantendremos esa ventaja si las cosas continúan igual.

-¿En qué sentido?

-Los sirianos están descubriendo cosas. El Consejo posee una evidencia terminante según la cual los sirianos están al cabo de la calle de nuestra investigación Agrav.

-¿Qué? -se sobresaltó Lucky. Había pocas cosas tan ultrasecretas como el proyecto Agrav. Una de las razones por las que su construcción había sido confinada a uno de los satélites exteriores de júpiter fue la de conseguir una mayor seguridad-. Gran Galaxia, ¿cómo ha ocurrido?

Conway sonrió amargamente.

-Ésta es la cuestión. ¿Cómo ha ocurrido? Se está filtrando toda clase de información con destino a ellos, y no sabemos cómo. Los datos del proyecto son lo que más nos preocupa. Hemos tratado de evitarlo. No hay un solo hombre en todo el proyecto que no haya sido cuidadosamente investigado. No hay precaución que no hayamos tomado. Sin embargo, la información sigue filtrándose. Hemos introducido datos falsos y también han trascendido. Lo sabemos por medio de nuestro servicio de información. Hemos introducido datos de tal forma que *no podían* trascender, y han trascendido.

* Véase *Lucky Starr. Los piratas de los Asteroides*, en esta misma colección.

Librodot

-¿A qué te refieres con eso de que *no podían* trascender?

-Los esparcimos de manera que ningún hombre solo (de hecho, ni siquiera media docena de hombres) pudiera enterarse de todos. Pero así ocurrió. Eso significa que un cierto número de hombres está cooperando en el espionaje, lo cual resulta increíble.

-O que hay un hombre que tiene acceso a todas partes -dijo Lucky.

-Eso es igualmente imposible. Tiene que ser algo nuevo, Lucky. ¿Ves la implicación? Si Sirio posee una nueva forma de hurgar en nuestro cerebro, nunca más estaremos seguros. No podríamos organizar una defensa contra ellos. No podríamos hacer planes contra ellos.

-Espera un momento, tío Héctor. Gran Galaxia, no vayas tan deprisa. ¿A qué te refieres cuando dices que están hurgando en nuestro cerebro? -Lucky clavó su penetrante mirada en el anciano.

El consejero jefe se ruborizó.

-Espacio, Lucky, me estoy desesperando. No veo de qué otra forma pueden hacerlo. Los sirianos deben de haber descubierto alguna forma de captación del pensamiento, de telepatía.

-¿Por qué te resistías a decirlo? Supongo que es posible. Por lo menos, nosotros conocemos uno de los medios prácticos de telepatía; las V-ranas venusianas.

-De acuerdo -repuso Conway-. Yo también he pensado en eso, pero ellos no tienen ninguna V-rana venusiana. Estoy al corriente de la investigación sobre V-ranas. Se necesitan miles trabajando en combinación para hacer posible la telepatía. Mantener un centenar de ellas en cualquier sitio que no fuera Venus sería horriblemente difícil, y muy fácil de descubrir. Y sin V-ranas no hay manera de obtener una comunicación telepática.

-Ninguna manera que nosotros conozcamos -objetó suavemente Lucky-, por ahora. Es posible que los sirianos estén más adelantados que nosotros en investigación telepática.

-¿Sin V-ranas?

-Incluso sin V-ranas.

-No lo creo -exclamó violentamente Conway~-. No puedo creer que los sirianos hayan resuelto un problema que constituye un enigma para el Consejo de Ciencias.

Lucky reprimió una sonrisa ante el orgullo del anciano por la organización, pero tuvo que admitir que en ello había algo más que simple orgullo. El Consejo de Ciencias tenía en su seno la mayor colección de hombres inteligentes que la Galaxia había visto jamás, y durante un siglo cualquier adelanto científico de alguna importancia se había debido únicamente al Consejo.

No obstante, Lucky no pudo evitar una pequeña observación irónica. Dijo:

-Sus robots están más perfeccionados que los nuestros.

-No exactamente -replicó Conway-. Sólo en su aplicación. Los terrícolas inventamos el cerebro positrónico que hizo posible el moderno hombre mecánico. No lo olvides. La Tierra

es la promotora de todos los adelantos básicos. Es sólo que Sirio construye más robots y -titubeó- ha perfeccionado algunos detalles técnicos.

-Es lo que pude comprobar en Mercurio -dijo sombríamente Lucky*.

-Sí, lo sé, Lucky. Te salvaste por los pelos.

-Pero ya todo ha pasado. Consideremos lo que ahora nos preocupa. La situación es ésta: Sirio está llevando a cabo una triunfal labor de espionaje y nosotros no podemos evitarlo.

-Sí.

-Y el proyecto Agrav está seriamente afectado.

-Sí.

-Y supongo, tío Héctor, que lo que tú quieres es que vaya a Júpiter Nueve y averigüe lo que está sucediendo.

Conway asintió tristemente.

-Es lo que me gustaría que hicieras. Ya sé que no es justo. Me he acostumbrado a considerarte como mi as, mi comodín, un hombre al que puedo encargar de resolver cualquier problema y estar seguro de que lo resolverá. Sin embargo, ¿qué podrías hacer en este caso? No hay nada que el Consejo no haya intentado y no hemos localizado a ningún espía ni método de espionaje. ¿Qué otra cosa podemos esperar de ti?

-No de mí solo. Tendré ayuda.

-¿Bigman? -El anciano no pudo reprimir una sonrisa.

-No sólo Bigman. Déjame preguntarte una cosa. Que tú sepas, ¿saben los sirianos algo sobre nuestra investigación acerca de las V-ranas en Venus?

-No -respondió Conway-. No se ha filtrado ninguna información de esa clase, que yo sepa.

-Entonces solicito que me sea asignada una V-rana.

-¡Una V-rana! ¿Una V-rana?

-Eso es.

-¿Y de qué va a servirte? El campo mental de una sola V-rana es terriblemente débil. No podrás leer el pensamiento de nadie.

-Es verdad, pero podré detectar oleadas de fuerte emoción.

Conway repuso pensativamente:

* Véase *El Gran sol de Mercurio*, en esta misma colección.

Librodot

-Es posible, pero ¿de qué va a servirte?

-Aún no estoy seguro. Sin embargo, será una ventaja que otros investigadores no han tenido. Una onda emocional inesperada por parte de alguien de allí puede ayudarme, puede proporcionarme una base en qué fundar mis sospechas, puede señalarme el camino de la futura investigación. Y, además...

-¿Sí?

-Si alguien tiene poder telepático, sea natural o desarrollado por medio de alguna ayuda artificial, puedo detectar algo mucho más fuerte que una oleada de emoción. Puedo detectar un pensamiento, un pensamiento importante, antes de que el individuo haya leído en mi mente lo bastante para ocultar sus pensamientos. ¿Comprendes lo que quiero decir?

-También podría detectar tus emociones.

-Teóricamente, sí, pero yo estaré a la espera de una emoción, por así decirlo. Él, no.

Los ojos de Conway se iluminaron.

-Es una esperanza muy débil, pero, por el espacio, ¡es una esperanza! Te conseguiré la V-rana... Pero una cosa, David... -y era sólo en momentos de gran inquietud cuando empleaba el verdadero nombre de Lucky, aquel por el que el joven consejero había sido conocido a lo largo de toda su infancia-, quiero que comprendas la importancia de todo esto. Si no averiguamos lo que están haciendo los sirianos-, significa que realmente han logrado sobrepasarnos. Y eso significa que la guerra no puede demorarse mucho. La guerra o la paz dependen de esto.

-Lo sé -dijo Lucky en voz baja.

2 EL COMANDANTE SE ENFADA

Y así sucedió que Lucky Starr, terrícola, y su pequeño amigo, Bigman Jones, nacido y criado en Marte*, atravesaron el cinturón del asteroide y se internaron en las zonas externas del Sistema Solar. Y fue por esta razón también que un nativo de Venus, que no era un hombre, sino un pequeño animal que leía el pensamiento e influenciaba la mente, les acompañó.

Ahora flotaban a mil quinientos kilómetros por encima de Júpiter Nueve y esperaban que un flexible túnel transportador uniera la Shooting Starr y la nave del comandante. El túnel enlazó una antecámara de compresión con otra y formó un pasadizo que los hombres podían utilizar para ir de una nave a otra sin tener que ponerse un traje espacial. El aire de ambas naves se fusionaba, y un hombre habituado al espacio, aprovechándose de la ausencia de gravedad, podía lanzarse por el túnel tras un solo empujón inicial y guiarse en aquellos lugares donde el túnel describía una curva con la suave fuerza reguladora de un codo bien colocado.

Las manos del comandante fueron la primera parte de su cuerpo que apareció por la abertura de la antecámara. Se asieron al borde de la abertura y empujaron de tal forma que el comandante entró de un salto y se encontró en el campo de gravedad artificial localizada (o campo de seudogravedad, como se denominaba habitualmente) sin apenas tambalearse. Fue una buena entrada, y Bigman, que era muy exigente con toda clase de técnicas espaciales, movió aprobativamente la cabeza.

-Buen día, consejero Starr -dijo Donahue con aspereza. Siempre era difícil escoger entre el «buenos días», «buenas tardes», o «buenas noches» en el espacio, donde, literalmente hablando, no había ni día, ni tarde, ni noche. «Buen día» era el término neutral empleado normalmente por los astronautas.

-Buen día, comandante -dijo Lucky-. ¿Es que hay alguna dificultad para nuestro aterrizaje en Júpiter Nueve que justifique este retraso?

-¿Alguna dificultad? Bueno, depende de cómo se mire. -Paseó la mirada a su alrededor y se sentó en uno de los pequeños taburetes destinados al piloto-. Me he puesto en contacto con la sede del Consejo, pero ellos dicen que he de hablar con usted directamente, así que aquí estoy.

El comandante Donahue era un hombre de aspecto vigoroso que siempre parecía estar preocupado. Su rostro mostraba profundas arrugas, y su cabello grisáceo dejaba entrever que en otro tiempo había sido castaño. Sus manos tenían prominentes venas azules, y hablaba de forma explosiva, lanzando las frases en una rápida sucesión de palabras.

¿ Hablar conmigo sobre qué, señor? -preguntó Lucky.

-Sobre esto, consejero. Quiero que regrese a la Tierra.

* Véase *El ranger del espacio*, en esta misma colección.

Librodot

-¿Por qué, señor?

El comandante no miró directamente a Lucky mientras hablaba.

-Tenemos un problema de moral. Nuestros hombres han sido investigados e investigados e investigados. Todos ellos han sido hallados inocentes cada vez, y cada vez se inicia una nueva investigación. No les gusta y a usted tampoco le gustaría. No les gusta que sospechen continuamente de ellos. Y yo estoy de su parte. Nuestra nave Agrav está casi terminada y éste no es momento para molestar a mis hombres. Hablan de declararse en huelga.

Lucky repuso tranquilamente:

-Sus hombres pueden haber sido declarados inocentes, pero la información sigue filtrándose.

Donahue se encogió de hombros.

-Entonces debe proceder de algún otro lado. Debe... -se interrumpió y una repentina e incongruente nota de cordialidad entró en su voz- ¿Qué es eso?

-Bigman siguió la dirección de su mirada y se apresuró a contestar:

-Eso es nuestra V-rana, comandante, y yo soy Bigman.

El comandante no dio muestras de haber oído la presentación. En cambio, se acercó a la V-rana, con la vista fija en la pecera.

-Es una criatura de Venus, ¿verdad?

-Así es -repuso Bigman.

-Había oído hablar de ellas. Sin embargo, nunca había visto ninguna. Es un animalito muy simpático, ¿verdad?

Lucky esbozó una sonrisa divertida. No encontraba raro que, en medio de una importantísima conversación, el comandante lo olvidara todo para extasiarse ante la pequeña criatura acuática de Venus. La misma V-rana lo hacía inevitable.

La pequeña criatura miraba también a Donahue con sus ojos negros, balanceándose sobre sus patas extensibles y haciendo un ligero ruido con su pico de loro. En todo el universo conocido su medio de supervivencia era único. No tenía armas defensivas, ni armadura de ninguna clase. No tenía garras ni dientes ni cuernos. Su pico podía morder, pero ni siquiera este mordisco hacía daño a una criatura mayor que ella.

Sin embargo, se multiplicaba libremente en la superficie cubierta de algas del océano venusiano, y ninguno de los feroces predadores de las profundidades oceánicas la importunaba, simplemente porque las V-ranas podían controlar las emociones. Provocaban instintivamente la simpatía de todas las demás formas de vida, logrando que no intentaran siquiera molestarlas. Por eso sobrevivían. Hacían más que eso: florecían.

Ahora aquella V-rana en particular estaba provocando en Donahue, por lo que parecía, un sentimiento de amistad, de modo que el hombre armado la señaló con un dedo a través del

cristal y se rió al ver que erguía la cabeza y se desplomaba al doblar súbitamente las patas, cuando Donahue bajó el dedo.

-¿Cree que podríamos tener unas cuantas en Júpiter Nueve, Starr? -preguntó-. Aquí nos encantan las mascotas. Un animalito aquí y allí te hace sentir en casa.

-No es muy práctico -dijo Lucky-. Las V-ranas resultan difíciles de mantener. Tienen que vivir en un sistema saturado de dióxido de carbono, ¿sabe? El oxígeno les resulta venenoso, y eso complica las cosas.

-¿Quiere decir que no pueden meterse en una pecera abierta?

-A veces, sí. Así es como las guardan en Venus, donde el dióxido de carbono es muy barato y siempre pueden volver a soltarse en el océano si no parecen felices. Sin embargo, en una nave o un mundo sin aire, no es posible sobrecargar el ambiente de dióxido carbónico, de modo que un sistema cerrado es lo mejor.

-Oh. -El comandante pareció decepcionado.

-Volviendo a nuestro anterior tema de conversación -dijo vivamente Lucky-, no tengo más remedio que rechazar su sugerencia de que me vaya. Tengo una misión que cumplir y debo llevarla a término.

Parecieron necesarios unos segundos para que el comandante se sustrajera al hechizo causado por la V-rana. Su rostro se ensombreció.

-Estoy seguro de que no se da plena cuenta de la situación. -Se volvió repentinamente, para mirar a Bigman-. Piense en su ayudante, por ejemplo.

El pequeño marciano, poniéndose rígido, empezó a enrojecer.

-Me llamo Bigman -dijo-; ya se lo he dicho antes.

-No es un hombre muy grande*, sin embargo -repuso el comandante.

Y aunque Lucky se apresuró a poner una mano apaciguadora sobre el hombro de su compañero, fue inútil. Bigman exclamó:

-La grandeza no se mide por las apariencias, señor. Mi nombre es Bigman, y soy un gran hombre en comparación a usted o cualquiera que usted quiera designar, dejando aparte la cinta métrica. Y si no me cree... -Agitó vigorosamente el hombro izquierdo-. Suéltame, Lucky, ¿quieres? Ese tipo...

-¿Me harás el favor de esperar un minuto, Bigman? -pidió Lucky-. Sepamos lo que el comandante trata de decirnos.

Donahue pareció sobresaltarse ante el súbito ataque verbal de Bigman.

-Le aseguro que mi intención era buena -dijo-. Si le he ofendido, lo siento.

* Juego de palabras intraducible: Bigman significa *hombre grande.*

-¿Ofenderme? -exclamó Bigman, con voz chillona-. ¿A mí? Escuche, quiero decirle algo sobre mí; no me enfado nunca, y en vista de que se ha disculpado, vamos a olvidar lo ocurrido. -Se ajustó el cinturón y bajó las manos dando una palmada sobre las botas naranjas y bermellón que le llegaban a la rodilla y constituían la herencia de su pasado como agricultor marciano y sin las cuales no se dejaba ver nunca en público (a menos que las sustituyera por otras de colores igualmente chillones). -Voy a hablarle claramente, consejero -dijo Donahue, volviéndose de nuevo hacia Lucky-. Tengo casi un millar de hombres en Júpiter Nueve, y todos ellos son muy fuertes. Tienen que serlo. Están lejos de su casa. Hacen un trabajo duro. Corren grandes riesgos. Tienen su propio concepto de la vida. Por ejemplo, hacen novatadas a los recién llegados y le aseguro que no se andan con chiquitas. A veces los recién llegados no pueden resistirlo y regresan a casa. A veces sufren algún daño. Si lo superan, todo va estupendamente.

Lucky preguntó:

-¿Está oficialmente permitido?

-No, pero sí extraoficialmente. Los hombres han de distraerse de algún modo, y no podemos permitirnos el lujo de atraernos su enemistad interviniendo en sus bromas. Los hombres buenos son difíciles de reemplazar aquí. No hay mucha gente que esté dispuesta a venir a las lunas de Júpiter, ¿sabe? Y, por otra parte, esta iniciación sirve para seleccionar al personal. Aquellos que no superan esta prueba seguramente fracasarían en otros aspectos. Por eso he hecho mención a su amigo.

El comandante alzó las manos apresuradamente.

-No me interpreten mal. Estoy de acuerdo en que la estatura no quiere decir nada; él puede ser muy inteligente y todo lo que ustedes quieran. Pero ¿será capaz de enfrentarse con lo que le espera? ¿Y usted, consejero?

-¿Se refiere a las novatadas?

-Serán desagradables, consejero -dijo Donahue-. Los hombres saben que van ustedes a llegar. No sé cómo, pero las noticias siempre trascienden.

-Sí, lo sé muy bien -murmuró Lucky.

El comandante frunció el ceño.

-En cualquier caso, saben que vienen para investigarlos y no tendrán piedad hacia ustedes. Están muy alborotados y usted saldrá malparado, consejero Starr. Le pido que no aterrice en Júpiter Nueve aunque sólo sea por el bien del proyecto, por el bien de mis hombres y por su propio bien. No he podido decírselo con mayor claridad.

Bigman observó el cambio que se produjo en Lucky. Su habitual aspecto de persona afable y sosegada desapareció. Sus ojos marrón oscuro se volvieron duros, y las facciones de su delgado y atractivo rostro se contrajeron en una expresión que Bigman le había visto pocas veces: intensa cólera. Todos y cada uno de los músculos del alto cuerpo de Lucky parecían estar en tensión.

Lucky dijo sibilantemente:

-Comandante Donahue, soy miembro del Consejo de Ciencias. Sólo debo obedecer al jefe del Consejo y al presidente de la Federación Solar de Mundos. Ocupo un puesto superior al suyo y usted se limitará a acatar mis decisiones y órdenes.

»Considero la advertencia que acaba de hacerme como una prueba de su incompetencia. No diga nada, por favor; espere a que haya terminado. Es evidente que no puede controlar a sus hombres y no sabe hacerse obedecer. Ahora escúcheme bien: voy a aterrizar en Júpiter Nueve y llevaré a cabo mis investigaciones. Si usted no puede dominar a sus hombres, lo haré yo mismo.

Hizo una pausa mientras el otro le miraba boquiabierto y trataba inútilmente de decir algo. Le espetó:

-¿Me ha comprendido, comandante?

El comandante Donahue, con el rostro congestionado por la ira, consiguió articular:

-Daré parte de esto al Consejo de Ciencias. No permitiré que ningún jovencito arrogante me hable de este modo, sea consejero o no. Mi hoja de servicios es tan buena como la mejor. Además, haré constar mi advertencia en el informe, y si le ocurre alguna cosa en Júpiter Nueve, correré alegremente el riesgo de un consejo de guerra. No moveré un dedo por usted. De hecho, espero... espero que le enseñen buenos modales, porque...

Las palabras volvieron a faltarle. Giró sobre los talones, en dirección a la antecámara abierta, conectada todavía con el túnel espacial a su propia nave. Se encaramó a él, demasiado encolerizado para agarrarse al asidero, y estuvo a punto de caerse.

Bigman miró con temor cómo desaparecían los talones del comandante por el túnel. La cólera del otro había sido tan intensa que el pequeño marciano se había contagiado de ella como si oleadas de calor se hubieran cernido sobre él.

Bigman dijo:

-¡Vamos, ese tipo se ha excedido! Pero tú le has dado un buen rapapolvo.

Lucky asintió.

-Estaba furioso; de eso no hay duda.

Bigman dijo:

-Escucha, quizás el espía sea él. Es el que más cosas sabe; el que tiene más oportunidades.

-También es al que investigarían más a fondo, así que tu teoría es dudosa. Pero por lo menos nos ha ayudado a realizar un pequeño experimento, así que cuando vuelva a verle tendré que disculparme.

-¿ Disculparte? -Bigman estaba horrorizado. Tenía la firme opinión de que las disculpas eran algo que sólo los demás tenían que pedir-. ¿Por qué?

-Vamos, Bigman, ¿crees realmente que hablaba en serio?

-¿No estabas enfadado?

-No.

-¿Así que todo ha sido una farsa?

-Podríamos llamarlo así. Quería hacerle enfadar, hacerle enfadar de veras, y lo he conseguido. Lo sé de primera mano.

-¿De primera mano?

-¿Tú no? ¿Acaso no has sentido que su cólera te alcanzaba también a ti?

-¡Arenas de Marte! ¡La V-rana!

-Naturalmente. Ha recibido la ira del comandante y nos la ha transmitido a nosotros. Tenía que averiguar si una sola V-rana podía lograrlo. Ya lo comprobamos en la Tierra, pero hasta probarlo en las actuales condiciones de campo, no he estado seguro. Ahora lo estoy.

-Transmite estupendamente.

-Lo sé. Eso demuestra que, por lo menos, tenemos un arma a nuestra disposición.

3 EL PASILLO AGRAV

-Es un tanto a nuestro favor -dijo ferozmente Bigman-. Ya no tenemos nada que temer.

-No te precipites -repuso apresuradamente Lucky-, no te precipites, amigo mio. Ésta no es un arma propiamente dicha. Detectaremos las emociones fuertes, pero quizá no percibamos ninguna que nos dé la clave del misterio. Es como tener ojos. Podemos ver, pero quizá no veamos lo que buscamos, o por lo menos no siempre.

-Tú lo verás -dijo Bigman confiadamente.

La caída hacia Júpiter Nueve recordó a Bigman otras maniobras similares en el cinturón del asteroide. Tal como Lucky le explicara en el viaje de ida, la mayoría de los astrónomos había considerado a Júpiter Nueve como un verdadero asteroide bastante grande que había sido atraído por el enorme campo gravitacional de Júpiter muchos millones de años antes.

De hecho, Júpiter había atraído a tantos asteroides que allí, a veintitrés millones de kilómetros del gigantesco planeta, había una especie de cinturón de asteroides en miniatura que pertenecía únicamente a Júpiter. Los cuatro mayores de estos satélites-asteroides, cuyo diámetro oscilaba entre sesenta y ciento cincuenta kilómetros, eran Júpiter Doce, Once, Ocho y Nueve. Además, había por lo menos un centenar de satélites adicionales que sobrepasaban los dos kilómetros de diámetro, sin numerar y sin importancia. Sus órbitas no habían sido trazadas hasta diez años antes, cuando se decidió establecer un centro de investigación de antigravedad en Júpiter Nueve y la necesidad de viajar por la zona acrecentó la población del espacio circundante.

El satélite iba ingiriendo cielo a medida que se aproximaba y se convertía en un áspero mundo de montículos y canales rocosos, que ningún soplo de aire había suavizado en los millones de años de su historia. Bigman, que seguía pensativo, dijo:

-Lucky, ¿sabes por qué diablos llaman a esto Júpiter Nueve? No es el noveno en cuanto a distancia de Júpiter, por lo que veo en el atlas. Júpiter Doce está mucho más cerca.

Lucky sonrió.

-Lo malo de ti, Bigman, es que estás mal acostumbrado. Sólo porque has nacido en Marte, crees que la humanidad ha viajado por el espacio desde la creación. Mira, muchacho, sólo hace mil años que la humanidad inventó la primera nave espacial.

-Eso ya lo sé -repuso Bigman, indignado-. No soy tan ignorante. He ido a la escuela. Ahora no quieras dártelas de listo.

La sonrisa de Lucky se hizo más amplia, y golpeó ligeramente el cráneo de Bigman con dos nudillos.

-¿Hay alguien en casa?

Bigman dirigió un puño hacia el abdomen de Lucky, pero Lucky lo atrapó en el aire e inmovilizó a su pequeño compañero.

-Es muy sencillo, Bigman. Antes de que se inventaran los viajes espaciales, los hombres estaban reducidos a la Tierra y todo lo que sabían de Júpiter era que podían verlo con un telescopio. Los satélites están numerados en el orden en que fueron descubiertos, ¿comprendes?, -Oh -dijo Bigman, desasiéndose de un tirón-. ¡Pobres antepasados! -Se echó a reír, como hacía siempre cuando pensaba que los humanos habían estado restringidos a un solo mundo, desde donde estudiaban melancólicamente el espacio, mientras se libraba de las garras de Lucky.

Lucky prosiguió:

-Los cuatro grandes satélites de Júpiter están numerados con el Uno, Dos, Tres y Cuatro, como es natural, pero los números no se emplean casi nunca. Los nombres de Io, Europa, Ganímedes y Calisto son nombres conocidos. El satélite más próximo, uno muy pequeño, es Júpiter Cinco, mientras que los más alejados se designan por medio de números que llegan hasta el Doce. Los conocidos por números superiores al doce no fueron descubiertos hasta que se inventaron los vuelos espaciales y los hombres llegaron a Marte y al cinturón de asteroides... Ahora pon atención. Tenemos que prepararnos para el aterrizaje.

Era asombroso, pensó Lucky, lo minúsculo que parecía un mundo de ciento cuarenta y dos kilómetros de diámetro cuando se estaba lejos de él. Claro que un mundo -de esas proporciones es minúsculo comparado con Júpiter o incluso la Tierra. Colocándolo sobre la Tierra, su diámetro es tan pequeño que podría encajar en el estado de Connecticut sin sobresalir nada en absoluto; y su superficie es menor que la de Pennsilvania.

Y, sin embargo, cuando se entra en ese mundo, cuando se introduce la nave en una gran antecámara de compresión y es trasladada por medio de gigantescos rezones (que trabajan contra una fuerza gravitacional de casi cero, pero que han de vencer la inercia) a una enorme caverna capaz de albergar un centenar de naves del tamaño de la *Shooting Starr,* deja de parecer tan pequeño.

Y cuando se encuentra el mapa de Júpiter Nueve en la pared de un despacho y se estudia la red de cavernas y pasillos subterráneos dentro de los cuales se llevaba a cabo un complicado programa, empieza a parecer realmente grande. En el mapa se veía la proyección horizontal y vertical del volumen de trabajo de Júpiter Nueve, y aunque sólo una pequeña parte del satélite estaba siendo utilizada, Lucky vio que algunos de los pasillos se introducían hasta cuatro kilómetros bajo tierra y que los demás se extendían a lo largo de casi ciento cincuenta kilómetros justo debajo de la superficie.

-Un trabajo impresionante -dijo en voz baja al teniente que estaba junto a él.

El teniente Augustus Neysky asintió brevemente. Llevaba un uniforme inmaculado y reluciente. Tenía un rígido bigotito rubio, y sus separados ojos azules tenían la costumbre de mirar hacia delante como si estuvieran perpetuamente alertas.

Repuso con orgullo:

-Aún estamos en pleno desarrollo.

Se había presentado a sí mismo un cuarto de hora antes, cuando Lucky y Bigman descendieron de la nave, como el guía personal que les había asignado el comandante Donahue.

Lucky comentó con buen humor:

-¿Guía o guardián, teniente? Va usted armado.

En las facciones del otro no pudo observarse ni una sombra de emoción.

-Todos los oficiales de servicio llevan armas, consejero. No tardará en comprobar que aquí van a necesitar un guía.

Pero pareció relajarse, y se revistió de los habituales sentimientos humanos al escuchar las admiradas alabanzas de los visitantes sobre el proyecto. Dijo:

-Claro que la ausencia de un campo gravitacional importante hace factible ciertos trucos de ingeniería que no darían resultado en la Tierra. Los pasillos subterráneos no necesitan prácticamente sustentación.

Lucky asintió, y después dijo:

-Tengo entendido que la primera nave Agrav está lista para despegar.

El teniente guardó un momento de silencio. Su rostro volvió a despojarse de toda emoción o sentimiento. Después dijo ceremoniosamente:

-Primero les mostraré sus habitaciones. Se puede llegar a ellas con toda facilidad por medio de Agrav, si logro convencerles para que usen un pasillo Agrav...

-Oye, Lucky -llamó Bigman con repentina excitación-. Mira esto.

Lucky se volvió. Era un gato en pleno crecimiento, gris como el humo, con la mirada de solemne tristeza que suelen tener los gatos, y un lomo que se arqueaba fácilmente contra las curvadas piernas de Bigman. Estaba ronroneando.

Lucky comentó:

-El comandante dijo que aquí les encantaban las mascotas. ¿Es ésta la suya, teniente?

El oficial enrojeció.

-Es un poco de todos. También hay otros gatos. Llegan a veces en las naves de suministro. Tenemos algunos canarios, un periquito, ratones blancos y peces de colores. Cosas así. Sin embargo, no tenemos nada parecido a ese «sea lo que fuere» suyo. -Y sus ojos, al mirar rápidamente hacia el recipiente de la V-rana que Lucky llevaba bajo el brazo, lanzaron una chispa de envidia.

Pero Bigman no apartaba la vista del gato. En Marte no había vida animal, y los animalitos pedidos de la Tierra siempre tenían para él el encanto de la novedad.

-Le gusto, Lucky.

-Es una gata -dijo el teniente, pero Bigman no le prestó atención. La gata, con la cola levantada en línea recta y sólo la punta colgando, pasó junto a él, girando bruscamente como para presentar un lado y después el otro a la suave caricia de Bigman.

Y entonces el ronroneo cesó, y en la mente de Bigman se introdujo una sensación de ardiente y febril impulso de caza.

Esto le ocasionó un pequeño sobresalto, hasta que se dio cuenta de que el gato había dejado de ronronear y se agazapaba ligeramente en la tensa postura de ataque dictada por sus antiquísimos instintos.

Sus rasgados ojos verdes estaban fijos en la V-rana.

Pero la emoción, tan felina en sí misma, desapareció casi tan repentinamente como había llegado. El gato avanzó con lentitud hacia el recipiente de cristal que Lucky sostenía y miró curiosamente al interior, ronroneando de contento. Al gato también le gustaba la V-rana. Tenía que gustarle.

Lucky dijo:

-Nos estaba usted informando, teniente, de que tendríamos que llegar a nuestra habitación por medio de Agrav. ¿Querrá explicarnos lo que eso significa?

El teniente, que también había estado contemplando cariñosamente a la V-rana, tomó aliento antes de contestar:

-Sí. Es muy sencillo. Aquí en Júpiter Nueve tenemos campos de gravedad artificial, igual que en cualquier asteroide o nave espacial. Están dispuestos en todos los pasillos principales, de un extremo a otro, de modo que se pueda caer por ellos en ambas direcciones. Es como dejarse caer por un agujero en la Tierra.

Lucky asintió.

-¿A qué velocidad se cae?

-Bueno, ésta es la cuestión. De manera normal la gravedad atrae constantemente y se cae cada vez con mayor rapidez...

-Razón por la cual le he hecho la pregunta -interrumpió secamente Lucky.

-Pero eso no ocurre bajo los controles Agrav. Agrav es en realidad Agrav: sin gravedad. La Agrav puede utilizarse para absorber energía gravitacional, para almacenarla, o transferirla. La cuestión es que se cae con rapidez uniforme, ¿comprende?, pero no mayor. Además, con un campo gravitacional en la otra dirección, incluso se puede aminorar la velocidad. Un pasillo Agrav con dos campos de seudogravedad es muy sencillo y ha sido usado como pasadera de una nave Agrav, que tiene un solo campo gravitacional. La Sección de Ingenieros, donde están sus habitaciones, sólo dista unos dos kilómetros de aquí y el camino más corto es por el pasillo A-2. ¿Preparados?

-Lo estaremos en cuanto nos explique cómo debemos manejar la Agrav.

-Esto no es ningún problema. -El teniente Nevsky les entregó un ligero arnés, que ajustó por encima de sus hombros y alrededor de su cintura, mientras les explicaba el funcionamiento de los mandos.

Y, a continuación, dijo:

-Si quieren seguirme, caballeros, el pasillo está a pocos metros en esta dirección.

Bigman titubeó a la entrada del pasillo. No le asustaba el espacio en sí mismo, ni las caídas en sí mismas. Pero toda su vida había estado salvando obstáculos bajo la gravedad marciana u otra menor. Esta vez el campo de seudogravedad era igual al de la Tierra, y bajo su influencia el pasillo era un agujero brillantemente iluminado que parecía caer en línea recta hacia el centro del satélite, aunque en realidad (Bigman se lo dijo para tranquilizarse) era paralelo a la superficie.

El teniente dijo:

-Éste es el camino que va en dirección a la Sección de Ingenieros. Si nos acercáramos desde el otro lado, «abajo» parecería estar en la otra dirección. O podríamos hacer que el «arriba» y el «abajo» cambiara de lugar ajustando debidamente nuestros mandos Agrav.

Vio la expresión de Bigman y dijo:

-Ya captarán la idea por el camino. Al cabo de un rato, se convierte en algo instintivo.

Entró en el pasillo y no se cayó ni un milímetro. Daba la impresión de hallarse sobre una plataforma invisible.

Muy seriamente, preguntó:

-¿Han puesto el cuadrante a cero?

Bigman así lo hizo, e instantáneamente toda sensación de gravedad desapareció. Entró en el pasillo.

En aquel momento, la mano que el teniente apoyaba sobre la palanca central de sus propios mandos la accionó bruscamente, y empezó a caer, ganando velocidad. Lucky le siguió, y Bigman, que habría caído a lo largo de todo el pasillo bajo doble gravedad y se habría estrellado antes que no hacer algo que Lucky hiciera, tomó aliento y se dejó caer.

-Vuelvan al cero -gritó el teniente-, y descenderán a una velocidad constante. En seguida le cogerán el truco.

Periódicamente se acercaban y pasaban junto a unas luminosas letras verdes que advertían: PERMANEZCAN A ESTE LADO. En una ocasión vieron a un hombre pasando rápidamente (cayendo, en realidad) en dirección opuesta. Iba a una velocidad muy superior a la suya.

-¿Se producen choques alguna vez, teniente? -preguntó Lucky.

-Casi nunca -contestó el teniente-. El transeúnte experimentado está al tanto de las personas que van a pasarle o que él va a pasar, y es muy fácil disminuir la velocidad o aumentarla. Claro que hay veces en que los muchachos chocan a propósito. Es una diversión un poco especial que puede acabar con alguna clavícula rota. -Dirigió a Lucky una rápida mirada-. Nuestros muchachos son muy brutos.

Lucky repuso:

-Lo sé; el comandante me advirtió sobre ello.

Bigman, que había estado mirando hacia abajo del túnel por donde caían, exclamó con repentina agitación:

-Oye, Lucky, es muy divertido cuando te has acostumbrado. -Y ajustó los mandos a la zona positiva.

Cayó más deprisa, su cabeza se puso al mismo nivel que los pies de Lucky, y un poco más abajo acrecentó aún más su velocidad.

El teniente Nevsky gritó con súbita inquietud:

-¡Basta, estúpido! ¡Vuelva al negativo!

Lucky lanzó un imperioso:

-¡Bigman, aminora!

Pronto le alcanzaron, y el teniente exclamó agriamente:

-¡No lo haga nunca más! En estos pasillos hay toda clase de barreras y particiones, y si no se conoce el camino, puede uno estrellarse contra ellas cuando más tranquilo se está.

-Toma, Bigman -dijo Lucky-. Lleva la V-rana. Así tendrás alguna responsabilidad y dejarás de hacer tonterías.

-Oh, Lucky -repuso Bigman, avergonzado-. No hacía más que divertirme un poco. Arenas de Marte, Lucky...

-Muy bien -dijo Lucky-. No ha pasado nada -y Bigman se tranquilizó inmediatamente.

Bigman volvió a mirar hacia abajo. Una caída a velocidad constante no era exactamente igual que una caída libre en el espacio. En el espacio, nada parecía moverse. Una nave espacial podía viajar a una velocidad de cientos de miles de kilómetros por hora y seguir existiendo la sensación de completa inmovilidad. Las lejanas estrellas nunca se movían.

Sin embargo, aquí la sensación de movimiento estaba en todas partes. Las luces y aberturas y diversas fijaciones que llenaban las paredes del pasillo se quedaban rápidamente atrás.

En el espacio, nadie se esperaba que hubiera «arriba» y «abajo», pero aquí tampoco había y daba la impresión contraria. Mientras miraba hacia abajo, más allá de sus pies, parecía «abajo» y no había problema. No obstante, cuando miraba hacia arriba, tenía la rápida sensación de que «arriba» era en realidad «abajo», que estaba cayendo hacia arriba de cabeza abajo. Se apresuró a mirarse los pies nuevamente para librarse de aquella sensación.

El teniente dijo:

-No se incline demasiado, Bigman. La Agrav funciona cuando te mantienes en la misma dirección que la caída, pero si se inclina demasiado, empezará a dar tumbos.

Bigman se enderezó.

El teniente dijo:

-No es que dar tumbos sea demasiado grave. Cualquiera que esté acostumbrado a la Agrav puede enderezarse otra vez. Sin embargo, los principiantes tropezarían con algunas dificultades para hacerlo. Ahora disminuiremos la velocidad. Pongan la esfera en negativo y déjenla aquí. En menos cinco.

Lo hizo mientras hablaba, quedándose encima de ellos. Tenía los pies al mismo nivel que los ojos de Bigman.

Bigman movió la esfera, tratando desesperadamente de igualarse con el teniente. Y mientras aminoraba la marcha, el «arriba» y el «abajo» se hicieron definitivos, pero del modo equivocado. *Estaba* cabeza abajo.

Dijo:

-Oigan, se me está subiendo la sangre a la cabeza.

El teniente repuso vivamente:

-Hay apoyos para el pie a lo largo del pasillo. Ponga los dedos del pie en uno de ellos y déjese ir rápidamente.

Lo hizo al mismo tiempo que lo decía. Bruscamente, la cabeza y los pies cambiaron de posición. Continuó balanceándose y se detuvo a sí mismo con un rápido manotazo en la pared.

Lucky siguió su ejemplo, y Bigman, que agitaba desesperadamente sus cortas piernas, acabó por encontrar uno de los apoyos para el pie. Giró bruscamente y tocó la pared con el codo con demasiada fuerza, pero consiguió enderezarse debidamente.

Por lo menos volvía a estar cabeza arriba. Ya no descendía, sino que ascendía, como si hubiera sido disparado por un cañón y ascendiera contra la gravedad cada vez más despacio; pero por lo menos estaba cabeza arriba.

Cuando su velocidad se hizo aún menor, Bigman, mirándose los pies con inquietud, pensó: «Vamos a caer nuevamente. » Y de pronto el corredor pareció un pozo sin fondo y sintió que el estómago le daba un vuelco.

Pero el teniente dijo: «Vuelvan a cero», e inmediatamente dejaron de aminorar la marcha. Empezaron a elevarse, como si fueran en un suave y lento ascensor, hasta llegar a un nivel intermedio donde el teniente, rozando uno de los asideros con los dedos del pie, se detuvo limpiamente.

-La Sección de Ingenieros, caballeros -dijo.

-Y -añadió Lucky Starr tranquilamente- un comité de recepción.

Había un grupo de hombres que les esperaba en el pasillo, cincuenta como mínimo.

Lucky dijo:

-Según usted y el comandante, les gustan los juegos peligrosos, y quizá lo que ahora quieran sea jugar.

Entró decididamente en el pasillo. Bigman, con las fosas nasales dilatadas por la excitación y contento de estar en la firme seudogravedad de un suelo sólido, agarró fuertemente la pecera de la V-rana y siguió a Lucky, enfrentándose con los hombres de Júpiter Nueve que estaban aguardándoles.

4 ¡INICIACIÓN!

El teniente Nevsky quiso dar a su voz un matiz de autoridad al mismo tiempo que apoyaba una mano en la culata de su pistola.

-¿Qué estáis haciendo aquí?

Un pequeño murmullo agitó a los hombres, pero en conjunto se mantuvieron callados. Todos los ojos se volvieron hacia el que estaba en primera fila, como si esperaran que él hablase.

El líder sonreía, y su rostro expresaba una aparente buena voluntad. Su cabello lacio, que llevaba peinado con raya en medio, tenía un ligero tinte rojizo. Tenía los pómulos salientes y mascaba chicle. Su ropa era de fibra sintética, como la de todos los demás, pero se diferenciaba ligeramente de ella, ya que la camisa y los pantalones estaban adornados con grandes y abultados botones de latón. Cuatro en la pechera de la camisa, uno en cada bolsillo de la camisa y cuatro a lo largo de cada pernera del pantalón: catorce en total. Aparentemente no servían para nada; sólo de adorno.

-Muy bien, Summers -dijo el teniente, dirigiéndose a este hombre-, ¿qué hacen aquí?

Summers habló ahora con voz suave y persuasiva:

-Bueno, pues verá, teniente, hemos venido a recibir al recién llegado. Él hablará con muchos de nosotros; nos hará preguntas. ¿Por qué no conocernos enseguida?

Miró a Lucky Starr mientras hablaba, y en un momento dado su mirada tuvo un matiz de frialdad que anuló toda demostración de suavidad.

El teniente dijo:

-Tendríais que estar trabajando.

-Usted no tiene corazón, teniente -repuso Summers, mascando con mayor lentitud-. Hemos estado trabajando. Ahora queremos darle la bienvenida.

El teniente parecía no saber qué hacer. Miró desasosegadamente a Lucky.

Lucky preguntó:

-¿Cuáles son nuestras habitaciones, teniente?

-La 2A y la 2B, señor. Para encontrarlas... -Ya las encontraremos. Estoy seguro de que alguno de estos hombres nos guiará. Y ahora, teniente Nevsky, creo que su tarea ha concluido. Ya nos veremos otro rato. -¡No puedo irme! -dijo el teniente Nevsky en un murmullo.

-Creo que sí.

-Claro que puede, teniente -dijo Summers, sonriendo aún más ampliamente-. Una simple bienvenida no hará ningún daño al muchacho. -Se oyeron unas cuantas risitas a su espalda-. Y además, le han pedido que se marche.

Bigman se acercó a Lucky y musitó en un apremiante susurro:

-Lucky, déjame dar la V-rana al teniente. No puedo pelear y sostenerla al mismo tiempo.

-Tú limítate a sostenerla -dijo Lucky-, está muy bien justo donde está... Buen día, teniente. Ya puede irse.

El teniente vacilaba, y en un tono que no admitía réplica, Lucky dijo:

-Es una orden, teniente.

El rostro del teniente Nevsky asumió una rigidez militar. Contestó vivamente:

-Sí, señor.

Entonces, inesperadamente, vaciló un momento más y lanzó una mirada a la V-rana, que, debajo del brazo de Bigman, mordisqueaba tranquilamente un helecho.

-Cuiden bien al animalito. -Dio media vuelta y en dos pasos estuvo en el pasillo Agrav, desapareciendo casi enseguida a toda velocidad.

Lucky se volvió nuevamente hacia los hombres.

No se hacía ilusiones. Su aspecto era ceñudo y hablaban en serio, pero a menos que les hiciera frente y les demostrara que él también hablaba en serio, su misión se estrellaría contra la roca de su hostilidad. Tenía que ganarse su amistad de alguna manera.

La sonrisa de Summers se había convertido en una mueca cruel. Dijo:

-Bueno, amigo, ya no hay nadie de uniforme. Ahora podemos hablar. Yo soy Red Summers. ¿Cómo te llamas tú?

Lucky sonrió a su vez.

-Me llamo David Starr, y mi amigo, Bigman.

-Me ha parecido oír que te llamaban Lucky hace un momento.

-Sólo mis amigos me llaman así.

-¡Muy bonito! ¿Quieres seguir siendo afortunado?*

-¿Conoces el medio de lograrlo?

* juego de palabras intraducible, ya que lucky quiere decir *afortunado.*

-Desde luego, Lucky Starr, lo conozco. -De pronto su rostro se contrajo ferozmente. Lárgate de Júpiter Nueve.

Hubo un rugido de aprobación a su espalda, y unas cuantas voces repitieron: « ¡Lárgate! ¡Lárgate! »

Dieron un paso adelante, pero Lucky no retrocedió.

-Tengo importantes razones para quedarme en Júpiter Nueve.

-En este caso, mucho me temo que no seas afortunado -dijo Summers-. Eres un novato y pareces muy blando, y los novatos blandos salen malparados en Júpiter Nueve. Estamos preocupados por ti.

-No creo que salga malparado.

-Eso es lo que crees, ¿eh? -dijo Summers-. Armand, ven aquí.

De las últimas líneas se destacó un hombre enorme, de rostro redondo, complexión robusta, anchas espaldas y vigoroso tórax. Le sacaba media cabeza al metro ochenta y cinco de Lucky, y miró de arriba abajo al joven consejero con una sonrisa que dejó al descubierto unos dientes amarillentos y separados entre sí.

Los hombres estaban empezando a sentarse en el suelo. Se hablaban a gritos con evidente alegría, como si se dispusieran a presenciar un juego de pelota.

Uno de ellos gritó:

-¡Oye, Armand, ten cuidado de no pisar al enanito!

Bigman se sobresaltó y miró furiosamente en la dirección de la voz, pero no pudo identificar al que había hablado.

Summers dijo:

-Aún puedes marcharte, Starr.

Lucky repuso:

-No tengo intención de hacerlo, particularmente en un momento en que están preparando alguna clase de entretenimiento.

-No para ti -dijo Summers-. Ahora escucha, Starr, estamos dispuestos a darte lo que te mereces. Lo estamos desde que nos enteramos de que venías. Estamos hartos de todos los mequetrefes que nos envían desde la Tierra y no aceptaremos a ninguno más. Tengo hombres estacionados en todos los niveles. Por ellos sabremos sí el comandante trata de intervenir, y si lo hace, por Júpiter que nos declararemos en huelga. ¿Tengo razón, muchachos?

-¡Sí! -contestaron todos los hombres al unísono.

-Y el comandante lo sabe -prosiguió Summers-, así que no creo que intervenga. De modo que ésta es nuestra oportunidad de someterte a nuestra ceremonia de iniciación, y después volveré a preguntarte si quieres irte. Si estás consciente, quiero decir.

-Se están tomando muchas molestias para nada -dijo Lucky-. ¿Qué daño les he hecho yo?

-No nos harás ninguno -repuso Summers-; eso te lo garantizo.

Con su voz estridente y tensa, Bigman dijo:

-Oiga usted, mal bicho, está hablando con un consejero. ¿Se ha detenido a considerar lo que puede ocurrirle si se enfrenta con el Consejo de Ciencias?

Summers le miró de repente, se puso las manos en las caderas e inclinó la cabeza hacia atrás para reírse.

-¿Lo habéis oído, muchachos? ¡Habla! Me estaba preguntando qué sería eso. Parece como si Lucky Entrometido hubiera traído a su hermanito para que le protegiese.

Bigman se puso mortalmente pálido, pero Lucky se inclinó hacia él y le habló en voz baja, mientras los demás se reían.

-Lo que tú has de hacer es sostener la V-rana, Bigman. Yo me ocuparé de Summers. ¡Y, gran Galaxia, Bigman, deja de transmitir mal humor! No consigo otra cosa de la V-rana más que eso.

Bigman tragó saliva con esfuerzo por tres veces consecutivas.

Summers preguntó cortésmente:

-Dime, consejero Entrometido, ¿sabes moverte bajo la Agrav?

-Acabo de hacerlo, señor Summers.

-Bueno, te someteremos a una prueba para asegurarnos. Aquí no puede haber nadie que no conozca todos los trucos de la Agrav. Es demasiado peligroso, ¿De acuerdo, muchachos?

-¡De acuerdo! -volvieron a corear.

-Armand, aquí presente -dijo Summers, posando una mano en la ancha espalda de Armand-, es nuestro mejor profesor. Sabrás todo lo que hay que saber sobre la Agrav cuando haya terminado contigo. Es decir, si te mantienes fuera de su alcance. Sugiero que salgas al pasillo Agrav. Armand irá enseguida.

Lucky preguntó:

-¿Y si me niego?

-Te sacaremos nosotros mismos y Armand irá detrás de ti.

Lucky asintió.

-Parecen decididos. ¿Hay alguna regla en esta lección que voy a recibir?

Se oyeron fuertes risotadas, pero Summers levantó los brazos.

-Lo único que tienes que hacer es mantenerte fuera del alcance de Armand. Es la única regla que debes recordar. Nosotros estaremos en la entrada del pasillo, mirando. Si intentas escaparte de la Agrav antes de haber terminado la lección, te devolveremos a ella, y los hombres apostados en los demás niveles están dispuestos a hacer lo mismo.

Bigman exclamó:

-¡Arenas de Marte, su hombre pesa veinte kilos más que Lucky y es un experto en Agrav!

Summers se encaró con él mostrando una burlona sorpresa.

-¡No! No se me había ocurrido pensarlo. ¡Qué lástima! -Se oyeron unas cuantas carcajadas-. En marcha, Starr. Entra en el pasillo, Armand. Arrástrale si tienes que hacerlo.

-No será necesario -dijo Lucky. Dio media vuelta y penetró en el espacio abierto del ancho pasillo Agrav. Cuando sus pies perdieron el contacto con el suelo, rozó suavemente la pared con los dedos, girando en un lento movimiento rotativo que detuvo con otro roce en la pared.

Después permaneció inmóvil y se encaró con los hombres.

La maniobra de Lucky levantó algunas murmuraciones, y Armand movió aprobadoramente la cabeza, hablando por vez primera:

-Bueno, caballero, no está mal.

Summers, con los labios súbitamente fruncidos y una nueva arruga surcando su frente, descargó un fuerte golpe en la espalda de Armand.

-¡Tú no hables, idiota! Ve tras él y dale su merecido.

Armand avanzó lentamente. Dijo:

-Oye, Red, no vayas a exagerar la nota esta vez.

El rostro de Summers se contrajo de ira.

-¡Decídete de una vez! Tú harás lo que yo te diga. Ya sabes lo que es. Si no nos libramos de él, nos enviarán más. -Sus palabras no fueron más que un ronco susurro apenas audible.

Armand entró en el pasillo y se enfrentó con Lucky.

Lucky Starr aguardó en un estado de ánimo que podría describirse como distraído. Se estaba concentrando en las débiles oleadas de emoción transmitidas por la V-rana. Algunas las reconoció sin dificultad, tanto en cuanto a su naturaleza como a su emisor. Red Summers era el más fácil de detectar: el miedo y el odio se mezclaban con un apagado matiz de ansioso triunfo. Armand desprendía una pequeña dosis de tensión. Ocasionalmente se recibían agudas oleadas de excitación de uno u otro, y a veces Lucky podía identificar a su emisor porque ello coincidía con un grito de alegría o de amenaza. Todo ello tenía que separarse de la tenaz cólera de Bigman, naturalmente.

Pero ahora tenía la vista fija en los ojillos de Armand y era consciente de que el otro estaba dando saltitos, a pocos metros de distancia. La mano de Armand tocó los mandos que llevaba sobre el pecho.

Lucky se puso instantáneamente alerta. El otro estaba variando la dirección gravitacional y movía los mandos de un lado a otro. ¿Acaso esperaba confundir a Lucky?

Lucky se daba perfecta cuenta de que, a pesar de toda su experiencia en el espacio, era muy inexperto en el tipo de ingravidez causada por la Agrav, pues esta ingravidez no era absoluta, como en el espacio, sino que podía cambiarse a voluntad.

Y de repente Armand cayó como si hubiera pisado una trampilla en el suelo..., ¡excepto que cayó hacia arriba!

Mientras las piernas de Armand subían por encima de la cabeza de Lucky, se separaban y juntaban como para coger a éste por el cuello.

Automáticamente, Lucky tiró la cabeza hacia atrás, pero al hacerlo impulsó las piernas hacia delante, su cuerpo giró alrededor de su centro de gravedad y, por un momento, perdió el equilibrio, agitando desesperadamente los brazos y las piernas.

Estrepitosas carcajadas sacudieron a los espectadores.

Lucky se dio cuenta de cuál había sido su error. Tendría que haber esquivado el golpe por medio de la gravedad. Si Armand se elevaba, Lucky tendría que haber ajustado los mandos para elevarse con él o descender a toda velocidad. Y ahora sólo podría enderezarse con un tirón de la gravedad. A una gravedad de cero, daría tumbos indefinidamente.

Pero antes de que sus dedos pudieran rozar los mandos, Armand había llegado al punto más alto de su ascensión y bajaba con creciente rapidez. Al pasar una vez más junto a Lucky, le dio un fuerte codazo en la cadera. Siguió descendiendo y sus gruesos dedos asieron los tobillos de Lucky, arrastrándole en su caída. Armand tiró fuertemente hacia abajo y se elevó para agarrar a Lucky por los hombros. Su acelerada respiración agitó el cabello de Lucky. Dijo:

-Tiene mucho que aprender, caballero.

Lucky alzó a su vez los brazos hasta la altura de la cabeza y se libró de las manos que le tenían apresado.

Lucky aumentó la gravedad y contribuyó a elevarse dándose un fuerte impulso con el pie en el hombro de su oponente, acelerando su velocidad y aminorando la del otro. Le pareció que caía cabeza abajo, y la tirantez producida por esta sensación pareció retardar sus reacciones. ¿O quizás era debido a que sus mandos Agrav no funcionaban bien? Los probó y vio que carecía de la experiencia necesaria para estar seguro, aunque le dio la impresión de que así era.

Armand ya estaba sobre él, gritando, lanzándose contra él, tratando de utilizar la voluminosa masa de su cuerpo para aplastar a Lucky contra la pared.

Lucky acercó la mano a los controles para invertir la dirección de la gravedad. Aprestó sus rodillas para una elevación repentina, con el fin de desplazar a Armand.

Pero Armand fue el primero en cambiar el campo, y Lucky el que quedó desplazado.

Armand lanzó los pies hacia atrás, golpeando la pared del pasillo mientras éste pasaba a toda velocidad y después, con el mismo impulso, golpeó la pared opuesta. Lucky chocó fuertemente y se deslizó algunos metros a lo largo de ella antes de que su tobillo tropezara con una de las barandillas de metal y su cuerpo saliera al pasillo abierto.

Armand murmuró acaloradamente al oído de Lucky:

-¿Le parece suficiente, caballero? Sólo tiene que decirle a Red que se va. No quiero hacerle mucho daño.

Lucky meneó la cabeza. Era raro, pensó, que el campo gravitacional de Armand hubiera cambiado antes que el suyo. Había visto la mano de Armand moviendo los controles y estaba seguro de que él los había accionado primero.

Retorciéndose súbitamente, Lucky descargó el codo en la boca del estómago de Armand. Este lanzó un gruñido, y en esa décima de segundo, Lucky puso las piernas entre él mismo y las del otro y las estiró de repente. Los dos hombres se separaron y Lucky se puso a salvo. Se escapó unos instantes antes de que Armand regresara, y durante los segundos siguientes Lucky se concentró únicamente en mantenerse alejado. Estaba aprendiendo a utilizar los mandos y realmente no funcionaban bien. Sólo gracias a su habilidad en emplear los apoyos para el pie a lo largo de las paredes y las velocísimas inversiones de cabeza a pies logró evitar a Armand.

Y después, mientras flotaba como una pluma, dejando que Armand pasara a toda velocidad junto a él, giró los controles Agrav y vio que no respondían. No se produjo ningún cambio en la dirección del campo gravitacional; ninguna sensación repentina de aceleración en uno u otro sentido.

En cambio, Armand se abalanzó de nuevo sobre él, gruñendo, y Lucky se encontró aplastado con enorme fuerza contra la pared del corredor.

5 PISTOLAS DE AGUJA Y VECINOS

Bigman confiaba plenamente en la capacidad de Lucky para vencer a cualquier masa de buey, por desarrollado que éste fuera, y aunque sentía una viva cólera ante la multitud hostil, no tenía miedo.

Summers se había acercado a la entrada del pasillo y otro le había imitado, un tipo larguirucho y de tez morena que relataba los sucesos a medida que ocurrían con una voz ronca y agitada, como si se tratara de un partido de polo aéreo en los subetéreos.

Hubo aplausos cuando Armand aplastó por primera vez a Lucky contra la pared del pasillo. Bigman hizo caso omiso de ellos. Era natural que aquel parlanchín tratara de hacer ganar a su propio bando. Sólo había que esperar a que Lucky cogiera el truco de la técnica Agrav; haría picadillo a aquel Armand. Bigman estaba seguro de ello.

Pero cuando el tipo moreno gritó: «Armand le ha hecho una llave de cabeza. Se prepara para una segunda caída; los pies contra la pared; los contrae y extiende y *¡aquí está el choque! ¡Una maravilla!»,* Bigman empezó a inquietarse.

Se acercó más a la entrada del pasillo. Nadie le prestó atención. Era una de las ventajas de su reducida estatura. La gente que no le conocía tendía a descartarle como posible peligro, a ignorarle.

Bigman miró hacia abajo y vio a Lucky separándose de la pared, y a Armand flotando cerca de él, aguardando.

-¡Lucky! -chilló con voz penetrante-. ¡No te acerques!

Su grito se perdió en el vocerío, pero no fue así con la voz del hombre moreno al hacer un aparte con Red Summers. Bigman la oyó.

El hombre moreno dijo:

-Da un poco de energía al muchacho, Red. Así no habrá diversión.

Y Summers gruñó por toda respuesta:

-No quiero diversión. Quiero que Armand remate el trabajo.

Bigman no captó el significado del corto diálogo durante unos momentos, pero sólo por unos momentos. Y después sus ojos se dirigieron vivamente hacia Red Summers, cuyas manos, que no apartaba del pecho, estaban manipulando un objeto de pequeño tamaño que Bigman no pudo identificar.

-¡Arenas de Marte! exclamó Bigman sin aliento. Saltó hacia atrás-. ¡Usted! ¡Summers! ¡Tramposo cobarde!

Ésta fue otra de las ocasiones en que Bigman se alegró de llevar una pistola de aguja aun en contra de la opinión de Lucky. Éste la consideraba como un arma en la que no se podía confiar, ya que era muy difícil de enfocar debidamente, pero Bigman antes habría dudado del

hecho de que era tan alto como cualquier hombre de un metro ochenta que de su propia habilidad.

Como Summers no hiciera caso del grito de Bigman, éste cerró la mano sobre el arma (de la cual sólo se veía un milímetro de embocadura, fina como una aguja, entre el segundo y tercer dedo de su mano derecha) y apretó lo bastante para activarla. Simultáneamente se produjo un destello luminoso a quince centímetros de la nariz de Summers, y una ligera detonación. No fue muy impresionante. Sólo unas moléculas de aire ionizadas. Sin embargo, Summers dio un salto y el pánico, transmitido por la V-rana, se propagó rápidamente.

-Atención todo el mundo -gritó Bigman-. ¡Quietos! ¡Quietos! ¡Cabezas de chorlito, desechos humanos! -Otra descarga de la pistola de aguja estalló en el aire, esta vez encima de la cabeza de Summers, donde todos pudieron verla claramente.

Poca gente podía permitirse el lujo de tener una pistola de aguja, que era cara y difícil de conseguir, pero todo el mundo sabía cómo era una descarga de pistola de aguja, aunque sólo fuera por los programas subetéreos, y todo el mundo sabía el daño que podía hacer.

Fue como si cincuenta hombres hubieran dejado de respirar.

Bigman estaba bañado en la fría llovizna de miedo humano producido por cincuenta hombres asustados. Retrocedió hasta quedar con la espalda pegada a la pared.

Dijo:

-Ahora escúchenme todos. ¿ Cuántos de ustedes saben que esta alimaña de Summers está saboteando los mandos Agrav de mi amigo? ¡Esta pelea está arreglada!

Summers repuso desesperadamente, a través de los dientes apretados:

-Se equivoca., Se equivoca.

-¿De verdad? Es usted muy valiente, Summers, cuando tiene a cincuenta contra dos. Veamos si es tan valiente contra una pistola de aguja. Claro que resulta difícil apuntar con ellas y puedo fallar.

Volvió a cerrar la mano, y esta vez la detonación de la descarga fue atronadora y el destello deslumbró a todos los espectadores excepto a Bigman, que era el único en saber exactamente cuándo cerrar los ojos.

Summers emitió un alarido estrangulado. Estaba ileso, pero el primer botón de su camisa había desaparecido.

Bigman dijo:

-Buena puntería, aunque lo diga yo mismo, pero supongo que hacer otro tiro igual sería pedir demasiado. Le aconsejo que no se mueva, Summers. Estése tan quieto como una piedra, amigo, porque si se mueve fallaré, y perder una tira de piel le dolerá mucho más que perder un botón.

Summers cerró los ojos. Tenía la frente perlada de sudor. Bigman calculó la distancia y apretó dos veces.

¡Paf! ¡Un chasquido! Otros dos botones evaporados.

-¡Arenas de Marte, hoy es mi día de suerte! ¿No es magnífico que usted mismo lo haya arreglado todo para que no venga nadie a molestarnos? Bueno, uno más... de despedida.

Y esta vez Summers lanzó un grito de angustia. Tenía un desgarrón en la camisa y se veía su piel enrojecida.

-Bueno -dijo Bigman-, no exactamente. Ahora estoy cansado y es muy probable que falle el próximo por unos milímetros... A menos que esté dispuesto a hablar, Summers.

-De acuerdo -gritó el otro-. He arreglado la pelea,

Bigman dijo suavemente:

-Su hombre pesaba más. Su hombre tenía experiencia y, no obstante, no ha dejado que fuera una lucha justa. No quiere correr *ningún* riesgo, ¿verdad? Suelte lo que tiene entre las manos... Sin embargo, que los demás no se muevan. Desde este momento, será una pelea justa. Nadie hará un solo movimiento hasta que alguien salga del pasillo.

Hizo una pausa y clavó la mirada en los hombres mientras la mano que sostenía la pistola de aguja se movía de un lado a otro.

-Pero si lo que vuelve es su bola de grasa, estaré un poco decepcionado. Y cuando estoy decepcionado, no sé lo que hago. Es posible que mi decepción y locura llegue hasta el punto de disparar la pistola de aguja contra la gente, y no existe nada en el mundo que ustedes puedan hacer para evitar que apriete la mano diez veces seguidas. Así que si hay diez de ustedes que están cansados de vivir, sólo tienen que esperar que su muchacho venza a Lucky Starr.

Bigman aguardó desesperadamente, sosteniendo la pistola de aguja con la mano derecha y aguantando el recipiente de la V-rana con el brazo izquierdo.

Anhelaba ordenar a Summers que hiciera regresar a los dos hombres, poniendo fin a la pelea, pero no se atrevía a incurrir en la ira de Lucky.

Conocía a Lucky lo bastante bien como para saber que no le gustaría terminar la pelea por abandono de su parte.

Una figura pasó con un zumbido por la línea de visión, y después otra. Se oyó el ruido de un cuerpo chocando contra la pared, por tres veces consecutivas. Después, silencio.

Una de las figuras volvió a pasar en dirección contraria, llevando a la otra firmemente agarrada por un tobillo.

La persona que dominaba la situación entró ágilmente en el corredor; la otra le siguió y se derrumbó como un saco de arena.

Bigman dejó escapar un grito. El hombre que permanecía en pie era Lucky. Tenía una contusión en la mejilla y cojeaba, pero era Armand el que estaba inconsciente.

Les costó un poco hacer recobrar el conocimiento a Armand. Tenía un bulto en la cabeza que parecía un pomelo de reducido tamaño, y un ojo cerrado por la hinchazón. Aunque le sangraba el labio inferior, consiguió esbozar una sonrisa y dijo:

-Por Júpiter, este muchacho es un gato montés.

Se puso en pie y rodeó a Lucky con sus brazos como si de un oso se tratara.

-Ha sido como pelear con diez hombres en cuanto se ha orientado. Es un gran tipo.

Sorprendentemente, los hombres aplaudían con todas sus fuerzas. La V-rana empezó transmitiendo alivio, que pronto se convirtió en excitación. La sonrisa de Armand se hizo más amplia, y se secó la sangre con la palma de la mano.

-Este consejero vale más de lo que pesa. El que aún tenga algo contra él habrá de enfrentarse conmigo. ¿Dónde está Red?

Pero Red Summers se había ido. Y el instrumento que dejara caer a instancias de Bigman había desaparecido.

Armand dijo:

-Escuche, señor Starr, tengo que contárselo. No fue idea mía, pero Red dijo que debíamos librarnos de usted para que no nos creara problemas.

Lucky alzó una mano.

-Esto es un error. Escúchenme bien todos. Ningún terrícola leal tendrá problemas; yo lo garantizo. Esta pelea es extraoficial. Ha sido una pequeña distracción, pero podemos olvidarla. La próxima vez que nos encontremos, será como si fuera la primera. No ha sucedido nada. ¿De acuerdo?

Todos aplaudieron acaloradamente y se oyeron gritos de «Tiene razón» y «Viva el Consejo».

Lucky se disponía a marcharse cuando Armand le dijo:

-Oiga, espere. -Respiró profundamente y alzó uno de sus gruesos dedos- ¿Qué es esto? -Estaba señalando a la V-rana.

-Un animal venusiano -repuso Lucky~-. Nuestra mascota.

-Es muy mono. -El gigante le sonrió tontamente. Los demás se acercaron para contemplarla y hacer comentarios apreciatívos, estrechar la mano a Lucky y asegurarle que siempre habían estado de su parte.

Bigman, harto de empujones, acabó por exclamar:

-Vámonos a nuestras habitaciones, Lucky, o juro que mataré a unos cuantos de esos tipos.

Se hizo un silencio instantáneo y los hombres se apartaron con el fin de hacer un camino para Lucky y Bigman.

Lucky reprimió una exclamación de dolor cuando Bigman aplicó agua fría a su mejilla contusionada en la intimidad de su habitación.

Dijo:

-Algunos de los hombres han dicho no sé qué sobre pistolas de aguja, pero había tanto jaleo que no les he entendido bien. ¿Qué te parece si me lo explicas, Bigman?

De mala gana, Bigman explicó lo sucedido.

Lucky repuso pensauvamente:

-Ya me había dado cuenta de que mis mandos no funcionaban, pero supuse que ello se debía a un fallo mecánico, particularmente cuando vi que volvían a funcionar después de mi segunda caída. No sabía que tú y Red Summers estabais enzarzados en una pelea más emocionante que la mía.

Bigman sonrió entre dientes.

-Despacio, Lucky, no creerás que iba a dejar que te jugara esa mala pasada.

-Debía haber otros medios que no incluyeran la pistola de aguja.

-Ninguna otra cosa les habría inmovilizado de aquel modo -dijo Bigman, ofendido-. ¿Querías que les amenazara con un dedo y les dijera: «Traviesos, traviesos»? Además, *tenía* que asustarles.

-¿Por qué? -inquirió vivamente Lucky.

-Arenas de Marte, Lucky, ya te habías caído dos veces mientras la pelea estaba arreglada, y no sabía si podrías resistir. Iba a hacer que Summers la interrumpiera.

-Habría sido una equivocación, Bigman. No habríamos ganado nada. Siempre habría habido hombres convencidos de que anular la pelea era poco deportivo.

-Sabía que pensabas así, pero estaba nervioso.

-No había necesidad. En cuanto los mandos empezaron a funcionar debidamente, todo fue muy bien. Armand estaba seguro de haberme vencido, y cuando vio que yo aún tenía fuerzas, pareció abandonar. Es algo que suele ocurrir a las personas que nunca han tenido que perder. Cuando no ganan a la primera, se desconciertan, y no ganan de ninguna manera.

-Sí, Lucky -dijo Bigman, sonriendo.

Lucky guardó silencio durante un minuto o dos y después dijo:

~No me gusta ese «Sí, Lucky». ¿Qué hiciste tú?

-Bueno... -Bigman aplicó el último toque de tinte para ocultar la magulladura y dio un paso atrás para considerar críticamente su obra-. No podía hacer otra cosa más que esperar que ganaras, ¿verdad?

-No, supongo que no.

-Les dije a todos que si Armand ganaba, dispararía contra todos los que pudiera.

-No hablarías en serio.

-Quizá sí. De todos modos, ellos creyeron que así era; estuvieron seguros de ello al verme arrancar cuatro botones de la camisa de ese tipo con cuatro magníficos disparos. Así que allí había cincuenta hombres, entre los que está incluido Summers, que sudaron sangre esperando que tú ganaras y Armand perdiera.

Lucky dijo: ,

-Así que era eso.

-Bueno, yo no podía evitar que la V-rana te transmitiera todos esos pensamientos, ¿verdad?

-Así que Armand abandonó porque tenía la mente obstruida de deseos de que perdiera.

Lucky parecía apenado.

-Recuerda, Lucky. Dos caídas sucias. No fue una pelea justa.

-Sí, lo sé. Bueno, es posible que necesitara esa ayuda.

La señal de la puerta se encendió en aquel momento, y Lucky alzó las cejas.

-¿Quién puede ser?'

Apretó el botón que contraía la puerta en su ranura.

Un hombre rechoncho, de cabello ralo y ojos muy azules que les miraban sin parpadear, se hallaba en el umbral.

En una mano llevaba una reluciente pieza metálica de extraña forma, que sus flexibles dedos no dejaban de dar vueltas. Ocasionalmente la pieza se metía entre los dedos, yendo del pulgar al meñique y viceversa, como si tuviera vida propia. Bigman se sorprendió observándola, fascinado.

El hombre dijo:

-Mi nombre es Harry Norrich. Soy su vecino de habitación.

-Buenos días -dijo Lucky.

-Ustedes son Lucky Starr y Bigman Jones, ¿verdad? ¿Por qué no vienen un momento a mi cuarto? Podemos charlar y tomar una copa.

-Es muy amable por su parte -repuso Lucky-. Estaremos encantados de aceptar su invitación.

Norrich dio media vuelta con algo de afectación y abrió la marcha por el pasillo hasta la siguiente puerta. Ocasionalmente tocaba la pared del pasillo con una mano. Lucky y Bigman le siguieron, el último llevando a la V-rana.

-¿Quieren entrar, caballeros? -Se apartó para dejarles pasar-. Hagan el favor de sentarse. Ya he oído hablar mucho de ustedes.

-¿Sobre qué? -preguntó Bigman.

-Sobre la pelea de Lucky con el gran Armand y la buena puntería de Bigman con una pistola de aguja. Todo el mundo lo sabe. Dudo que mañana por la mañana haya alguien en Júpiter Nueve que no esté enterado. Ésta es una de las razones por las que les he pedido que vinieran. Quería hablar de ello con ustedes.

Sirvió cuidadosamente un licor rojizo en dos pequeñas copas y se las ofreció. Por un momento Lucky puso la mano a unos centímetros de la copa, esperó sin resultado, y acabó por cogerla de manos de Norrich. Lucky dejó la bebida a un lado.

-¿Qué es eso que hay encima de su mesa? -preguntó Bigman.

La habitación de Norrich, además de los muebles habituales, tenía algo parecido a una mesa de trabajo a lo largo de una de las paredes y un banco frente a ella. Encima de la mesa había una serie de dispositivos metálicos, y en el centro se veía una extraña estructura, de quince centímetros de altura y muy desigual en cuanto a dibujo.

-¿Esto? -La mano de Norrich se deslizó suavemente por la mesa y acabó posándose sobre la estructura-. Es un tridi.

-¿Un qué?

-Un rompecabezas tridimensional. Los japoneses los conocen desde hace miles de años, pero casi nadie los ha visto aparte de ellos. Constan de un número determinado de piezas que encajan para formar una estructura. Ésta, por ejemplo, será el modelo de un generador Agrav cuando esté terminada. Yo mismo he diseñado este rompecabezas.

Alzó la pieza de metal que tenía en la mano y la metió cuidadosamente en una pequeña ranura de la estructura. La pieza se introdujo en ella con toda suavidad.

-Ahora escogemos otra pieza. -Deslizó la mano izquierda por encima de la estructura, mientras paseaba la derecha por entre las piezas sueltas, escogía una aparentemente al azar, y la metía en su lugar.

Bigman, fascinado, se acercó un poco más, retrocediendo de un salto al oír el aullido de un animal debajo de la mesa.

Un perro salió con dificultad de debajo de la mesa y apoyó las patas delanteras en el banco. Era un gran perro pastor alemán que se puso a mirar dulcemente a Bigman.

Bigman dijo con voz nerviosa:

-Bueno, verá usted, lo he pisado sin darme cuenta.

-Es Mutt -dijo Norrich-. Es incapaz de hacer daño a nadie por un simple pisotón. Es mi perro. Me presta sus ojos.

-¿Sus ojos?

Lucky dijo suavemente:

-El señor Norrich es ciego, Bigman.

Librodot

6 LA MUERTE ENTRA EN JUEGO

Bigman tuvo un sobresalto.

-Lo siento.

-No tiene que sentirlo -dijo alegremente Norrich-. Estoy acostumbrado y me desenvuelvo bien. Soy director técnico y me encargo de construir plantillas experimentales. No necesito que nadie me ayude, igual que en los rompecabezas.

-Me imagino que las estructuras tridimensionales son un buen ejercicio para usted -comentó Lucky.

Bigman dijo:

-¿Está insinuando que puede unir todas esas piezas sin verlas siquiera? ¡Arenas de Marte!

-No es tan difícil como parece. Hace muchos años que practico y las hago yo mismo, de modo que sé muy bien cómo son. Mire, Bigman, aquí hay una muy fácil. Tiene forma de huevo. ¿Quiere deshacerla?

Bigman recibió el ovoide de liviana aleación y empezó a darle vueltas en la mano, observando las piezas que encajaban suave y limpiamente.

-En realidad -prosiguió Norrich-, para lo único que necesito a Mutt es para guiarme por los corredores. -Se inclinó para rascar al perro detrás de una oreja, y el perro se dejó hacer, abriendo la boca en un soñoliento bostezo y mostrando sus afilados colmillos blancos y su lengua rosada. Lucky percibió el gran afecto de Norrich por el perro a través de la V-rana.

-No puedo utilizar los pasillos Agrav -dijo Norrich-, ya que no sabría cuándo aminorar la velocidad, así que debo ir por los corredores ordinarios y Mutt me guía. Se da un gran rodeo, pero es un buen ejercicio, y con todo lo que hemos andado Mutt y yo conocemos Júpiter Nueve mejor que nadie, ¿verdad, Mutt? ... ¿Aún no lo tiene, Bigman?

-No -dijo Bigman-. Es todo de una pieza.

-Desde luego que no. A ver, démelo.

Bigman se lo entregó, y los hábiles dedos de Norrich volaron por encima de la superficie.

-¿Ve esta pieza cuadrada? Se empuja y entra un poco. Se coge la parte que sale por el otro lado, se le da media vuelta en el sentido de las manecillas del reloj, y se desbarata completamente. Mire. Ahora el resto sale con facilidad. Ésta, después ésta, después ésta, y así sucesivamente. Se alinean las piezas a medida que salen; sólo hay ocho; después vuelven a montarse en orden inverso. La pieza clave se pone al final, para que mantenga todas las demás en su lugar.

Bigman observó dubitativamente las piezas sueltas y se inclinó sobre ellas.

Librodot

Lucky dijo:

-Creo que deseaba usted hablar del comité de recepción que encontré al llegar, señor Norrich. Ha dicho que quería charlar de mi pelea con Armand.

-Sí, consejero. Quería explicárselo para que lo entienda todo. Estoy en Júpiter Nueve desde que comenzó el proyecto Agrav y conozco a los hombres. Algunos se marchan cuando finaliza su contrato, otros se quedan, y llegan nuevos contingentes; pero en cierto sentido todos son iguales. Se sienten muy inseguros.

-¿Por qué?

-Por varias razones. En primer lugar, el proyecto implica una cierta dosis de peligro. Hemos tenido docenas de accidentes y perdido a cientos de hombres. Yo perdí la vista hace cinco años y en cierto modo tuve suerte. Habría podido morir. En segundo lugar, los hombres están separados de su familia y amigos mientras se hallan aquí. Se encuentran muy aislados.

Lucky dijo:

-Me imagino que a algunas personas les gusta esta soledad.

Sonrió tristemente al decirlo. No era un secreto que algunos hombres que por una u otra razón tenían problemas con la ley se las arreglaban para encontrar trabajo en uno de los mundos en vías de colonización. Siempre se necesitaba gente para trabajar bajo tierra en atmósferas artificiales con campos de seudogravedad, y aquellos que se presentaban voluntarios no tenían que contestar a demasiadas preguntas.

No es que eso fuera un error. Tales voluntarios ayudaban a la Tierra y a sus habitantes bajo difíciles condiciones, y eso, en cierto modo, era un medio de pagar sus delitos. Norrich asintió al oír las palabras de Lucky.

-Veo que está usted al corriente de la situación y me alegro. Dejando aparte a los oficiales e ingenieros de profesión, me imagino que más de la mitad de los hombres que hay aquí tienen antecedentes criminales en la Tierra, y la mayor parte del resto los tendrían si la policía pudiera saberlo todo. Dudo que más de uno de cada cinco dé su verdadero nombre. Sea como fuere, ya ve hasta dónde llega la tensión cuando viene un investigador tras otro. Todos buscan espías sirianos; lo sabemos; pero cada uno de los hombres piensa que su secreto particular saldrá a la luz y será llevado a la Tierra para ingresar en prisión. Todos quieren regresar a la Tierra, pero desean hacerlo de forma anónima, no con un par de esposas en las muñecas. Ésa es la razón de que Red Summers haya podido soliviantarlos de ese modo.

-¿Acaso Summers es algo especial para convertirse en líder? ¿Tiene antecedentes particularmente graves en la Tierra?

Bigman alzó un momento la vista de su rompecabezas tridimensional para preguntar amargamente:

-¿Asesinato, quizá?

-No -repuso Norrich con súbita energía-. Hay que entender a Summers. Ha tenido poca suerte en la vida: un hogar roto, unos padres que no se ocuparon de él... Se desvió del camino recto. Es verdad que ha estado en la cárcel, pero sólo por intervenir en algunos robos de poca

importancia. Si se hubiera quedado en la Tierra, no habría hecho nada útil en toda su vida. Pero vino a Júpiter Nueve. Aquí se ha hecho una vida nueva. Empezó como peón al mismo tiempo que estudiaba. Ha aprendido la técnica de construcción de baja gravedad, el mecanismo de los campos de fuerza y las técnicas Agrav. Ha sido ascendido a un puesto de responsabilidad y ha realizado un trabajo magnífico. Es respetado, admirado y bien considerado. Ha aprendido lo que es tener honor y posición y lo que más teme es la posibilidad de volver a la Tierra y a su antigua vida.

-Claro, la odia tanto -dijo Bigman- que trató de matar a Lucky haciendo trampas en la pelea.

-Sí -dijo Norrich frunciendo el ceño-, me he enterado de que tenía un oscilador subfásico para inutilizar los mandos del consejero. Ha sido una estupidez por su parte, pero estaba aterrorizado. Miren, en el fondo, es un hombre de buen corazón. Cuando mi viejo Mutt falleció...

-¿Su viejo Mutt? -preguntó Lucky.

-Tuve un perro lazarillo antes que éste al que también llamaba Mutt. Murió en un cortocircuito de un campo de fuerza que también causó la muerte de dos hombres. No tendría que haber estado allí, pero a veces los perros quieren correr sus propias aventuras. Éste también lo hace, cuando no le necesito, pero siempre regresa. -Se agachó para dar una ligera palmada en el costado del perro, y Mutt cerró un ojo y movio la cola de un lado a otro.

»Como iba diciendo -prosiguió-, cuando el viejo Mutt falleció, pareció que no conseguiría otro y tendría que ser enviado a casa. Aquí no soy de ninguna utilidad sin un perro. Los perros lazarillos escasean; hay listas de espera. La administración de Júpiter Nueve no quería usar sus influencias porque no tenía ningún interés en proclamar a los cuatro vientos que uno de sus ingenieros de construcción era ciego. El bloque económico del Consejo no hace más que esperar algo parecido para hacer publicidad en contra nuestra. Y es aquí donde entra Summers en acción. Recurrió a algunos contactos que tenía en la Tierra y trajo a Mutt. No fue exactamente legal, incluso podríamos decir que fue mercado negro, pero Summers arriesgó la posición que aquí ocupa para hacer un favor a un amigo, y yo le debo mucho. Espero que recuerde que Summers puede hacer y ha hecho cosas como ésa y que no le juzgará muy duramente por sus acciones de hoy.

Lucky dijo:

-No voy a tomar ninguna medida contra él. Ya lo había decidido antes de esta conversación. Sin embargo, estoy seguro de que el verdadero nombre de Summers y sus antecedentes no son desconocidos por el Consejo, y pienso remitirme a los hechos.

Norrich enrojeció.

-No deje de hacerlo. Verá como no es tan mala persona.

-Así lo espero. Pero dígame una cosa. Mientras todo eso tenía lugar, la administración del proyecto no ha intentado siquiera intervenir. ¿No lo encuentra extraño?

Norrich se echó a reír suavemente.

-Nada extraño. No creo que al comandante Donahue le hubiera importado mucho que usted muriera, excepto por los problemas que hubiera tenido para ocultarlo. Tiene otras cosas más importantes en qué pensar aparte de usted y sus investigaciones.

-¿Cosas más importantes?

-Desde luego. El director de este proyecto se cambia todos los años; política rotativa del Ejército. Donahue es el sexto jefe que hemos tenido y decididamente el mejor. Debo reconocerlo. Ha simplificado el papeleo y no ha intentado convertir el proyecto en un campamento militar. Ha dado libertad de acción a los hombres y les deja armar un poco de escándalo de vez en cuando; todo esto le ha dado buenos resultados. Ahora la primera nave Agrav está lista para despegar en cualquier momento. Algunos dicen que es cuestión de días.

-¿Tan pronto?

-Podría ser. Pero el problema estriba en que el comandante Donahue debe ser relevado dentro de menos de un mes. Un retraso en este momento significaría que el despegue de la nave Agrav no tendría lugar hasta que el sucesor de Donahue se hiciera cargo de su puesto. El sucesor de Donahue llegará para montar en él, tener la fama, constar en los libros de historia, y Donahue será olvidado.

-No es extraño que no te quisiera en Júpiter Nueve-dijo apasionadamente Bigman-. No es extraño que no te quisiera, Lucky.

Lucky se encogió de hombros.

-No malgastes energías, Bigman.

Pero Bigman dijo:

-¡La sucia alimaña! Sirio podría conquistar la Tierra sin que a él le importara mientras pudiera dar un paseo en su miserable nave. -Alzó un puño cerrado, y se oyó un gruñido de Mutt.

Norrich dijo vivamente:

-¿Qué está haciendo, Bigman?

-¿Qué? -Bigman experimentó una verdadera sorpresa-. No estoy haciendo nada.

-¿Algún gesto amenazador?

Bigman se apresuró a bajar el brazo.

-No exactamente.

-Debe tener cuidado cuando esté Mutt delante. Ha sido entrenado para cuidarme... Mire, se lo demostraré. Dé un paso hacia mí y simule que va a pegarme.

Lucky dijo:

-No es necesario. Comprendemos...

-Se lo ruego -insistió Norrich-. No hay peligro. Detendré a Mutt a tiempo. En realidad, así hace prácticas. Todos los del proyecto me cuidan tanto que ya no sé si recuerda su entrenamiento. Adelante, Bigman.

Bigman dio un paso adelante y alzó un brazo con indiferencia. Inmediatamente las orejas de Mutt bajaron, sus ojos se entrecerraron, sus colmillos se vieron con claridad, los músculos de sus patas se aprestaron a saltar y un ronco gruñido salió de las profundidades de su garganta.

Bigman retrocedió apresuradamente, y Norrich dijo:

-¡Abajo, Mutt! -El perro obedeció. Lucky percibió, claramente, el aumento y descenso de tensión en la mente de Bigman y el ingenuo triunfo de Norrich.

Norrich dijo:

-¿Cómo sigue con el huevo tridimensional, Bigman?

El pequeño marciano, verdaderamente exasperado, dijo:

-He renunciado. He logrado unir dos piezas y ninguna más.

Norrich se echó a reír.

-Es sólo cuestión de práctica. Mire.

Cogió las dos piezas que Bigman tenía en la mano y dijo:

-No me extraña. Tiene estas dos mal puestas. -Quitó una pieza de un golpecito, volvió a unir las dos, añadió otra pieza y así sucesivamente hasta tener siete piezas formando un ovoide con un agujero en medio. Cogió la octava, la pieza clave la metió, le dio media vuelta en el sentido de las manecillas del reloj, la empujó y dijo-: Terminado.

Lanzó el huevo concluido por los aires y lo cogió al vuelo, mientras Bigman le observaba con disgusto.

Lucky se puso en pie.

-Bueno, señor Norrich, ya nos veremos en otra ocasión. Recordaré sus comentarios acerca de Summers y los demás. Gracias por la copa. -Seguía intacta en la mesa.

-Encantado de haberles conocido -dijo Norrich, levantándose y estrechándoles cordialmente la mano.

Lucky no podía conciliar el sueño. Permanecía tendido en la oscuridad de su habitación, a cientos de metros bajo la superficie de Júpiter Nueve, escuchando los suaves ronquidos de Bígman en la habitación contigua, y pensaba en los sucesos del día. Los repasó una y otra vez.

¡Estaba preocupado! Había ocurrido algo que no tendría que haber ocurrido; o no había ocurrido algo que tendría que haber ocurrido.

Pero estaba cansado y todo era un poco irreal y confuso en el mundo de la semiinconsciencia. Algo se agarró al borde de su consciencia. Trató de retenerlo, pero no lo consiguió.

Y cuando llegó la mañana ya no quedaba nada.

Bigman llamó a Lucky desde su propia habitación mientras éste se estaba secando bajo los suaves chorros de aire caliente después de ducharse.

El pequeño marciano gritó:

-Oye, Lucky, he aumentado el suministro de dióxido carbónico de la V-rana y metido más algas. La llevaremos a nuestra entrevista con el maldito comandante, ¿verdad?

-Claro que sí, Bigman.

-Pues ya está todo preparado. ¿Qué te parece si le digo al comandante todo lo que pienso de él?

-Muy mal, Bigman.

-¡Rayos y centellas! Ahora me toca a mí ducharme.

Como todos los hombres del Sistema Solar que habían crecido en un planeta que no fuera la Tierra, Bigman se deleitaba con el agua cuando podía obtenerla, y para él una ducha era una experiencia maravillosa. Lucky se preparó para una sesión de maullidos que Bigman llamaba canciones.

El interfono sonó cuando Bigman estaba empeñado en un dudoso fragmento de melodía que sonaba estridentemente desafinado y en el mismo momento que Lucky acababa de vestirse.

Lucky se acercó al aparato y activó la recepción.

-Starr al habla.

-¡Starr! -El rostro arrugado del comandante Donahue apareció en el visipanel. Tenía los labios finos y apretados y toda su expresión demostraba hostilidad al mirar a Lucky-. He oído no sé qué de una pelea entre usted y uno de nuestros trabajadores.

-¿ Sí?

-Veo que no está herido.

Lucky sonrió.

-No hay novedad.

-Recordará que se lo advertí.

-No me he quejado.

-En ese caso, y en interés del proyecto, querría preguntarle si piensa redactar un informe al respecto.

-A menos que tenga alguna relación directa con el problema que me ha traído aquí, no pienso mencionar el incidente.

-¡Bien! -Donahue pareció súbitamente aliviado-. Me pregunto si podría extender dicha actitud a nuestra entrevista de esta mañana. Nuestra entrevista podría ser grabada para informes particulares y yo preferiría...

-De acuerdo, comandante.

-¡Muy bien! -El comandante se relajó hasta adoptar una cierta cordialidad-. Así pues, nos veremos dentro de una hora.

Lucky era ligeramente consciente de que la ducha de Bigman se había detenido y que sus cantos se habían transformado en tarareos. En aquel momento el tarareo también cesó y hubo un momento de silencio.

Lucky habló por el transmisor:

-sí, comandante, buen...

Entonces Bigman lanzó un estridente y casi incoherente grito:

-¡Lucky!

Lucky se puso en pie a toda velocidad y estuvo en la puerta de comunicación entre las dos habitaciones en dos zancadas.

Pero Bigman llegó al umbral antes que él, con los ojos desorbitados por el horror.

-¡Lucky! ¡La V-rana! ¡Está muerta! ¡La han matado!

7 EL ROBOT ENTRA EN JUEGO

El recipiente de plástico de la V-rana estaba roto y el suelo se hallaba mojado de su contenido acuoso.

La V-rana, medio oculta por las hojas y las algas de que se alimentaba, estaba completamente muerta.

Ahora que había muerto y era incapaz de controlar las emociones, Lucky pudo mirarla sin el forzado cariño que él, igual que todos los demás que entraban en su radio de influencia, había sentido. Sin embargo, sintió cólera... principalmente contra sí mismo por haber dejado que se burlaran de él.

Bigman, mojado por la ducha, sin otra cosa encima más que los calzoncillos, abría y cerraba los puños.

-Es culpa mía, Lucky. Es sólo culpa mía.

Gritaba tantísimo en la ducha que no podía oír entrar a nadie.

Realmente la palabra «entrar» no era la más apropiada.

El criminal no se había limitado a entrar; había forzado la entrada quemándola. Los mandos de la cerradura estaban fundidos y derretidos con lo que debía haber sido un proyector energético de calibre bastante grande.

Lucky regresó junto al interfono.

-¿Comandante Donahue?

-Sí, ¿qué ha sucedido? ¿Algo malo?

-Nos veremos dentro de una hora. -Cerró la comunicación y volvió al lado del apenado Bigman. Dijo sombríamente-: Es culpa mía, Bigman. Tío Héctor me dijo que los sirianos aún no habían descubierto los poderes emocionales de la V-rana, y acepté su afirmación demasiado a la ligera. Si hubiera sido un poco menos optimista acerca de la ignorancia siriana, ninguno de nosotros habría perdido de vista a esa criatura ni un solo segundo.

El teniente Nevsky les llamó, sin abandonar su posición de firmes, cuando Lucky y Bigman salieron de su habitación.

Dijo en voz baja:

-Me alegro, señor, de que no resultara herido en el encuentro de ayer. Yo no le habría dejado, señor, de no habérmelo usted ordenado terminantemente.

-No se preocupe, teniente -repuso Lucky con aire distraído. Su mente no dejaba de remontarse a aquel momento de la noche anterior en que, por un brevísimo instante, un pensamiento le había asaltado en la semiinconsciencia, desvaneciéndose después. Pero no pudo recordarlo, y finalmente Lucky se concentró en otros asuntos.

Librodot

Ya habían entrado en el pasillo Agrav, y esta vez estaba lleno de hombres, cayendo limpia y despreocupadamente en ambas direcciones. El ambiente era el característico del comienzo de un día laborable. Aunque los hombres trabajaban bajo tierra y no había día ni noche, se mantenía el horario de veinticuatro horas. La humanidad llevaba la familiar rotación de la Tierra a todos los mundos donde vivía. Y aunque se trabajaba por turnos ininterrumpidos, el mayor número de hombres siempre trabajaba en el «turno de día» de nueve a cinco, según la hora solar.

En aquel momento eran casi las nueve, y en los pasillos Agrav los hombres se apresuraban en dirección a sus puestos de trabajo. Había una sensación de «mañana» casi tan fuerte como si hubiera un sol saliendo por el este y hierba cubierta de rocío.

Había dos hombres sentados a la mesa cuando Lucky y Bigman entraron en la sala de conferencias. Uno de ellos era el comandante Donahue, cuyo rostro mostraba trazas de una tensión cuidadosamente controlada. El comandante se levantó y presentó fríamente al otro: James Panner, ingeniero jefe y director civil del proyecto. Panner era un hombre corpulento de rostro aceitunado, hundidos ojos oscuros y cuello de toro. Llevaba una camisa oscura abierta por el cuello y no lucía insignia de ninguna clase.

El teniente Nevsky saludó y se retiró. El comandante Donahue esperó a que se cerrara la puerta y dijo:

-Ahora que nos hemos quedado los cuatro solos, podemos empezar a hablar de negocios.

-Los cuatro y un gato.-dijo Lucky, acariciando a una pequeña criatura que apoyaba sus patas delanteras en la mesa y le contemplaba solemnemente-. No es el mismo gato que vimos ayer, ¿verdad?

El comandante frunció el ceño.

-Quizá sí, quizá no. Tenemos bastantes gatos en el satélite. Sin embargo, me imagino que no estamos aquí para hablar de animales caseros.

Lucky dijo:

-Al contrario, comandante, creo que es un tema muy apropiado para iniciar una conversación, y lo he escogido deliberadamente. ¿Se acuerda de mi animalito, señor?

-¿Su pequeña criatura venusiana? -preguntó el comandante con súbito calor- Claro que me acuerdo. Era... -se interrumpió, confundido, como si se preguntara, en ausencia de la V-rana, cuál podía ser la razón de su entusiasmo.

-La pequeña criatura venusiana -dijo Lucky- tenía facultades muy peculiares. Podía detectar las emociones. Podía transmitir las emociones. Incluso podía imponer las emociones.

El comandante abrió desmesuradamente los ojos, pero Panner dijo con voz ronca:

-Ya había oído rumores a este respecto, comandante. No los tomé en serio.

-Hizo mal. Es verdad. De hecho, comandante Donahue, mi intención al pedirle esta entrevista fue hacer los arreglos necesarios para interrogar a todos los hombres del proyecto en presencia de la V-rana. Quería obtener un análisis emocional.

El comandante seguía sin recobrarse de su asombro.

-¿Qué hubiera logrado con eso?

-Quizá nada. Sin embargo, quería intentarlo.

Panner intervino:

-¿Quería intentarlo? Ha empleado el pasado, consejero Starr.

Lucky miró solemnemente a los dos oficiales.

-Mi V-rana ha muerto.

Bigman añadió furiosamente:

-La han matado esta mañana.

-¿Quién la ha matado? -preguntó el comandante.

-No lo sabemos.

El comandante se apoyó en el respaldo de su silla.

-Así que su pequeña investigación ha terminado, supongo, ahora que el animalito ha muerto y no puede ser reemplazado.

Lucky dijo:

-No pienso retrasarla. El simple hecho de la muerte de la V-rana me ha revelado muchas cosas, y la cuestión se ha agravado.

-¿Qué quiere decir?

Todos le miraron fijamente. Incluso Bigman alzó la vista hacia Lucky con profunda sorpresa.

-Le he dicho que la V-rana tiene la facultad de imponer emociones -explicó Lucky~. Usted mismo, comandante Donahue, tuvo ocasión de comprobarlo. ¿Recuerda lo que sintió al ver a la V-rana ayer en mi nave? Se encontraba bajo una tensión considerable, pero cuando vio a la V-rana... ¿Recuerda lo que sintió, señor?

-La criatura me cautivó -tartamudeó el comandante.

-¿Sabe por qué, en este momento?

-No, ahora que lo pienso, no lo sé. Era una criatura muy fea.

-Sin embargo, le gustó. No pudo evitarlo. ¿Habría sido capaz de hacerle daño?

-Supongo que no.

-Estoy seguro de que no. Nadie que tuviera emociones habría podido. Pero alguien lo hizo. Alguien la mató.

-¿Quiere explicarnos la paradoja? -solicitó Panner.

-Es muy fácil de explicar. Nadie *que tuviera emociones.* Sin embargo, un robot no tiene emociones. ¿Y si en alguna parte de Júpiter Nueve hay un robot, un hombre mecánico, con la forma perfecta de un ser humano?

-¿Se refiere a un androide? -exclamó el comandante Donahue-. Imposible. Estas cosas sólo exisien en los cuentos fantásticos.

-Creo, comandante -replicó Lucky-, que no está usted al corriente de la habilidad de los sirianos en la fabricación de robots. Creo que pueden haber empleado a algún hombre de Júpiter Nueve, algún hombre verdaderamente leal, como modelo; después sólo han tenido que construir un robot a su imagen y semejanza y sustituirlo por él. Un robot humanoide como sería éste tendría sentidos especiales que le convertirían en el espía ideal. Por ejemplo, podría ser capaz de ver en la oscuridad o percibir cosas a través de la materia. Desde luego sería capaz de transmitir información a través del subéter por medio de algún aparato incorporado.

El comandante meneó la cabeza.

-Es ridículo. Cualquier hombre habría podido matar fácilmente a la V-rana. Un hombre desesperado, asustado hasta el punto de hacer cualquier cosa..., incluso superar esa influencia mental ejercida por el animal. ¿Ha pensado en eso?

-Sí, ya lo he pensado -dijo Lucky-. Pero ¿por qué iba a estar tan desesperado cualquier hombre? ¿Por qué iba a matar a una inofensiva V-rana? La razón más lógica es que la V-rana representaba un peligro enorme para él, que no era nada inofensiva. El único peligro que puede representar una V-rana implica la capacidad del animal para detectar y transmitir las emociones del criminal. ¿Y si estas emociones constituyeran la evidencia irrevocable de que el criminal era un espía?

-¿Cómo sería eso posible? -inquirió Panner.

Lucky se volvió a mirarle.

-¿Y si nuestro criminal no tuviera emociones? ¿Acaso un hombre sin emociones no sería inmediatamente identificado como un robot?... Mirémoslo desde otro punto de vista. ¿Por qué matar únicamente a la V-rana? Una vez dentro de nuestras habitaciones, habiéndose arriesgado tanto, habiendo encontrado a uno de nosotros en la ducha y al otro hablando por el interfono, sin que ninguno de los dos sospechara nada y estuviera preparado, ¿por qué no matarnos a nosotros en vez de a la V-rana? O bien, ¿por qué no matarnos a nosotros y a la V-rana?

-Falta de tiempo, probablemente -dijo el comandante.

-Hay otra razón mucho más verosímil -dijo Lucky-. ¿ Conoce las Tres Leyes de la Robótica, las reglas de conducta que todos los robots deben seguir?

-Tengo una ligera idea -repuso el comandante. No podría enumerarlas.

-Yo sí -dijo Lucky-, y con su permiso voy a hacerlo, para que comprendan mi razonamiento. La Primera Ley es ésta: Un robot no puede dañar a ningún ser humano o, permaneciendo inactivo, dejar que un ser humano sufra daño. La Segunda Ley es: Un robot debe obedecer las órdenes de cualquier ser humano siempre y cuando éstas no contravengan la Primera Ley. La Tercera Ley dice: Un robot debe proteger su propia existencia siempre que dicha protección no contravenga la Primera o la Segunda Ley.

Panner asintió:

-De acuerdo, consejero, ¿qué pretende demostrar con eso?

-Un robot puede recibir la orden de matar a la V-rana, que es un animal. Arriesgará su existencia, puesto que la propia conservación no es más que la Tercera Ley, para obedecer las órdenes, que constituye la Segunda Ley. Pero no se le puede ordenar que mate a Bigman o a mí, porque somos seres humanos, y la Primera Ley tiene preponderancia sobre las demás. Un espía humano nos habría matado a los dos y a la V-rana; un espía robot sólo habría matado a la V-rana. Todo coincide, comandante.

El comandante reflexionó unos momentos, guardando una inmovilidad completa, mientras las arrugas de su cara se hacían más profundas. Después dijo:

-¿Qué propone que hagamos? ¿Mirar por rayos X a todos los hombres del proyecto?

-No -se apresuró a responder Lucky-. No es tan sencillo. El espionaje se lleva a cabo con éxito en otro lugar que aquí.Si aquí hay un robot humanoide, es probable que haya otros en distintos lugares. Lo mejor sería atrapar a todos los androides posibles; a todos, si podemos. Si actuamos demasiado impulsiva y abiertamente para atrapar al que tenemos entre manos, los demás pueden ser retirados hasta mejor ocasión.

-En ese caso, ¿qué propone usted que hagamos?

-Trabajar lentamente. Una vez se sospecha de un robot, hay muchas formas de hacer que se traicione sin darse cuenta. Y no empiezo completamente de la nada. Por ejemplo, comandante, sé que usted no es un robot porque ayer detecté emociones en usted. De hecho, le hice montar deliberadamente en cólera para probar mi V-rana, y por eso le pido perdón.

El rostro de Donahue se congestionó.

-¿Yo, un robot?

-Como le he dicho, sólo le utilicé para probar mi V-rana.

Panner dijo secamente:

-De mí no puede estar seguro, comandante. Nunca me he enfrentado con su V-rana.

-Es cierto -repuso Lucky-. Usted aún no está libre de sospecha. Quítese la camisa.

-¡Qué! -exclamó Panner con indignación-. ¿Por qué?

Lucky dijo suavemente:

-Ya está libre de sospecha. Un robot habría tenido que obedecer esa orden.

El comandante descargó un puño sobre la mesa.

-¡Basta! Esto se ha terminado. No permitiré que moleste a mis hombres de ninguna manera. Tengo una labor que hacer en este satélite, consejero Starr; tengo que enviar una nave Agrav al espacio, y voy a lograrlo. Mis hombres han sido investigados y han resultado ser inocentes. Su historia sobre el robot es absurda, y no pienso secundarle en sus planes.

»Ayer le dije, Starr, que no quería que viniera a este satélite para agitar a mis hombres y desmoralizarlos. Usted creyó conveniente hablarme de forma insultante. Ahora dice que sólo fue para probar a su animal, lo cual no hace más que agravar el insulto. Por esta razón, no pienso colaborar con usted. Permítame que le diga lo que he hecho.

»He cortado toda comunicación con la Tierra. He puesto a Júpiter Nueve bajo estado de excepción. Ahora tengo los poderes de un dictador militar. ¿Lo entiende?

Lucky entornó ligeramente los ojos.

-Como consejero del Consejo de Ciencias, tengo una graduación superior a la suya.

-¿ Cómo piensa hacer uso de ella? Mis hombres me obedecerán y ya tienen sus órdenes. Usted será refrenado por la fuerza si intenta por algún medio, con palabras o hechos, oponerse a mis órdenes.

-¿Y cuáles son sus órdenes?

-Mañana -dijo el comandante Donahue- a las 6 p.m., hora Solar, la primera nave Agrav que existe en funcionamiento realizará su primer vuelo entre Júpiter Nueve y Júpiter Uno, el satélite Io. Cuando regresemos..., cuando regresemos consejero Starr, y ni una hora antes, usted podrá iniciar su investigación. Y si entonces quiere ponerse en contacto con la Tierra y hacerme comparecer ante un tribunal militar, me tendrá a su disposición.

El comandante Donahue miró fijamente a Lucky Starr.

Lucky preguntó a Panner:

-¿Está lista la nave?

Panner contestó:

-Creo que sí.

Donahue informó despectivamente:

-Nos vamos mañana. Bueno, consejero Starr, ¿viene conmigo o tengo que arrestarle?

Siguió un silencio tenso. Bigman contuvo virtualmente el aliento. Las manos del comandante se abrían y cerraban, y tenía la nariz blanca y contraída. Panner extrajo lentamente una barra de chicle del bolsillo de su camisa, rompió con una mano su envoltura plastificada y se la metió en la boca.

Y entonces Lucky unió las manos, se arrellanó en la silla y dijo:

-Estaré encantado de cooperar con usted, comandante.

Librodot

8 CEGUERA

Bigman se enfureció inmediatamente.

-¡Lucky! ¿Es que vas a dejarle suspender la investigación así como así?

-No exactamente, Bigman -contestó Lucky-. Estaremos a bordo de la nave Agrav y la continuaremos allí.

-No, señor -dijo inexpresivamente el comandante-. No estarán ustedes a bordo. Eso ni lo piense.

-¿Quién irá a bordo, comandante? -preguntó Lucky-. Usted, me imagino.

-Sí, iré yo mismo. Panner irá también, como ingeniero jefe. Vendrán dos de mis oficiales, otros cinco ingenieros y cinco tripulantes ordinarios. Todos ellos fueron escogidos hace tiempo. Panner y yo, como responsables del proyecto; los cinco ingenieros para guiar la nave; y el resto como pago de sus servicios al proyecto.

Lucky inquirió pensativamente:

-¿Qué tipo de servicios?

Parmer interrumpió para decir:

-El mejor ejemplo de lo que el comandante quiere explicarles es Harry Norrich, que...

Bigman se sobresaltó.

-¿Se refiere al ciego?

-¿Así que le conocen? -inquirió Panner con curiosidad.

-Nos conocimos anoche -repuso Lucky.

-Bueno -dijo Panner-, Norrich ya estaba aquí cuando se inició el proyecto. Perdió la vista al lanzarse entre dos contactos para evitar que se doblara un campo de fuerza. Estuvo cinco meses en el hospital y sus ojos fueron la única parte de su cuerpo que no pudo ser curada. Gracias a este acto de valor, el satélite no saltó por los aires. Salvó la vida a doscientas personas y salvó el proyecto, ya que un accidente de este calibre al principio hubiera hecho imposible conseguir más asignaciones del Congreso. Este tipo de cosas es lo que merece el honor de una plaza en el viaje inaugural de la nave Agrav.

-Es una pena que no pueda ver Júpiter de cerca -comentó Bigman. Entonces sus ojos se entrecerraron- ¿Cómo se las arreglará para desenvolverse en la nave?

-Llevará a Mutt, estoy seguro -respondió Panner-. Es un perro muy bien educado.

-Es todo lo que quería saber -dijo Bigman acaloradamente-. Si llevan a un perro, pueden llevarnos a Lucky y a mí.

El comandante Donahue miró impacientemente su reloj de pulsera. Después puso las palmas de las manos sobre la mesa e hizo ademán de levantarse.

-Bien, ya no hay nada de qué hablar, caballeros.

-No opino igual -dijo Lucky-. Aún falta un pequeño detalle que aclarar. Bigman lo ha planteado muy crudamente, pero tiene toda la razón. Él y yo estaremos en la nave Agrav cuando ésta parta.

-No -dijo el comandante Donahue-. Es imposible.

-¿Acaso el peso de dos individuos más sería demasiado para la nave?

Panner se echó a reír.

-Podríamos mover una montaña.

-¿Es que faltan habitaciones?

El comandante miró a Lucky con extrema desaprobación.

-No pienso explicárselo. No irán con nosotros porque yo no quiero que vayan con nosotros. ¿Está claro?

Brilló una chispa de satisfacción en sus ojos, y a Lucky no le costó demasiado adivinar qué estaba desquitándose del regaño que Lucky le diera a bordo de la *Shooting Starr.*

Lucky repuso tranquilamente:

-Será mejor que nos lleve, comandante.

Donahue sonrió sardónicamente.

-¿Por qué? ¿Es que va a relevarme de mis deberes por orden del Consejo de Ciencias? No podrá comunicarse con la Tierra hasta mi regreso, y entonces no me importará que me releven o no.

-Creo que no lo ha pensado bien, comandante -dijo Lucky-. Pueden relevarle de su puesto con efecto retroactivo a partir de este momento. Así pues, en lo que se refiere a los archivos gubernamentales, constará que la nave Agrav hizo su primer vuelo no bajo su mando sino bajo el mando, oficialmente, de su sucesor, sea éste quien sea. El informe del viaje puede ser incluso corregido para demostrar, oficialmente, que no estaba usted a bordo.

El comandante Donahue palideció. Se levantó y hubo un momento en que pareció querer abalanzarse sobre Lucky.

-¿Qué decide, comandante? -preguntó Lucky.

La voz de Donahue parecía de otra persona cuando finalmente se oyó:

-Pueden venir.

Lucky pasó el resto del día en la sala de archivos, examinando el historial de diversos hombres empleados en el proyecto, mientras Bigman, guiado por Panner, iba de laboratorio en laboratorio y de una sala de pruebas a otra.

Hasta después de la cena, cuando volvieron a su habitación, no tuvieron oportunidad de estar los dos solos. El silencio que Lucky guardó entonces no era extraordinario, ya que el joven consejero no era hablador ni en el mejor de los momentos; pero tenía una pequeña arruga entre los ojos que Bigman reconoció como un indudable signo de preocupación.

-No estamos progresando nada, ¿verdad, Lucky? -comentó Bigman.

Lucky meneó la cabeza.

-No demasiado, lo admito.

Se había llevado un libro-película de la biblioteca del proyecto, y Bigman dio una ojeada al título: *Tratado de robótica.* Lucky introdujo metódicamente el inicio de una película en el visor.

Bigman se agitó, intranquilo.

-¿Pretendes ver toda esa película, Lucky? -Ésa es mi intención, Bigman.

-¿Te importa que vaya a ver a Norrich?

-Adelante. -Lucky tenía el visor encima de los ojos y se hallaba recostado, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Bigman cerró la puerta y permaneció un momento junto a ella, un poco nervioso. Primero tendría que haberlo hablado con Lucky, sabía que tendría que haberlo hecho; pero la tentación...

Se dijo a sí mismo: «No voy a hacer nada. Me limitaré a comprobar una cosa. Si me equivoco, me equivoco, y entonces, ¿por qué molestar a Lucky? Pero si da resultado, tendré *realmente* algo que decirle. »

La puerta se abrió enseguida cuando llamó, y vio a Norrich, con los ojos fijos en dirección a la puerta, sentado ante una mesa sobre la que había un tablero de ajedrez con extrañas figuras.

-¿ Sí?

-Soy Bigman -dijo el pequeño marciano.

-¡Bigman! Entre y siéntese. ¿Está el consejero Starr con usted?

La puerta volvió a cerrarse, y Bigman paseó la mirada por la habitación profusamente iluminada. Sus labios se fruncieron.

-Está ocupado. Pero yo estoy harto de Agrav por hoy. El doctor Panner me lo ha enseñado todo, pero casi no he entendido nada.

Norrich sonrió.

-No puedo decir que esté usted en minoría, pero aunque no sepa matemáticas, hay algunas cosas que no son muy difíciles de entender.

-¿No? ¿Le importaría explicármelas? -Bigman se sentó en un amplio sillón y se agachó para mirar por debajo de la mesa de Norrich. Mutt estaba allí tendido, con la cabeza entre las patas delanteras y un ojo clavado en Bigman.

«Que siga hablando -pensó Bigman-. Que siga hablando hasta que encuentre un agujero o haga uno. »

-Mire esto -dijo Norrich. Agitaba una de las fichas que había estado sosteniendo-. La gravedad es una forma de energía. Un objeto como esta pieza que tengo en la mano, que está bajo la, influencia de un, campo gravitacional pero no puede moverse, tiene lo que se llama energía potencial. Si yo soltara la pieza, la energía potencial se convertiría en movimiento... o energía cinética, como se denomina. Como sigue bajo la influencia del campo gravitacional a medida que cae, lo hace cada vez con mayor rapidez. -Soltó la pieza en aquel preciso instante, y ésta cayó.

-Hasta estrellarse -dijo Bigman. La ficha llegó al suelo y rodó.

Norrich se agachó como si quisiera recuperarla y después dijo:

-¿Quiere hacer el favor de cogérmela, Bigman? No sé exactamente dónde ha caído.

Bigman disimuló su decepción. La recogió y la devolvió.

-Hasta hace muy poco -dijo Norrich, esto era lo único que podía hacerse con la energía potencial: convertirla en energía cinética. Claro que la energía cinética podía emplearse para otras cosas. Por ejemplo, el agua de las Cataratas del Niágara podría utilizarse para obtener electricidad, pero esto es diferente. En el espacio, la gravedad da por resultado el movimiento y eso es todo.

»Piense en el sistema de lunas joviano. Nosotros estamos en Júpiter Nueve, muy lejos. A veintitrés millones de kilómetros. Con respecto a Júpiter, tenemos una enorme cantidad de energía potencial. Si tratamos de ir a Júpiter Uno, el satélite Io, que sólo está a 455.000 kilómetros de Júpiter, podemos decir que, en cierto modo, estamos cayendo todos esos millones de kilómetros. Adquirimos una velocidad tremenda que continuamente hemos de contrarrestar empujando en la dirección contraria con un motor hiperatómico. Se necesita una energía enorme. Por otra parte, si equivocamos nuestra trayectoria, estamos en constante peligro de seguir cayendo, en cuyo caso sólo hay un sitio donde ir, y éste es Júpiter..., y Júpiter representa una muerte instantánea. Ahora *bien,* aunque aterricemos sanos y salvos en Io, hay el problema de regresar a Júpiter Nueve, lo cual significa elevarnos todos esos millones de kilómetros en contra de la gravedad de Júpiter. La cantidad de energía requerida para maniobrar entre las lunas de Júpiter es verdaderamente prohibitiva.

-¿Y el sistema Agrav? -preguntó Bigman.

-¡Ah! Esto es muy distinto. Una vez se utiliza un convertidor Agrav, la energía potencial puede ser transformada en otras formas de energía que la energía cinética. En el pasillo Agrav, por ejemplo, la fuerza de la gravedad en una dirección se utiliza para cargar el campo gravitacional en la dirección contraria a medida que se cae. Las personas que caen en una dirección proporcionan energía a las personas que caen en la otra. Descargando la energía de

Librodot

este modo, usted mismo, mientras cae, no necesita aumentar la velocidad. Puede caer a cualquier velocidad menor a la velocidad natural de caída. ¿Lo entiende?

Bigman no estaba muy seguro de entenderlo, pero dijo:

-Adelante.

-En el espacio es distinto. No hay un segundo campo gravitacional adonde transmitir la energía. En cambio, se convierte en energía de campo hiperatómico y se acumula de esta forma. Al hacer esto, una nave espacial puede caer desde Júpiter Nueve hasta Io a cualquier velocidad inferior a la velocidad natural de caída sin tener que emplear energía para disminuirla. Prácticamente no se gasta energía, excepto en el ajuste final a la velocidad orbital de Io. Y la seguridad es completa, ya que la nave está siempre perfectamente controlada. La gravedad de Júpiter podría ser suprimida por completo, en caso necesario.

»El regreso a Júpiter Nueve sigue requiriendo energía. Esto es algo que no se ha podido evitar. Pero ahora podemos usar la energía que previamente hemos almacenado en el condensador de campo hiperatómico para volver. La energía del propio campo gravitacional de Júpiter es utilizada para regresar.

-Suena bien -dijo Bigman. Se removió en su asiento. No llegaba a ninguna parte. De repente preguntó-: ¿Qué es ese juego que tiene encima de la mesa?

-Ajedrez -repuso Norrich-. ¿Sabe jugar?

-Un poco -confesó Bigman-. Lucky me enseñó, pero no es divertido jugar con él. Siempre gana. -Después preguntó, de improviso-: *Y usted,* ¿cómo juega al ajedrez?

-¿Lo dice porque soy ciego?

-Uh...

-No se preocupe. No me importa hablar de mi ceguera... Es bastante fácil de explicar. Este tablero es magnético y las piezas están hechas de una ligera aleación magnética para adherirse al lugar donde se ponen y no caerse si las toco con el brazo inadvertidamente. Mire, compruébelo, Bigman.

Bigman cogió una de las piezas. Salió como si estuviera pegada en almíbar, después se despegó.

-Como verá -dijo Norrich-, no son piezas de ajedrez ordinarias.

-Se parecen más a las fichas de damas -gruñó Bigman.

-También es para que no las tire. Sin embargo, no son completamente planas. Tienen dibujos en relieve que puedo identificar fácilmente por el tacto y que se parecen bastante a las piezas normales para que otra persona las reconozca y pueda jugar conmigo. Véalo usted mismo.

Bigman no tuvo ningún problema. El círculo de puntos en relieve tenía que ser la reina, mientras que la crucecita en el centro de otra pieza era el rey. Las piezas con las ranuras obli-

cuas eran los alfiles, el círculo de cuadrados en relieve las torres, las puntiagudas orejas de caballo los caballos, y los pomos redondos los peones.

Bigman se encontró en un callejón sin salida. Preguntó:

-¿Qué está haciendo en este momento? ¿Jugar una partida usted solo?

-No, estoy resolviendo un problema. Las piezas están dispuestas tal como usted ve y hay una forma y sólo una en que las blancas ganen la partida en tres movimientos exactos, y yo estoy tratando de averiguar cuál es esa forma.

-¿Cómo puede distinguir las blancas de las negras? -preguntó Bigman.

Norrich se echó a reír.

-Si se acerca un poco, verá que las piezas blancas tienen muescas a lo largo del borde y las negras, no.

-Oh. Entonces tiene que acordarse de dónde están todas las piezas, ¿no?

-Eso no es difícil -repuso Norrich-. Parece que se necesite una memoria fotográfica, pero en realidad lo único que tengo que hacer es pasar la mano por encima del tablero y comprobar la disposición de las piezas. Se habrá fijado en que los cuadros están marcados también por pequeñas muescas.

Bigman se encontró respirando aceleradamente. Había olvidado los cuadros del tablero, *estaban* marcados por pequeñas muescas. Se sintió como si estuviera jugando una especie de partida de ajedrez, en la cual fuese batido en toda regla.

-¿Le importa que mire? -inquirió vivamente-. Quizá descubra la solución.

-En absoluto -repuso Norrich-. Ojalá pueda. Hace media hora que lo intento y empiezo a desanimarme.

Siguió un minuto o dos de silencio, y entonces Bigman se levantó, con el cuerpo tenso por el esfuerzo de no hacer ningún ruido. Sacó una pequeña linterna de uno de sus bolsillos y se dirigió hacia la entrada cautelosamente. Norrich continuó inclinado sobre el tablero. Bigman lanzó una rápida mirada hacia Mutt, pero el perro tampoco se movió.

Bigman llegó a la pared y, sin atreverse siquiera a respirar, apoyó silenciosamente una mano en el interruptor de la luz. En el mismo instante, la luz de la habitación se apagó y una profunda oscuridad lo invadió todo.

Bigman trató de acordarse de la dirección donde estaba la silla de Norrich. Levantó la linterna.

Oyó un ruido sordo, y después la voz de Norrich le interpeló con sorpresa y desagrado:

-¿Por qué ha apagado la luz, Bigman?

-Me lo suponía, exclamó Bigman con voz triunfante. Enfocó la luz de la linterna en el rostro de Norrich-. Usted no es ciego y le acuso de espionaje.

9 LA NAVE AGRAV

-No sé lo que está haciendo -exclamó Norrich-, pero, por el Espacio, ¡no haga ningún movimiento brusco o Mutt se lanzará sobre usted!

-Sabe exactamente lo que estoy haciendo -dijo Bigman-, porque ve a la perfección que he sacado la pistola de aguja, y creo que ya se ha enterado de que soy un magnífico tirador. Si su perro da un paso en dirección a mí, será su fin.

-No le haga daño a Mutt, ¡se lo ruego! .

Bigman no estaba preparado para la súbita angustia que expresó la voz del otro. Dijo:

-Pues cálmese y venga conmigo y no le pasará nada. Iremos a ver a Lucky. Y si nos cruzamos con alguien en el pasillo, no diga otra cosa que «Buenas noches». No olvide que estaré justo detrás de usted.

Norrich dijo:

-No puedo ir sin Mutt.

-Claro que puede -replicó Bigman-. Sólo son cinco pasos. Aunque fuera realmente ciego podría arreglárselas..., un tipo que hace rompecabezas y todo eso.

Lucky, al oír abrirse la puerta, alzó el visor de su cabeza y dijo:

-Buenas noches, Norrich. ¿Dónde está Mutt?

Bigman intervino antes de que el otro tuviera oportunidad de contestar:

-Mutt está en la habitación de Norrich, y éste no lo necesita. Arenas de Marte, Lucky. ¡Norrich no es más ciego que yo!

-¿Qué?

-Su amigo está completamente equivocado, señor Starr -empezó Norrich-. Quiero decirle...

Bigman replicó:

-¡Usted cállese! Yo seré el que hable, y cuando le pregunten, podrá decir lo que quiera.

Lucky se cruzó de brazos.

-Si no le importa, señor Norrich, me gustaría oír lo que Bigman tiene que explicarme. Y mientras tanto, Bigman, ¿qué te parece si guardas la pistola de aguja?

Bigman obedeció con una mueca. Dijo:

-Mira, Lucky, he sospechado de ese tipo desde el principio. Sus rompecabezas tridimensionales me dieron qué pensar. Los hacía con demasiada facilidad. Enseguida empecé a preguntarme si no sería el espía.

-Ésta es la segunda vez que me llama espía -exclamó Norrich-. No lo permitiré.

-Mira, Lucky -prosiguió Bigman, haciendo caso omiso de la protesta de Nórrich-, sería muy astuto tener a un espía que se hiciera pasar por ciego. De este modo vería muchas cosas que nadie pensaría que había visto. La gente no disimularía; no ocultarían las cosas. Podría estar frente a algún documento vital y pensarían: «No es más que el pobre Norrich. No puede ver. » Lo más probable es que ni siquiera se fijaran en él. ¡Arenas de Marte, sería un plan perfecto!

Norrich parecía más estupefacto a cada momento.

-Pero es que yo soy ciego. Si lo dice por los rompecabezas tridimensionales o el ajedrez, le he explicado...

-Oh, claro, nos ha explicado -le cortó despectivamente Bigman-. Lleva muchos años inventando explicaciones. Sin embargo, ¿cómo va a explicarnos que estuviese solo en su habitación con las luces encendidas? Cuando he entrado, Lucky, hace una media hora, la luz estaba encendida. No es que la encendiese para mí. El conmutador estaba demasiado lejos de la silla donde él se encontraba sentado. ¿Por qué?

-¿Por qué no? -dijo Norrich-. A mí me es completamente igual que esté encendida o apagada, así que la tengo encendida mientras estoy levantado en atención a los que vengan a visitarme, como usted.

-Muy bien -repuso Bigman-. Esto demuestra su gran habilidad para encontrar respuesta a todo... cómo puede jugar al ajedrez, cómo puede identificar las piezas, todo. En una ocasión ha estado a punto de traicionarse. Dejó caer una de las piezas de ajedrez y se inclinó para recogerla, pero se acordó justo a tiempo y me pidió que lo hiciese yo.

-Normalmente -dijo Norrich- sé dónde cae una cosa por el ruido. Esa pieza rodó.

-Adelante, siga con sus explicaciones -dijo Bigman-. No le servirán de nada, porque hay una cosa que no *puede* explicar. Lucky, quería someterle a una prueba. Iba a apagar la luz, y después enfocar mi linterna de bolsillo sobre sus ojos a la máxima intensidad. Si no era ciego, tendría que sobresaltarse o, por lo menos, parpadear. Estaba seguro de atraparle. Pero ni siquiera he podido ir tan lejos. En cuanto he apagado la luz, ese tipo se olvida de todo y dice: «¿Por qué ha apagado la luz...?» ¿Cómo supo que había apagado la luz, Lucky? ¿Cómo lo supo?

-Pero... -empezó Norrich.

Bigman no le dejó continuar.

-Puede palpar las piezas de ajedrez y los rompecabezas tridimensionales y todo eso, pero no puede palpar que la luz se ha apagado. Ha tenido que verlo.

-Creo que ya es hora de que dejemos hablar al señor Norrich -dijo Lucky.

-Gracias -dijo Norrích-. Yo soy ciego, consejero, pero mi perro no lo es. Cuando apago la luz por la noche, tal como he dicho antes, no noto la diferencia, pero para Mutt eso significa que es hora de dormir y entonces se va a su rincón.

He oído a Bigman yendo de puntillas hacia la pared donde está el interruptor de la luz. Él trataba de no hacer ruido, pero un hombre que lleva cinco años ciego puede oír hasta el más ligero roce. En cuanto ha dejado de andar, he oído que Mutt se iba a su rincón. No se necesitaba mucha materia gris para deducir lo que había sucedido. Bigman se hallaba junto al conmutador de la luz y Mutt se había acostado. Era evidente que acababa de apagar la luz. El ingeniero volvió el rostro hacia Bigman, y después hacia Lucky, como si aguzara los oídos en espera de una respuesta.

-Sí, me hago cargo -dijo Lucky-. Al parecer le debemos una disculpa.

El rostro de gnomo de Bigman se contrajo en una mueca de desagrado.

-Pero, Lucky...

Lucky meneó la cabeza.

-¡Olvídalo, Bigman! Nunca te aferres a una teoría que ya ha sido explotada. Espero que comprenda, señor Norrich, que Bigman sólo hacía lo que consideraba su deber.

-Habría sido mucho mejor que hiciese unas cuantas preguntas antes de actuar -repuso fríamente Norrich-. ¿Puedo irme, ahora? ¿No tienen inconveniente?

-Puede irse. Sin embargo, tengo que pedirle oficialmente que no mencione a nadie lo que ha ocurrido. Es muy importante.

-Yo podría demandarles por falso arresto -dijo Norrich-, pero lo olvidaremos todo. No mencionaré nada a nadie. -Se dirigió a la puerta, encontró a tientas el cuadro de señales y salió.

Bigman se volvió casi inmediatamente hacia Lucky.

-Era un truco. No tendrías que haberle dejado marchar.

Lucky apoyó la barbilla en la palma de su mano derecha, y sus tranquilos ojos pardos tuvieron una mirada de preocupación.

-No, Bigman, no es el hombre que buscamos.

-*Tiene* que serlo, Lucky. Incluso si es ciego, *realmente* ciego, es un argumento en contra suya. Claro, Lucky. -Bigman volvía a excitarse, y sus manos se abrían y cerraban-, podía acercarse a la V-rana sin verla. Podía matarla.

Lucky meneó la cabeza.

-No, Bigman. La influencia mental de la V-rana no depende de que la vean o no. Es un contacto mental directo. Éste es el único hecho que no podemos olvidar -y añadió lentamente-: Tuvo que ser un robot. Tuvo que serlo, y Norrich no es un robot.

-Bueno, ¿cómo sabes que no...? -Pero Bigman se interrumpió.

-Veo que has contestado tu propia pregunta. Detectamos sus emociones durante nuestra primera entrevista, cuando la V-rana aún estaba con nosotros. Tiene emociones, así que no es el robot y, por lo tanto, tampoco es el hombre que buscamos.

Pero mientras hablaba así, su rostro expresaba una profunda inquietud y apartó de su lado el libro-película sobre robots como si ya no confiase en la ayuda que podía prestarle.

La primera nave Agrav que fue construida se llamó Luna Jovíana y no se parecía a ninguna nave que Lucky hubiera visto en su vida. Era bastante grande para ser un lujoso transatlántico espacial, pero las dependencias de la tripulación y los pasajeros estaban inusitadamente apiñadas en la parte delantera, ya que nueve décimas partes del volumen de la nave consistían en el convertidor Agrav y los condensadores de campo de fuerza hiperatómica. A partir de la sección central, unas aspas curvadas que recordaban vagamente las alas de un murciélago, se extendían a ambos lados. Cinco en uno y cinco en otro, diez en total.

A Lucky le habían explicado que estas aspas, al cortar las líneas de fuerza del campo gravitacional, convertían la gravedad en energía hiperatómica. Era así de prosaico, a pesar de lo cual conferían a la nave un aspecto siniestro.

La nave reposaba ahora en un gigantesco agujero abierto en Júpiter Nueve. La tapa, de hormigón armado, había sido retirada, y toda la zona estaba bajo la gravedad normal de Júpiter Nueve y expuesta a la carencia de aire normal en la superficie de Júpiter Nueve.

No obstante, todo el personal del proyecto, cerca de un millar de hombres, se hallaban reunidos en aquel anfiteatro natural. Lucky nunca había visto a tantos hombres con traje espacial reunidos. Reinaba una cierta excitación muy natural debido a las circunstancias; una cierta inquietud casi histérica que se manifestaba en las payasadas que la baja gravedad hacía posibles.

Lucky pensó sombríamente: «Y uno de estos hombres vestidos con el traje espacial no es tal hombre.»

Pero ¿cuál? Y ¿cómo saberlo?

El comandante Donahue pronunció un corto discurso ante un grupo de hombres súbitamente silenciosos e impresionados a pesar suyo; mientras Lucky, alzando la vista hacia Júpiter, divisó un pequeño objeto cerca de él que no era una estrella sino una diminuta partícula luminosa, curvada como una uña, casi demasiado pequeña para que la curva fuera visible. Si en el camino hubiera habido algo de aire, en lugar del vacío sin aire de Júpiter Nueve, la pequeña curva habría sido una borrosa mancha de luz. Lucky sabía que el minúsculo semicírculo era Ganímedes: Júpiter Tres, el mayor satélite de Júpiter y luna del gigantesco planeta.

Su tamaño era tres veces superior al de la Luna de la Tierra; superior al del planeta Mercurio. Era casi tan grande como Marte. Una vez completada la flota Agrav, Ganímedes no tardaría en convertirse en un mundo del Sistema Solar.

El comandante Donahue bautizó la nave con voz ronca de emoción, y entonces todos los espectadores, en grupos de cinco y seis, entraron en el interior lleno de aire del satélite a través de las diversas antecámaras.

Sólo quedaron los que iban a embarcar en la *Luna Joviana.* Subieron uno a uno la rampa que conducía a la antecámara de entrada, siendo el comandante Donahue el primero en hacerlo.

Lucky y Bigman fueron los últimos en subir a bordo. El comandante Donahue se apartó de la antecámara de compresión al verlos entrar, mostrando claramente su desagrado.

Bigman se inclinó hacia Lucky, para decirle en voz baja:

-¿Te has fijado, Lucky, en que Red Summers está a bordo?

-Sí, ya lo sé.

-Es el tipo que intentó matarte.

-Ya lo sé, Bigman.

La nave empezó a elevarse con majestuosa lentitud. La gravedad superficial de Júpiter Nueve sólo era de una decimoctava parte de la terrestre, y aunque el peso de la nave todavía alcanzaba los cientos de toneladas, no era ésta la causa de la lentitud inicial. Aunque la gravedad hubiera sido nula, la nave seguiría teniendo su contenido de materia y toda la inercia que ello implicaba. Seguiría siendo muy difícil poner toda esa materia en movimiento o, en caso necesario, detenerla o cambiar su dirección, una vez hubiera empezado a moverse.

Pero lentamente al principio, y después con creciente rapidez, el agujero fue dejado atrás. Júpiter Nueve apareció en las visiplacas como una escarpada roca gris. Las constelaciones poblaban el cielo negro y Júpiter parecía una reluciente canica.

James Panner se acercó a ellos y les rodeó los hombros con ambos brazos.

-¿Les gustaría a estos dos caballeros comer conmigo en mi camarote? En la sala de observación no habrá nada que ver hasta dentro de muchas horas. -Su amplia boca se contrajo en una sonrisa que dilató los músculos de su grueso cuello y lo hizo parecer como una continuación de la cabeza.

-Gracias-dijo Lucky- Es muy amable al invitarnos.

-Bueno -repuso Panner-, el comandante no va a hacerlo y los hombres también recelan un poco de ustedes. No quiero que estén demasiado solos. Será un largo viaje.

-¿No recela usted de mí, doctor Panner? -inquirió secamente Lucky.

-Claro que no. Recuerde que me sometió a una prueba y salí airoso de ella.

El camarote de Panner era tan pequeño que apenas cabían tres personas. Resultaba evidente que las habitaciones de la primera nave Agrav eran tan reducidas como sólo la ingenuidad de un ingeniero podía hacerlas. Panner abrió tres latas de ración individual, el alimento concentrado que se tomaba en todas las naves espaciales.

Lucky y Bigman se encontraban como en su casa con el aroma de las raciones al calentarse, la sensación de hallarse entre cuatro paredes, fuera de las cuales estaba la infinita vacuidad del espacio, y, resonando a través de esas paredes, el continuo y vibrante zumbido

de los motores hiperatómicos que convertían las energías de campo en fuerza propulsora o, cuando menos, proveían de energía a las entrañas de la nave. Si pudiera decirse que la antigua creencia de la «música de las esferas» se había convertido literalmente en realidad, era en aquel zumbido de los hiperatómicos que constituía la parte esencial del vuelo espacial.

-Ya hemos pasado la velocidad de escape de Júpiter Nueve -dijo Panner-, lo cual significa que podemos navegar por medio de la gravedad sin ningún peligro ni volver a caer encima de su superficie.

-Eso significa que hemos iniciado nuestra caída libre con destino a Júpiter -comentó Lucky.

-Con veintitrés millones de kilómetros de caída, sí. En cuanto hayamos alcanzado la velocidad suficiente, conectaremos la Agrav.

Panner sacó un reloj de su bolsillo a medida que hablaba. Era un gran disco de reluciente metal.

Apretó un pequeño botón, y unas cifras luminosas aparecieron en la esfera. Estaba rodeada por una brillante línea de color blanco, que se fue volviendo roja poco a poco, después de lo cual el arco volvió a tornarse blanco.

Lucky preguntó:

-¿Acaso falta tan poco rato para entrar en Agrav?

-No mucho -repuso Panner. Dejó el reloj sobre la mesa, y comieron en silencio.

Panner alzó de nuevo el reloj.

-Poco menos de un minuto. Tendría que ser completamente automático.

Aunque el ingeniero jefe hablara con bastante tranquilidad, la mano que sostenía el reloj tembló ligeramente.

Panner dijo: «Ahora», y se hizo el silencio. El más completo silencio.

El zumbido de los hiperatómicos había cesado. Hasta la energía necesaria para mantener encendidas las luces de Ja nave y su campo de seudogravedad en funcionamiento procedía ahora del campo gravitacional de Júpiter.

-¡Exactamente! ¡Perfecto! -exclamó Panner. Se guardó el reloj, y aunque sólo esbozó una sonrisa, ésta demostró todo el alivio que sentía-. Ya estamos en una nave Agrav que funciona según el sistema Agrav.

Lucky también sonreía.

-Felicidades. Me alegro de estar a bordo.

-Me lo imagino. Luchó mucho para conseguirlo. ¡Pobre Donahue!

-Lamento haber tenido que presionar tanto al comandante -dijo gravemente Lucky-, pero no me quedaba otra alternativa. De una forma u otra, tenía que estar a bordo.

Panner entrecerró los ojos ante la súbita gravedad reflejada en la voz de Lucky.

-¿ *Tenía* que estarlo?

-¡Tenía que estarlo! Estoy casi seguro de que, en este momento, el espía que buscamos se encuentra a bordo de esta nave.

10 EN LAS ENTRAÑAS DE LA NAVE

Panner le miró inexpresivamente. Después preguntó:

-¿Por qué?

-Los sirianos deben querer saber cómo funciona la nave. Si su método de espionaje es infalible, como hasta ahora lo ha sido, ¿por qué no continuarlo a bordo?

-Así pues, lo que usted quiere decir es que uno de los catorce hombres que hay a bordo de la *Luna Joviana* es un robot, ¿verdad?

-Eso es exactamente a lo que me refiero.

-Pero los hombres que están ahora en la nave fueron elegidos hace tiempo.

-Los sirianos debían conocer las razones y el método de elección del mismo modo que conocían todos los demás detalles del proyecto, y debieron proceder de forma que su robot humanoide fuera uno de los escogidos.

-Esto es atribuirles un gran mérito -susurró Panner.

-Lo reconozco -dijo Lucky-. Hay una alternativa.

-¿Cuál?

-Que el robot humanoide haya embarcado como polizón.

-Es muy improbable -objetó Panner.

-Pero posible. Podría haber abordado fácilmente la nave aprovechándose de la confusión que precedió al discurso del comandante. Traté de vigilar la nave, pero me fue imposible. Además, nueve décimas partes de la nave están reservadas para emplazamiento de los motores, así que debe de haber mucho sitio para esconderse.

Panner reflexionó un momento.

-No tanto sitio corno usted cree.

-Sin embargo, hemos de buscarle. ¿Se encargará de ello, doctor Panner?

-¿Yo?

-Naturalmente. Como ingeniero jefe, conoce mejor que nadie el compartimento de los motores. Nosotros iremos con usted.

-Espere; es una empresa de locos.

-Si no hay ningún polizón, doctor Panner, igualmente habremos logrado algo. Sabremos que podemos restringir nuestras sospechas a los hombres que se encuentran legalmente a bordo.

-¿Sólo nosotros tres?

-¿ En quién más podemos confiar para ayudarnos -dijo Lucky tranquilamente-, si cualquiera puede ser el robot que estamos buscando? No hablemos más de ello, doctor Panner. ¿Está usted dispuesto a ayudarnos en la búsqueda? Le pido su colaboración en mi condición de miembro del Consejo de Ciencias.

Panner se puso en pie de mala gana.

-En ese caso, supongo que debo prestársela.

Descendieron agarrándose fuertemente a los asideros del estrecho pozo que conducía al nivel donde se encontraban los motores. La luz era escasa y, naturalmente, indirecta, a fin de que la enorme estructura no proyectara ninguna sombra.

No se oía ningún ruido, ni el más ligero zumbido que indicara actividad o demostrara que había vastas fuerzas en juego. Bigman, al mirar en torno a él, se asombró de que nada de lo que veía le resultara familiar; de que no hubiera nada que recordara a la maquinaria de una nave espacial, tal como la *Shooting Starr.*

-Todo está cerrado -dijo.

Panner asintió y explicó en voz baja:

-Todo es lo más automático posible. La necesidad de intervención humana ha sido reducida al mínimo.

-¿Qué hay de las reparaciones?

-No tendría que haber ninguna -dijo sombríamente el ingeniero-. Tenemos circuitos alternos y equipo duplicado a cada paso, y todos ellos entran automáticamente en funcionamiento si el otro se estropea.

Panner siguió adelante, guiándoles a través de las estrechas aberturas con extrema lentitud, como si esperara que en cualquier momento alguien o algo pudiera abalanzarse sobre ellos.

Nivel por nivel, partiendo metódicamente del pozo central y recorriendo todos los pasillos laterales, Panner escudriñó hasta la más pequeña habitación con la seguridad de un experto.

Al fin llegaron al piso inferior, donde estaban los grandes reactores de cola por medio de los cuales las fuerzas hiperatómicas (cuando la nave realizaba un vuelo ordinario) presionaban hacia atrás para impulsar la nave hacia delante. Desde dentro de la nave, los reactores de prueba semejaban cuatro tubos, cada uno de ellos el doble de grueso que un hombre, que se introducían en la nave y terminaban en las tremendas estructuras sin forma determinada que albergaban los motores hiperatómicos.

Bigman exclamó:

-¡Oiga, los reactores! ¡Dentro!

-No -dijo Panner.

-¿Por qué no? Un robot podría esconderse en ellos perfectamente. Es espacio abierto, pero ¿qué es eso para un robot?

-Las sacudidas hiperatómicas -dijo Lucky-; serían demasiado para un robot y hemos tenido muchas hasta hace una hora. No, los reactores están descartados.

-Bueno -dijo Panner-, no hay nadie en los compartimentos de los motores. Ni nada.

-¿Está seguro?

-Sí. No hay lugar donde no hayamos buscado, y con el camino que he seguido he evitado que alguien se nos escapara dando una vuelta.

Sus voces resonaban ligeramente en las profundidades de los pozos que había a su espalda.

-Arenas de Marte -dijo Bigman-, esto nos obliga a concentrarnos en los catorce conocidos.

Lucky añadió pensativamente:

-Algunos menos. Tres de los hombres a bordo de la nave demostraron emoción: el comandante Donahue, Harry Norrich y Red Summers. Por lo tanto, son once.

-No se olvide de mí -dijo Panner-. Desobedecí una orden. Eso deja a diez.

-Esto suscita una cuestión muy interesante -repuso Lucky-. ¿Sabe algo de robots?

-¿Yo? -dijo Panner-. Nunca he tratado con un robot en mi vida.

-Exactamente -dijo Lucky-. Los terrícolas inventaron el robot positrónico y llevaron a cabo la mayor parte de los refinamientos; sin embargo, a excepción de unos pocos especialistas, el técnico terrestre no sabe nada de robots, simplemente porque no utilizamos los robots para casi nada. No se enseña en las escuelas y no surge en la práctica. Yo mismo sé las Tres Leyes y poca cosa más. El comandante Donahue ni siquiera pudo enumerar las Tres Leyes. Por el contrario, los sirianos, con una economía saturada de robots, deben de ser consumados maestros en todas las sutilezas concernientes a los robots.

»Ahora bien, ayer tarde y esta mañana he pasado un buen rato con un libro-película sobre robots que encontré en la biblioteca del proyecto. Por cierto, era el único libro que había sobre el tema.

-¿Y qué? -inquirió Panner.

-Me he dado cuenta de que las Tres Leyes no son tan sencillas como cualquiera podría creer... Por cierto, sigamos adelante, podemos dar un repaso a los niveles de los motores mientras volvemos. -Empezó a recorrer el nivel inferior a medida que hablaba, mirando a su alrededor con penetrante interés.

Lucky continuó:

-Por ejemplo, yo podría creer que sólo sería necesario dar una orden ridícula a cada hombre de la nave y observar si la obedecía o no. En realidad, lo creía así. Pero esto no es necesariamente cierto. Es teóricamente posible ajustar el cerebro posítrónico de un robot para no obedecer más órdenes que las pertenecientes a su deber. Las órdenes que sean contrarias a estos deberes o irrelevantes sólo son obedecidas cuando van precedidas de ciertas palabras que actúan como un código o tras la identificación de la persona que da las órdenes. De este modo, un robot puede ser controlado por sus supervisores siendo insensible a los desconocidos.

Panner, que había apoyado las manos en los asideros que les ayudarían a subir al nivel superior, las dejó caer. Se volvió para enfrentarse con Lucky.

-¿Se refiere a que no significó nada el hecho de que me negara a quitarme la camisa cuando usted me lo ordenó? -preguntó.

-Digo que podría no haber significado nada, doctor Panner, ya que quitarse la camisa en aquel momento no formaba parte de sus deberes regulares, y mi orden pudo no estar formulada del modo apropiado.

-¿Entonces me acusa de ser un robot?

-No. No es probable que lo sea. Los sirianos, al escoger a algún miembro del proyecto para sustituirlo por un robot, dudo que escogieran al ingeniero jefe. Para que el robot hiciera debidamente su trabajo, tendría que saber tanto del sistema Agrav que los sirianos no podrían suministrarle la información. O, en el caso de que pudieran, no necesitarían un espia.

-Gracias -dijo agriamente Panner, agarrándose otra vez a los asideros; pero la voz de Bigman le inmovilizó.

-¡Tranquilo, Panner! -El pequeño marciano empuñaba la pistola de aguja. Dijo-: Espera un momento, Lucky. ¿Cómo sabemos que sus conocimientos sobre la Agrav son tan amplios? Lo estamos suponiendo. Nunca nos lo ha demostrado. Cuando la Luna joviana cambió a Agrav, ¿dónde estaba él? Sentado cómodamente en su habitación con nosotros, allí es donde estaba.

-Yo también lo había pensado, Bigman -dijo Lucky-, y ésta es una de las razones por las que he traído a Panner hasta aquí. Es evidente que está familiarizado con los motores. Le he observado mientras lo inspeccionaba todo y no habría podido hacerlo con tanta seguridad si no fuese un experto en la materia.

-¿Le basta con eso, marciano? -inquirió Panner con mal disimulada cólera.

Bigman apartó la pistola de aguja, y sin más palabras Panner se encaramó por la escalerilla.

Se detuvieron un momento en el siguiente nivel, para examinarlo de nuevo.

-Muy bien -dijo Panner-, tenemos a once hombres sospechosos: dos oficiales del Ejército, cuatro ingenieros, y cuatro obreros. ¿Qué propone que hagamos? ¿Mirarlos por rayos X uno a uno? ¿Algo por el estilo?

Lucky meneó la cabeza.

-Es demasiado arriesgado. Al parecer, se sabe que los sirianos usan un pequeño truco con el fin de protegerse. Se sabe que utilizan robots para llevar recados o hacer cosas que el individuo que da las órdenes desea mantener en secreto. Ahora bien, resulta evidente que un robot no puede mantener un secreto si un ser humano le pide, del modo adecuado, que lo revele. Entonces, lo que hacen los sirianos es instalar un aparato explosivo dentro del robot, que es accionado por cualquier tentativa de forzar al robot a revelar el secreto.

-¿Quiere decir que si somete a un robot a rayos X, éste explotaría?

-Es muy posible que lo hiciera. Su mayor secreto es su identidad, y podría ser eliminado por cualquier tentativa de descubrir su identidad que los sirianos hubieran podido imaginar. -Lucky añadió con pesar-: No habían contado con una V-rana; no había medio de defenderlo contra ella. Tuvieron que ordenar al robot que matara a la V-rana. Claro que esto fue preferible, ya que mantuvo al robot con vida.

-¿Acaso no dañaría el robot a los seres humanos que estuvieran cerca de él cuando explotara? ¿No sería eso infringir la Primera Ley? -preguntó Panner con cierto sarcasmo.

-No lo sería. Él no tendría ningún control sobre la explosión. Ésta sobrevendría como resultado del sonido de una pregunta determinada o la vista de una acción determinada, no como resultado de algo que el robot pudiera hacer.

Se encaramaron hasta el nivel superior.

-Entonces, ¿qué piensa hacer, consejero? -inquirió Panner.

-No lo sé -contestó francamente Lucky-. El robot tiene que estar hecho de modo que se traicione de alguna forma. Las Tres Leyes, aunque modificadas y disfrazadas, *deben* conservarse. Sólo es cuestión de estar suficientemente familiarizado con los robots para sacar provecho de esas leyes. Si supiera cómo inducir al robot a alguna acción que demostrara que no es humano sin activar ningún dispositivo explosivo con el que pudiera estar equipado; si pudiera valerme de las Tres Leyes para enfrentarlas una contra otra de tal modo que paralizara a la criatura completamente; si...

Panner interrumpió con impaciencia:

-Bueno, si espera que yo le ayude, consejero, espera un imposiblé. Ya le he dicho que no sé nada de robots. -Dio media vuelta en redondo-. ¿Qué ha sido eso?

Bigman también miró a su alrededor.

-No he oído nada.

Panner les apartó sin más explicaciones, empequeñecido por el tubo de metal que había a ambos lados.

Había ido casi tan lejos como era posible, seguido por los otros dos, cuando murmuró:

-Alguien debe de haberse escondido entre los rectificadores. Déjenme pasar.

Lucky contempló, con el ceño fruncido, lo que constituía una selva de cables retorcidos que los encerraba en un callejón sin salida.

Librodot

-Para mí está muy claro -dijo Lucky.

-Podemos comprobarlo para estar seguros -dijo Panner con ansiedad. Había abierto un panel en la pared más cercana, y estaba manipulando cautelosamente en el interior, mientras miraba por encima del hombro.

-No se muevan -dijo.

-No ha ocurrido nada. Ahí no hay nada -dijo Bigman irritadamente.

Panner se tranquilizó.

-Ya lo sé. Les he pedido que no se muevan porque no quería perder un brazo al establecer la fuerza de campo.

-¿Qué fuerza de campo?

-He puesto un campo de fuerza en cortocircuito a lo largo del pasillo. No podrían moverse en él, de igual modo que si estuvieran enfundados en sólido acero de noventa centímetros de grosor.

-¡Arenas de Marte, Lucky, él es el robot! -exclamó Bigman. Hizo un ademán de llevarse la mano a la cintura.

Panner se apresuró a gritar:

-No saque la pistola de aguja. Máteme y ¿cómo saldrán de aquí? -Les miró fijamente, con los ojos echando chispas, y los anchos hombros doblados-. Recuerden: la energía puede atravesar un campo de fuerza, pero la materia no puede, ni siquiera las moléculas del aire. Están herméticamente cerrados en este lugar. Máteme y se asfixiarán mucho antes de que cualquiera les descubra aquí.

-He dicho que él era el robot -aseveró Bigman con desesperación.

Panner soltó una carcajada.

-Está usted equivocado. Yo no soy el robot; pero si hay uno, yo sé quién es.

11 BAJANDO POR LA LÍNEA DE LUNAS

-¿Quién? -preguntó inmediatamente Bigman.

Pero fue Lucky el que contestó:

-Al parecer cree que es uno de nosotros.

-¡Gracias! -dijo Panner-. ¿Cómo piensa explicarlo? Ha mencionado a polizones; ha hablado de gente que no ha reparado en medios para embarcar en la *Luna Jóviana.* ¡Hable de desfachatez! ¿No hay dos personas que no repararon en medios para embarcar? ¿Acaso no fui testigo del proceso yo mismo? *¡Ustedes dos!*

-Es verdad -dijo Lucky.

-Y me han traído aquí para inspeccionar hasta el último centímetro de la nave. Han intentado distraerme con historias de robots esperando que no me fijara en que examinan la nave con microscopio.

-Tenemos derecho a hacerlo -replicó Bigman-. ¡Éste es Lucky Starr!

-Él *dice* que es Lucky Starr. Si es miembro del Consejo de Ciencias, puede demostrarlo y sabrá cómo hacerlo. Si yo tuviera un poco de sentido común, les habría pedido la identificación antes de dejarles bajar.

-Todavía no es demasiado tarde -dijo tranquilamente Lucky-. ¿Ve bien desde esa distancia? -Levantó un brazo, con la palma hacia delante, y se subió la manga.

-No pienso acercarme -dijo airadamente Panner.

Lucky no contestó. Dejó que su muñeca contara la historia. La piel que recubría la superficie interior de su muñeca parecía simplemente piel, pero años atrás había sido tratada con hormonas de forma extremadamente complicada. Respondiendo nada más que a un disciplinado esfuerzo de voluntad de Lucky, una mancha ovalada de la muñeca se oscureció y fue volviéndose negra. En su interior, diminutas partículas amarillas formaban el conocido dibujo de la Osa Mayor y Orión.

Panner se quedó sin aliento, como si todo rastro de aire se hubiera retirado de sus pulmones. Pocos seres humanos tenían la ocasión de ver este signo del Consejo, pero desde su más tierna edad sabían lo que era... la identificación terminante e imposible de falsificar de un consejero de Ciencias.

Panner no tenía alternativa. Silenciosamente, de mala gana, desconectó el campo de fuerza y dio un paso atrás.

Bigman estalló, furioso:

-Tendría que retorcerle el pescuezo, animal...

Lucky se interpuso.

Librodot

-Olvídalo, Bigman. Tiene tanto derecho a sospechar de nosotros como nosotros de él. Tranquilízate.

Panner se encogió de hombros.

-Parecía lógico.

-Admito que así era. Creo que ahora ya podemos confiar el uno en el otro.

-En usted, quizá -dijo sarcásticamente el ingeniero jefe-. Usted se ha identificado. ¿Qué hay de este bocazas que le acompaña? ¿Quién va a identificarle?

Bigman protestó incoherentemente y Lucky se interpuso entre los dos.

-Yo le identifico y acepto toda la responsabilidad... Ahora propongo que regresemos a los camarotes antes de que organicen una partida de búsqueda. Todo lo que ha tenido lugar aquí, como puede suponer, es confidencial.

Entonces, como si nada hubiese ocurrido, reanudaron el ascenso.

La habitación que les había sido asignada incluía una litera y un lavabo, del cual podía extraerse un pequeño chorro de agua. Nada más. Incluso los reducidos y espartanos camarotes de la *Shooting Starr* eran lujosos comparados con aquél.

Bigman se sentó con las piernas cruzadas en la cama superior, mientras Lucky se mojaba el cuello y los hombros. Hablaban en susurros, conscientes de los oídos que podían estar a la escucha al otro lado de las paredes.

-Escucha, Lucky -dijo Bigman-, ¿qué te parece si me enfrento a cada una de las personas que hay a bordo; quiero decir, a cada una de las diez que aún son sospechosas? ¿Y si provoco deliberadamente una pelea con cada uno de ellos, les llamo unas cuantas cosas y demás? ¿No resultaría que el tipo que no me diera un puñetazo sería el robot?

-De ningún modo. Podría no querer romper la disciplina de a bordo, o podría saber lo hábil que eres con la pistola de aguja, o podría no querer enfrentarse con el Consejo de Ciencias, o simplemente podría no gustarle pegar a un hombre más pequeño que él.

-Oh, vamos, Lucky. -Bigman guardó silencio durante un minuto, y después dijo cautelosamente-: He estado pensando. ¿Cómo puedes estar *seguro* de que el robot se encuentra en la nave? Yo sigo pensando que continúa en Júpiter Nueve. Es posible.

-Ya sé que es posible, pero estoy seguro de que el robot se encuentra en la nave. Eso es todo. Estoy seguro y no sé por qué estoy tan seguro -dijo Lucky, con mirada pensativa. Se apoyó en la cama y empezó a darse golpecitos en los dientes con uno de los nudillos-. El día que aterrizamos en Júpiter Nueve sucedió una cosa.

-¿Qué?

-¡Si lo supiera! Lo había recordado; sabía lo que era, o así lo creí, justo antes de dormirme aquella noche, y lo olvidé. No he podido recordarlo. Si estuviese en la Tierra, me sometería a una prueba psicológica. ¡Gran Galaxia, claro que lo haría!

»Lo he intentado todo. He pensado intensamente, no he pensado en nada. Cuando estábamos con Panner en los niveles de los motores, hice otra tentativa. Pensé que si discultía la cuestión a fondo, era posible que me acordara. No fue así.

»Pero es igual. Debe de ser a causa de esto que no recuerdo por qué estoy tan seguro de que el robot se encuentra a bordo. He hecho la deducción subconscientemente. Si recordara alguna cosa, estaría todo solucionado. ¡Sólo alguna cosa!

Parecía al borde de la desesperación.

Bigman no había visto nunca a Lucky con aquella mirada de impotencia. Dijo, preocupado:

-Oye, será mejor que durmamos un poco.

-Sí, será mejor.

Minutos después, en la oscuridad, Bigman susurró:

-Oye, Lucky, ¿por qué estás tan seguro de que el robot no soy yo?

Lucky susurró a su vez:

-Porque los sirianos no habrían podido hacer un robot tan feo. -Y alzó el codo para esquivar el golpe de la almohada de Bigman.

Transcurrieron los días. A medio camino de Júpiter, pasaron el más interior y escasamente poblado cinturón de lunas pequeñas, de las cuales sólo la Seis, Siete y Diez estaban numeradas. Júpiter Siete parecía una rutilante estrella, pero las demás estaban demasiado lejos para mezclarse en el telón de fondo de las constelaciones.

El mismo Júpiter había aumentado de tamaño hasta alcanzar el de la Luna vista desde la Tierra. Y como la nave se acercaba al planeta con el Sol de popa, Júpiter permanecía en la fase «llena. Toda su superficie estaba bañada por los rayos del Sol. La sombra de la noche no avanzaba sobre ella.

Aunque del mismo tamaño que la Luna, no era en modo alguno tan brillante. Su superficie cubierta de nubes tenía un poder de reflexión ocho veces mayor que el de la Luna; pero Júpiter sólo recibía la vigésimo séptima parte de luz por kilómetro cuadrado que la Luna. El resultado era que, en aquel momento, su brillo era una tercera parte del de la Luna vista desde la Tierra.

Sin embargo, resultaba más espectacular que la Luna. Sus cinturones se habían hecho más precisos, y sus líneas amarronadas, con bordes borrosos, resaltaban sobre un telón de fondo de color blanco cremoso. Incluso podía verse el óvalo de color pajizo que era la Gran Mancha Roja al aparecer por un extremo, cruzar la faz del planeta y desaparecer por el otro.

-Oye, Lucky -dijo Bigman-, Júpiter no parece totalmente redondo. ¿Es acaso una ilusión óptica?

-De ningún modo -repuso Lucky-. Júpiter no es *totalmente* redondo. Es achatado por los polos. Has oído decir que la Tierra está achatada por los polos, ¿verdad?

-Claro que sí. Pero no se ve.

-Naturalmente que no. ¡Imagínate! La Tierra mide cuarenta mil kilómetros en el ecuador y gira en veinticuatro horas, así que un lugar cualquiera del ecuador se mueve a más de mil quinientos kilómetros por hora. La fuerza centrífuga resultante hace que el ecuador sobresalga hacia fuera, de modo que el diámetro de la Tierra en su parte media es de unos cuarenta y tres kilómetros más que el diámetro que va del Polo Norte al Polo Sur. La diferencia entre los dos diámetros sólo es un tercio del uno por ciento, así que desde el espacio la Tierra parece una esfera perfecta.

-Oh.

-Compáralo con Júpiter. Tiene 440.000 kilómetros en el ecuador, once veces la circunferencia de la Tierra, y gira alrededor de su eje en sólo diez horas; cinco minutos menos, para ser exactos. Cualquier punto situado en el ecuador se mueve a una velocidad de casi cuarenta y cuatro mil kilómetros por hora; o veintiocho veces más rápido que cualquier punto de la Tierra. Hay una fuerza centrífuga mucho mayor y una protuberancia también mayor, a lo cual contribuye el hecho de que el material de las capas externas de Júpiter es mucho más ligero que el de la corteza terrestre. El diámetro de Júpiter en el ecuador es de casi nueve mil seiscientos kilómetros más que el diámetro polar. La diferencia entre los diámetros es de un quince por ciento, y ésta es la razón de que se vea.

Bigman se quedó mirando el círculo achatado que era Júpiter y murmuró:

-¡Arenas de Marte!

El Sol permaneció a su espalda y por lo tanto invisible mientras caían hacia Júpiter. Cruzaron la órbita de Calisto, o Júpiter Cuatro, el más exterior de los principales satélites de Júpiter, pero no lo vieron mejor. Era un mundo a dos millones doscientos mil kilómetros de Júpiter y tan grande como Mercurio; pero se encontraba al otro lado de su órbita: una minúscula partícula cercana a Júpiter que iniciaba un eclipse a su sombra.

Ganímedes, que era Júpiter Tres, estaba bastante cerca para mostrar un disco de un tercio del diámetro aparente de la Luna vista desde la Tierra. Su ligera inclinación hacia un lado dejaba ver su superficie nocturna. Sin embargo, estaba iluminado en tres cuartas partes, era de un blanco pálido y no tenía ninguna característica especial.

Lucky y Bigman se vieron ignorados por el resto de la tripulación. El comandante nunca les hablaba ni miraba, sino que pasaba junto a ellos con la mirada perdida en la lejanía. Norrich, cuando el que le guiaba era Mutt, saludaba afablemente con una inclinación de cabeza como hacía siempre que detectaba la presencia de humanos. Sin embargo, cuando Bigman correspondía al saludo, toda amabilidad desaparecía de su rostro. Una ligera presión en el collar de Mutt ponía al perro en movimiento y se alejaban.

Los dos decidieron que lo más cómodo era comer en su camarote.

-¿Quién diablos se creen que son? -gruñó Bigman-. Incluso Panner finge estar muy atareado cuando yo me acerco.

-En primer lugar, Bigman -dijo Lucky-, cuando el comandante demuestra tan claramente que no somos de su agrado, sus subordinados no pueden atraerse su enemistad

tratándonos normalmente. Por otra parte, nuestros contactos con algunos de los hombres no pueden calificarse de agradables.

-Hoy me he encontrado con esa alimaña de Red Summers -dijo Bigman pensativamente-. Él salía de la sala de motores y nos quedamos mirándonos...

-¿Qué ha ocurrido? No habrás...

-No he hecho nada. Esperaba que él hiciera algo, *deseaba* que él hiciera algo, pero se ha limitado a sonreír y se ha largado.

Todo el mundo a bordo de la *Luna Joviana* contempló el eclipse de Júpiter por Ganímedes. No fue un verdadero eclipse. Ganímedes sólo cubrió una minúscula parte de Júpiter. Ganímedes estaba a 900.000 kilómetros de distancia, y su tamaño era menor de la mitad de la Luna tal como se veía desde la Tierra. Júpiter estaba al doble de distancia, pero ahora era un abultado globo, catorce veces más ancho que Ganímedes, amenazador y alarmante.

Ganímedes se encontró con Júpiter un poco más abajo del ecuador de este último, y los dos globos parecieron fundirse lentamente. A medida que Ganímedes avanzaba sobre el gigantesco planeta, formaba un círculo de luz más apagada, pues el satélite tenía mucha menos atmósfera que Júpiter y reflejaba una porción considerablemente menor de la luz que recibía. Aunque no hubiera sido así, se habría visto al ocultar las franjas de Júpiter.

La parte más notable fue el semicírculo de negrura que rodeó la zona posterior de Ganímedes a medida que el satélite se internaba completamente en el disco de Júpiter. Tal como se explicaban mutuamente los hombres en jadeantes susurros, era la sombra que Ganímedes proyectaba sobre Júpiter.

La sombra, de la cual sólo podía verse el borde, se movía con Ganímedes, pero fue acercándose lentamente. La tira de negro avanzó más y más hasta que la sombra desapareció completamente, cubierta por el mundo que la formaba, en la región media del eclipse, cuando Júpiter, Ganímedes y la *Luna Joviana* estuvieron en línea recta con el Sol.

Después, a medida que Ganímedes seguía avanzando, la sombra empezó a ganar terreno, apareciendo delante, primero como una astilla, más tarde como un semicírculo, hasta que ambas dejaron el disco de Júpiter.

El eclipse completo duró tres horas.

La *Luna Joviana* alcanzó y dejó atrás la órbita de Ganímedes cuando el satélite estaba al otro extremo de su órbita de siete días alrededor de Júpiter.

Hubo una celebración especial cuando esto tuvo lugar. Otros hombres, a bordo de las naves habituales (no muy a menudo, por cierto), habían llegado a Ganímedes y aterrizado en él, pero nadie, ningún ser humano, se había acercado tanto a Júpiter. Y ahora la *Luna Joviana Io* había hecho.

La nave pasó a ciento sesenta mil kilómetros de Europa, o Júpiter Dos. Era el menor de los principales satélites de Júpiter, ya que sólo medía dos mil novecientos kilómetros de diámetro. Era ligeramente menor que la Luna, pero su cercanía le hacía parecer el doble de grande que la Luna vista desde la Tierra. Se percibían unas manchas oscuras que podían ser

Librodot

cadenas montañosas. Los telescopios de la nave demostraron que eran exactamente eso. Las montañas se parecían a las de Mercurio, y no había rastro de cráteres semejantes a los lunares. Había, asimismo, unas manchas brillantes que parecían campos de hielo.

Y siguieron descendiendo, y dejaron atrás la órbita de Europa.

Io era el más interno de los satélites principales de Júpiter, de tamaño casi exactamente igual a la Luna de la Tierra. Por otra parte, su distancia de Júpiter sólo era de 456.000 kilómetros, poco más de la distancia existente entre la Luna y la Tierra.

Pero el parecido terminaba aquí. Mientras que el ligero campo gravitacional de la Tierra hacía girar a la Luna en torno suyo en el espacio de cuatro semanas, Io, sometido a la gravedad de Júpiter, giraba rápidamente alrededor de su órbita algo más amplia, en sólo cuarenta y dos horas. Mientras que la Luna se movía alrededor de la Tierra a una velocidad ligeramente superior a mil seiscientos kilómetros por hora, Io giraba alrededor de Júpiter a una velocidad de treinta y dos mil kilómetros por hora, y ésta era la causa de que un aterrizaje en su superficie resultara mucho más difícil.

No obstante, la nave evolucionó perfectamente. Los motores fueron conectados a cierta distancia de Io y el sistema Agrav dejó de funcionar en el momento debido.

Con una sacudida el zumbido de los hiperatómicos se reanudó, llenando la nave con lo que a todos pareció una cascada de sonidos después del silencio de las pasadas semanas.

Finalmente, la *Luna Joviana* describió una curva con la que se salió de su camino, sujeta de nuevo al efecto acelerador de un campo gravitacional, el de Io. Se estableció en una órbita alrededor del satélite a una distancia menor a quince mil kilómetros, de modo que el globo de lo llenara el cielo.

Giraron a su alrededor del lado de día al lado de noche, sin dejar de bajar. Los planos de deriva Agrav fueron retraídos a fin de que no fueran arrancados por la fina atmósfera de Io.

Después, eventualmente, se produjo el penetrante silbido ocasionado por la fricción de la nave con el límite exterior de dicha atmósfera.

La velocidad aminoraba sin cesar, al igual que la altitud. Los reactores laterales de la nave aproaron la nave hacia Io, y los reactores hiperatómicos se pusieron en marcha, suavizando la caída. Finalmente, con una última sacudida y debilísima vibración, la *Luna Joviana se* posó sobre la superficie de Io.

Hubo una explosión de histeria a bordo de la *Luna Joviana.* Incluso Lucky y Bigman recibieron palmaditas en la espalda por parte de hombres que les habían evitado constantemente a lo largo del viaje.

Una hora más tarde, en la oscuridad de la noche de Io, con el comandante Donahue a la cabeza, los hombres de la *Luna Joviana,* cada uno de ellos enfundado en un traje espacial, salieron uno por uno a la superficie de Júpiter Uno.

Dieciséis hombres. ¡Los primeros seres humanos que habían aterrizado en Io!

No era exacto, pensó Lucky. Quince hombres. ¡Y un robot!

12 LOS CIELOS Y NIEVES DE IO

Fue Júpiter lo que se detuvieron a mirar. Fue Júpiter lo que les dejó petrificados. No hubo comentarios sobre él, ningún parloteo a través de la radio. Estaba más allá de todo comentario.

Júpiter era un disco gigantesco que, de un extremo al otro, se extendía sobre una octava parte del cielo visible. De haber estado en su plenitud, habría sido dos mil veces más brillante que la Luna llena de la Tierra, pero la sombra nocturna ocultaba un tercio de él.

Las luminosas zonas y oscuras franjas que lo atravesaban ya no eran meramente pardas. Estaban lo bastante cerca como para mostrar sus colores: rosa, verde, azul y púrpura, asombrosamente brillantes. Los bordes de las franjas eran desiguales y cambiaron lentamente de forma mientras las contemplaban, como si la atmósfera sufriese gigantescas y turbulentas tormentas, como probablemente sucedía. La clara y fina atmósfera de Io no oscurecía ni el menor detalle de aquella cambiante superficie coloreada.

La Gran Mancha Roja se asomaba pesadamente en el horizonte. Daba la impresión de un embudo de gas que girara perezosamente.

Estuvieron mirando durante largo rato, y Júpiter no cambió de posición. Las estrellas pasaban junto a él, pero Júpiter permaneció inmóvil donde estaba, en el oeste. No podía moverse, ya que Io sólo presentaba una cara a Júpiter mientras giraba. En casi la mitad de la superficie de Io, Júpiter nunca salía, y en casi la mitad nunca se ponía. En una región intermedia del satélite, una región que sumaba cerca de un quinto de la superficie total, Júpiter permanecía siempre en el horizonte, medio expuesto, medio escondido.

. -¡Vaya lugar para un telescopio! -murmuró Bigman en la longitud de onda asignada a Lucky durante los preparativos que antecedieron al aterrizaje.

-Pronto tendrán uno -dijo Lucky-, además de otros muchos instrumentos.

Bigman tocó la visiplaca de Lucky para así atraer su atención y señaló rápidamente:

-Mira a Norrich. ¡Pobre hombre, no puede ver nada de todo esto!

-Ya me había fijado -dijo Lucky~-. Tiene a Mutt consigo.

-Sí. ¡Arenas de Marte, y no se han molestado poco por ese Norrich! El traje del perro es muy especial. He estado mirando cómo se lo ponían mientras tú vigilabas el aterrizaje. Han tenido que comprobar que oía las órdenes y las obedecía, y si dejaría que Norrich le llevara cuando éste llevase puesto el traje espacial. Al parecer todo ha ido bien.

Lucky asintió. Obedeciendo a un impulso, corrió en dirección a Norrich. La gravedad de Io era ligeramente superior a la lunar, y tanto él como Bigman se desenvolvían a la perfección.

Unas cuantas zancadas, largas y bajas, fueron suficientes.

-Norrich -dijo Lucky, cambiando a la longitud de onda del ingeniero.

Librodot

No se puede saber la dirección de un sonido cuando éste procede de los audifonos, así que los ojos sin vista de Norrich miraron a su alrededor con impotencia.

-¿Quién es?

-Lucky Starr. -Estaba frente al ciego y a través de la visiplaca pudo ver claramente la intensa alegría Plasmada en el rostro de Norrich-. ¿Es feliz de estar aquí?

-¿Feliz? Puede usted decirlo así. ¿Es Júpiter muy hermoso?-

-Mucho. ¿Quiere que se lo describa?

-No. No tiene que hacerlo. Lo vi por un telescopio cuando... cuando tenía ojos, y ahora lo veo en la imaginación. Es sólo que... no sé si podré hacérselo entender. Nosotros somos de las pocas personas que han hollado por vez primera un mundo nuevo. ¿Se da cuenta de lo muy especiales que esto nos hace?

Bajó la mano para acariciar la cabeza de Mutt y, naturalmente, sólo encontró el metal del casco del perro. A través de la curvada visiplaca, Lucky vio la lengua colgante del animal y sus ojos intranquilos mirando de un lado a otro, como trastornado por los extraños alrededores o la presencia de la voz de su amo sin el conocido cuerpo que la acompañaba.

Norrich dijo sosegadamente:

-¡Pobre Mutt! La baja gravedad le tiene muy desorientado. No le obligaré a estar mucho rato aquí.

Después, con un nuevo aumento de pasión:

-Piense en los billones de personas que hay en la Galaxia. Piense en los pocos de ellos que han tenido la suerte de ser los primeros en pisar un mundo. Casi es posible nombrarlos a todos. Janofski y Sterling fueron los primeros hombres en llegar a la Luna; Ching, el primero que puso el pie en Marte; Lubell y Smith, en Venus. Añádales todos los demás. Cuente incluso todos los asteroides y todos los planetas fuera del Sistema Solar. Sume todos los primeros y verá lo pocos que son. Y nosotros estamos entre esos pocos.. Yo estoy entre esos pocos.

Extendió los brazos como si quisiera abrazar a todo el satélite.

-Y esto también se lo debo a Summers. Al inventar una nueva técnica de fabricación del punto de contacto de plomo (no fue más que un rotor doblado, pero ahorró dos millones de dólares y un tiempo de un año, y ni siquiera es un mecánico especializado) le ofrecieron formar parte del grupo como recompensa. Ya sabe lo que dijo. Dijo que yo lo merecía más que él. Le contestaron que sí, pero que yo era ciego, y él les recordó por qué era ciego y dijo que no iría sin mí. Así que nos han traído a los dos. Sé que usted no tiene a Summers en gran estima, pero yo sólo tengo cosas que agradecerle.

La voz del comandante sonó estridentemente en todos los cascos:

-A trabajar, todos. Júpiter no se moverá de donde está. Después podrán contemplarlo.

Se necesitaron varias horas para descargar la nave, instalar el equipo y desplegar las tiendas. Se prepararon espacios herméticamente cerrados para utilizar como centro de operaciones con suministro de oxígeno, fuera de la nave.

Sin embargo, los hombres no dejaban de mirar el insólito espectáculo. Daba la casualidad de que los tres grandes satélites de Júpiter estaban en el cielo.

Europa era el más cercano, y parecía algo más pequeño que la Luna de la Tierra. Estaba en cuarto creciente, próximo al horizonte oriental. Ganímedes, que parecía aún más pequeño, estaba cerca del cenit y medio lleno. Calisto, de sólo un cuarto del tamaño de la Luna de la Tierra, se hallaba junto a Júpiter y, como éste, estaba lleno en unos dos tercios. Los tres juntos no llegaban a dar una cuarta parte de la luz reflejada por la Luna llena de la Tierra y eran completamente insignificantes en presencia de Júpiter.

Esto fue exactamente lo que dijo Bigman.

Lucky miró a su pequeño amigo marciano tras haber estudiado el horizonte oriental con semblante pensativo.

-Crees que nada puede vencer a Júpiter, ¿verdad?

-Aquí, no -dijo resueltamente Bigman.

-Pues sigue mirando -dijo Lucky.

En la fina atmósfera de Io no se podía hablar de crepúsculo ni otro aviso cualquiera. Se produjo una chispa a lo largo de las cimas heladas de la cordillera de pequeñas colinas, y siete segundos después el Sol hizo su aparición en el horizonte.

Era un sol diminuto, un pequeño círculo de color blanco brillante, y a pesar de toda la luz que reflejaba el gigantesco Júpiter, aquel Sol pigmeo emitía muchísima más.

Acabaron de instalar el telescopio a tiempo para ver esconderse Calisto por detrás de Júpiter. Uno por uno, los tres satélites harían lo mismo. Io, aunque sólo mostraba una cara a Júpiter, giraba a su alrededor en cuarenta y dos horas. Eso significaba que el Sol y todas las estrellas parecían desfilar por los cielos de Io en esas cuarenta y dos horas.

En cuanto a los satélites, Io se movía a mayor velocidad que cualquiera de ellos, así que los dejaba continuamente atrás en su carrera alrededor de Júpiter. Dio alcance al más lejano y lento, Calisto, con sorprendente rapidez; así que Calisto circuló por los cielos de Io durante dos días. Ganímedes requirió cuatro días y Europa siete. Todos ellos avanzaron de este a oeste y todos ellos, a su debido tiempo, pasaron por detrás de Júpiter.

La excitación en el caso del eclipse de Calisto, que fue el primero en presenciarse, fue extrema. Incluso Mutt pareció afectado por ella. Se había ido acostumbrando a la baja gravedad, y Norrich le concedía períodos de libertad durante los cuales correteaba torpemente por las cercanías y trataba inútilmente de inspeccionar con el olfato las numerosas rarezas que encontraba. Y al fin, cuando Calisto alcanzó la rutilante curva de Júpiter y pasó por detrás, haciendo que todos los hombres guardaran silencio, Mutt se sentó sobre los cuartos traseros y, con la lengua colgando, alzó la mirada hacia el cielo.

Pero era el Sol lo que realmente esperaban. Su movimiento aparente era más rápido que el de cualquiera de los satélites. Dio alcance a Europa (cuyo cuarto creciente quedó reducido a la nada) y pasó por detrás, permaneciendo en eclipse durante algo menos de treinta segundos. Emergió, y Europa volvió a estar en cuarto creciente, pero con los «cuernos» dirigidos hacia el lado opuesto.

Ganímedes se ocultó detrás de Júpiter antes de que el Sol llegara, y Calisto, que ya había salido de detrás de Júpiter, se escondió en el horizonte.

Ahora era cuestión del Sol y Júpiter, sólo de ellos dos.

Los hombres contemplaron ávidamente la ascensión del Sol en el cielo. A medida que se elevaba, la fase de Júpiter se reducía, con la porción iluminada siempre de cara al Sol. Júpiter se convirtió en una «media luna», después en un gran «cuarto creciente», y más tarde en uno más pequeño.

En la fina atmósfera de Io el cielo iluminado por el Sol tenía un color púrpura oscuro, y sólo las estrellas más mortecinas habían desaparecido. Sobre aquel telón de fondo ardía la gigantesca media luna, aguardando la llegada del Sol.

Fue como si la piedrecilla de David saliera disparada por alguna honda hacia la frente de Goliat.

La luz de Júpiter se redujo aún más y se convirtió en un curvado hilo amarillento. El Sol estaba a punto de rozarlo.

Lo rozó y los hombres estallaron en aplausos. Se habían cubierto las visiplacas para resguardarse la vista, pero ahora eso ya no era necesario, pues la luz se había debilitado hasta una intensidad soportable.

Sin embargo, no se desvaneció completamente. El Sol se había deslizado por detrás de. Júpiter, pero seguía brillando tenuemente a través de la gruesa y profunda atmósfera de hidrógeno y helio del gigantesco planeta.

Júpiter estaba completamente borrado, pero su atmósfera había cobrado vida, refractando y desviando la luz del Sol a través de sí misma y alrededor de la curva del planeta, como una película de luz láctea.

La película de luz se extendió a medida que el Sol se ocultaba detrás de Júpiter. Se dobló hacia atrás hasta que débilmente, muy débilmente, los dos cuernos de luz aparecieron en el otro lado de Júpiter. El cuerpo oculto de Júpiter estaba rodeado de luz; parecía un anillo de brillantes en el cielo, bastante grande para contener dos mil globos del tamaño de la Luna vista desde la Tierra.

Y el Sol siguió ocultándose detrás de Júpiter de forma que la luz empezó a palidecer y apagarse gradualmente hasta que desapareció y, a excepción de la mortecina media luna de Europa, el cielo se convirtió en un espacio negro que pertenecía a las estrellas.

-Esto durará cinco horas -dijo Lucky a Bigman-. Después todo se repetirá a la inversa, a medida que el Sol aparezca.

-¿Y esto pasa cada cuarenta y dos horas? -preguntó Bigman, impresionado.

-Así es -confirmó Lucky.

Panner se acercó al día siguiente a ellos y les preguntó:

-¿Cómo están? Nosotros ya casi hemos terminado. -Alargó un brazo y describió con él un ancho círculo para indicar el valle de Io, ahora plagado de aparatos-. No tardaremos en irnos, ¿saben?, y dejaremos la mayor parte del material aquí.

-¿Lo dice en serio? -preguntó Bigman, sorprendido.

-¿Por qué no? No hay ningún ser vivo en el planeta que suponga un peligro para el material, y tampoco hay que preocuparse del clima. Todo está revestido a fin de protegerlo contra el amoníaco de la atmósfera y se conservará estupendamente hasta la llegada de una segunda expedición. -Bajó súbitamente la voz-. ¿ Hay alguien más en su longitud de onda particular, consejero?

-Mis receptores no detectan a nadie.

-¿Quieren dar un paseo conmigo? -Se encaminó hacia fuera del valle y empezó a subir la ligera elevación de las colinas circundantes. Los otros dos le siguieron.

-Debo pedirles disculpas por mi comportamiento a bordo de la nave -dijo Panner-. Me pareció conveniente actuar así.

-No le guardamos rencor -le aseguró -Lucky.

-Se me ocurrió llevar a cabo una investigación por mi cuenta, y pensé que era mejor no parecer carne y uña con ustedes. Estaba seguro de que si vigilaba estrechamente, sorprendería al culpable en un error, en un acto que no fuese humano, ya me comprenden. Me temo que he fracasado.

Habían llegado a la cima de la primera elevación y Panner miró hacia atrás. Dijo con tono divertido:

-Miren a ese perro, ¿quieren? Está acostumbrándose a la baja gravedad.

Mutt había aprendido mucho durante los pasados días. Su cuerpo se arqueaba y enderezaba al dar bajos saltos de unos sesenta centimetros, y parecía entregarse a ellos con gran placer.

Panner conectó la radio a la longitud de onda que había sido reservada para el uso de Norrich al llamar a Mutt y gritó:

-Hola, Mutt, hola amigo, ven, Mutt. -Y silbó.

Naturalmente, el perro le oyó y dio un gran salto en el aire. Lucky cambió a la longitud de onda del perro y oyó sus ladridos de alegría.

Panner agitó un brazo y el perro se dirigió hacia ellos, después se detuvo y miró hacia atrás como si se preguntara si hacía bien en dejar a su amo. Se acercó más lentamente.

Los hombres siguieron andando. Lucky dijo:

-Un robot siriano, hecho para engañar al hombre, sería algo muy complicado. Un examen superficial no detectaría el fraude.

-El mío no fue un examen superficial -protestó Panner.

La voz de Lucky encerraba una buena dosis de amargura cuando contestó:

-Estoy empezando a creer que el examen de cualquiera, excepto de un hombre especializado en robots, no puede ser más superficial.

Estaban pasando sobre una duna de material similar a la nieve, que lanzaba destellos con la luz de Júpiter, y Bigman se inclinó a mirarlo con asombro.

-Se funde cuando lo miras-dijo. Cogió un puñado en su mano enguantada, y se fundió y escurrió como mantequilla sobre una estufa. Miró hacia atrás y vio profundas hendiduras donde los tres se habían detenido.

-No es nieve -dijo Lucky-, es amoníaco congelado, Bigman. El amoníaco se funde a una temperatura de veintiséis grados bajo cero, y el calor que irradian nuestros trajes lo derrite rápidamente.

Bigman se abalanzó hacia donde las dunas eran más grandes, haciendo agujeros allí donde pisaba, y gritó:

-¡Qué divertido!

Lucky le advirtió:

-Asegúrate de que tienes el calefactor en marcha si vas a jugar con la nieve.

-Está en marcha -gritó Bigman, y bajando una loma en dos largos saltos, se tiró de cabeza en un bancal. Al igual que un buzo, se sumergió en el amoníaco y desapareció un momento. Se puso torpemente en pie. -Es como zambullirte en una nube, Lucky. ¿Me oyes? Vamos, inténtalo. Es más divertido que esquiar en la arena de la Luna.

-Más tarde, Bigman -repuso Lucky. Entonces se volvió hacia Panner-. Por cierto, ¿trató de poner a prueba a alguno de los hombres?

Por el rabillo del ojo, Lucky vio a Bigman zambullirse por segunda vez en un bancal y, al cabo de unos momentos, volvió los dos ojos en aquella dirección. Al cabo de un momento más llamó ansiosamente:

-¡Bigman!

Después, con más fuerza y mucha más ansíedad:

-¡Bigman!

Empezó a correr.

Oyó la voz de Bigman, débil y jadeante:

-Respirar... fuera de combate... chocado con una roca... un río aquí abajo...

-Resiste, voy enseguida. -Lucky, y también Panner, devoraban el espacio que les separaba de él a grandes zancadas.

Naturalmente, Lucky sabía lo que había sucedido. La temperatura superficial de Io no era muy distinta a la del punto de fusión del amoníaco.

Debajo de las dunas, el amoníaco fundido podía estar alimentando ríos ocultos de aquella asfixiante sustancia de fétido olor que tan copiosamente existía en los planetas anteriores y sus satélites.

Oyó el sonido de la tos de Bigman junto a su oído.

-El conducto de aire roto... el amoníaco está entrando... me ahogo...

Lucky llegó al agujero hecho por el cuerpo de Bigman y miró hacia el fondo.

El río de amoníaco era claramente visible, deslizándose colina abajo por encima de escarchados peñascos. El conducto de aire de Bigman debía haberse resquebrajado al chocar con uno de ellos.

-¿Dónde estás, Bigman?

Y aunque éste contestó débilmente: «Aquí», no se le veía por ninguna parte.

Librodot

13 ¡LA CAÍDA!

Lucky saltó temerariamente al río, cayendo con suavidad bajo la influencia de la débil gravedad de Io. Se sentía furioso por la lentitud de la caída, por Bigman y los entusiasmos infantiles que le embargaban tan de repente, y por sí mismo, que no había detenido a Bigman cuando podía hacerlo.

Lucky llegó al río, y el amoníaco se esparció por los aires, cayendo poco después con sorprendente rapidez. La fina atmósfera de Io no podía mantener en suspensión las minúsculas gotitas ni siquiera a una gravedad tan baja.

El río de amoníaco no proporcionaba sensación alguna de flotabilidad. Lucky no había esperado nada por el estilo. El amoníaco líquido era menos denso que el agua y tenía menos poder de flotación. La fuerza de la corriente tampoco podía ser grande bajo la débil influencia de la gravedad de Io. Si el conducto de aire de Bigman no se hubiese roto, sólo habría sido cuestión de salir del río y atravesar cualquiera de las dunas que lo rodeaban.

En la presente situación...

Lucky chapoteó furiosamente río abajo. No lejos de él, el pequeño marciano debía de estar luchando débilmente contra el venenoso amoníaco. Si la grieta del conducto era bastante grande, o bien se había hecho bastante grande, para dejar entrar el amoníaco líquido, Lucky llegaría demasiado tarde.

Era posible que ya fuera demasiado tarde y Lucky se estremeció sólo de pensarlo.

Una figura pasó velozmente junto a él, yendo a enterrarse en el amoníaco en polvo. Desapareció, dejando un túnel donde el amoníaco fue cayendo lentamente.

-Panner -dijo Lucky con incertidumbre.

-Estoy aquí. -El brazo del ingeniero se posó sobre el hombro de Lucky-. Ése era Mutt. Ha venido corriendo cuando le ha oído gritar. Los dos estábamos en su longitud de onda.

Empezaron a cavar en el amoníaco para encontrar la pista del perro. Cuando lo lograron, éste ya regresaba.

-¡Tiene a Bigman! Exclamó Lucky con ansiedad.

Los brazos de Bigman rodeaban débilmente los cuartos traseros, revestidos por el traje, del animal, y aunque eso entorpecía los movimientos de Mutt, la baja gravedad permitía al perro hacer respetables avances con la única ayuda de los músculos de sus hombros.

En el momento que Lucky se inclinaba hacia Bigman, el forzado abrazo del pequeño marciano se aflojó y éste se desplomó.

Lucky lo levantó. No perdió el tiempo en averiguaciones o charlas. Sólo podía hacer una cosa. Abrió la entrada de oxígeno de Bigman al máximo, se lo cargó encima de los hombros y corrió hacia la nave. Aun teniendo en cuenta la gravedad de Io, nunca en su vida había corrido tanto. De tal manera pisaba el suelo al bajar de cada zancada que el efecto producido era similar a un vuelo bajo.

Panner se afanaba en seguirle, y Mutt no se apartaba de los talones de Lucky.

Éste utilizó la longitud de onda general para avisar a los demás, sin dejar de correr, y una de las tiendas herméticamente cerradas estaba preparada.

Lucky se precipitó dentro de la tienda, sin apenas aflojar el paso. La faldilla se cerró tras él y el interior se llenó de aire bajo presión adicional para compensar la pérdida causada por la abertura de la faldilla.

Desabrochó velozmente el casco de Bigman, quitándole el resto del traje con algo más de lentitud.

Le buscó el pulso y, con gran alivio, lo encontró. Naturalmente, la tienda estaba equipada con un botiquín de primeros auxilios. Le puso las inyecciones necesarias para una estimulación general y esperó que el calor y el oxígeno hicieran el resto.

Y, de pronto, los ojos de Bigman parpadearon y se posaron en Lucky. Sus labios se movieron y articularon la palabra «Lucky», aunque no se oyó ningún sonido.

Lucky sonrió con alivio, y finalmente pensó en quitarse el traje espacial.

A bordo de la Luna Jóviana, Harry Norrich se detuvo ante la puerta abierta del compartimento donde Bigman completaba su recuperación.

Sus ojos azules brillaban de satisfacción.

-¿Cómo está el inválido?

Bigman se incorporó trabajosamente en la litera y gritó:

-¡Estupendamente! ¡Arenas de Marte, me encuentro de maravilla! Si no fuera porque Lucky me obliga a estar acostado, circularía normalmente.

Lucky soltó un gruñido de incredulidad.

Bigman hizo ver que no lo oía. Dijo:

-Oiga, deje entrar a Mutt. ¡Mutt, viejo amigo! ¡Aquí, muchacho, aquí!

Mutt, en cuanto sintió aflojarse la presión sobre su arnés, corrió hacia Bigman, meneando frenéticamente la cola y saludando con sus inteligentísimos ojos.

El pequeño brazo de Bigman rodeó el cuello del perro en un abrazo de oso.

-Muchacho, aquí tienes un amigo. Se ha enterado de lo que ha hecho, ¿verdad, Norrich?

-Todo el mundo lo sabe. -Y resultaba muy fácil comprobar que Norrich sentía un gran orgullo personal por la hazaña de su perro.

-Apenas me acuerdo de lo que pasó antes de perder el conocimiento -dijo Bigman-. Se me llenaron los pulmones de amoniaco y no pude levantarme. Rodé colina abajo, atravesando la nieve de amoníaco como si no fuese nada. Después algo cayó encima de mí y estuve seguro de que era Lucky cuando oí el ruido de algo que se movía. Pero apartó suficiente nieve de la

Librodot

que nos rodeaba para dejar entrar la luz de Júpiter y entonces vi que era Mutt. Lo último que recuerdo es que me agarré a él.

Fue una verdadera suerte -dijo Lucky-. El tiempo adicional que yo habría necesitado para encontrarte habría sido tu final.

Bigman se encogió de hombros.

-Oh, Lucky, no hagas una montaña de un grano de arena. No habría ocurrido nada si no se me hubiera roto el conducto de aire al chocar contra una roca. Además, si hubiera tenido un poco de sentido común para abrir la presión de oxígeno, habría impedido el paso del amoníaco. Fue la primera bocanada lo que me dejó fuera de combate. No podía pensar.

En aquel momento, Panner pasó frente a la puerta y miró hacia dentro.

-¿Cómo se encuentra, Bigman?

-¡Arenas de Marte! Veo que todo el mundo me considera un inválido o algo parecido. No me pasa nada. Incluso el comandante ha venido a verme y ha recobrado la lengua el tiempo suficiente para gruñirme.

-Bueno -dijo Panner-, quizás haya olvidado su enfado.

-Ni hablar -repuso Bigman-. Sólo quiere asegurarse de que su primer vuelo no fracasará por una casualidad. Quiere tener una hoja de servicios inmaculada, eso es todo.

Panner se echó a reír,

-¿Todo preparado para el despegue?

-¿Es que nos vamos de Io? -preguntó Lucky.

-En cualquier momento. Los hombres están recogiendo el equipo que vamos a llevarnos y revisando el que dejamos aquí. Si ustedes pueden ir a la sala de mandos una vez estemos en marcha, háganlo. Tendremos el mejor panorama de Júpiter que hemos visto hasta ahora.

Hizo cosquillas a Mutt detrás de la oreja y se marchó.

Comunicaron a Júpiter Nueve que abandonaban Io, tal como unos días antes comunicaran que habían aterrizado en el satélite.

-¿Por qué no llamamos a la Tierra? -dijo Bigman-. El consejero jefe Conway debería saber que lo hemos logrado.

No, -contestó Lucky- no lo habremos logrado hasta que estemos de regreso en Júpiter Nueve.

No añadió en voz alta que no estaba nada ansioso de regresar a Júpiter Nueve, y aún menos ansioso de hablar con Conway. Al fin y al cabo, no había resuelto nada durante aquel viaje.

Sus ojos marrones inspeccionaron la sala de mandos. Los ingenieros y tripulantes se encontraban en sus puestos, listos para despegar. El comandante con sus dos oficiales y Panner, estaban, sin embargo, en la sala de mandos.

Lucky volvió a interrogarse acerca de los oficiales, como una y otra vez se había interrogado acerca de cada uno de los hombres que la V-rana no había tenido oportunidad de descartar como, sospechosos. Había hablado con cada uno de ellos en varias ocasiones, y Panner lo había hecho con mayor frecuencia todavía. Había examinado su camarote. Él y Panner habían repasado su hoja de servicios. No habían obtenido nada.

Volvería a Júpiter Nueve sin identificar al robot, y entonces la identificación sería más difícil que nunca y tendría que confesarse vencido ante la sede del Consejo.

Una vez más, desesperadamente, la idea de los rayos X pasó por su mente, junto con otros medios de inspección enérgica. Como siempre, pensó de inmediato en la posibilidad de ocasionar una explosión, probablemente una explosión nuclear.

Ésta destrozaría el robot. También mataría a trece hombres y haría saltar por los aires una nave de valor inapreciable. Y lo peor de todo seria que no habría modo de detectar a los robots humanoides que, según Lucky, espiaban en otros lugares de la Confederación Solar.

Se sobresaltó al oír la repentina exclamación de Panner:

-¡En marcha!

Se produjo el conocido y distante silbido de la sacudida inicial, el aumento de la presión aceleradora de retroceso, y la superficie de lo se fue quedando atrás.

La visiplaca no podía centrar Júpiter en su totalidad: era demasiado grande. En cambio, tenía centrada la Gran Mancha Roja y la seguía en su rotación alrededor del globo.

-Hemos conectado el sistema Agrav, sí -dijo Panner-, pero sólo temporalmente, ya que lo que pretendemos es alejarnos cuanto antes de lo.

-Pero si seguimos cayendo hacia Júpiter -dijo Bigman.

-Así es, pero sólo hasta un momento determinado. Entonces viajaremos por impulso -hiperatómico y nos precipitaremos hacia Júpiter en una órbita hiperbólica. Una vez ésta haya sido establecida, detendremos el impulso y dejaremos que Júpiter haga todo el trabajo. Nuestra mayor aproximación será de unos 240.000 kilómetros. La gravedad de Júpiter nos hará girar a su alrededor como si fuéramos un guijarro en una honda y nos lanzará nuevamente. En el momento oportuno, nuestra propulsión hiperatómica entrará en acción. Al aprovechar el efecto de la honda, ahorramos más energía que alejándonos directamente de Io, y obtenemos algunos primeros planos de Júpiter.

Consultó su reloj.

-Cinco minutos -dijo.

Se refería, tal como Lucky pensaba, al momento en que la nave cambiaría de propulsión Agrav a propulsión hiperatómica y empezaría a describir la órbita planeada alrededor de Júpiter.

Librodot

Sin dejar de mirar el reloj, Panner dijo:

-La hora ha sido escogida con el fin de aproar hacia Júpiter Nueve lo más directamente posible. Cuantas menos correcciones tengamos que hacer, más energía ahorraremos. Debemos regresar a Júpiter Nueve con toda la energía original almacenada posible. Cuanta más tengamos, mejor para el sistema Agrav. Mi objetivo es de un ochenta y cinco por ciento. Si podemos llegar con un noventa, muchísimo mejor.

-¿Y si regresáramos con más energía de la que teníamos al partir? ¿Cómo podría explicárselo? -preguntó Bigman.

-Sería fantástico, Bigman, pero imposible. Existe una cosa llamada la segunda ley de la termodinámica que establece la forma de obtener una ventaja o, en este caso, recuperar los gastos. Tenemos que perder algo. -Sonrió ampliamente y dijo-: Un minuto.

Y en el segundo debido el ruido de los hiperatómicos invadió la nave con su murmullo ahogado, y Panner se metió el reloj en el bolsillo con expresión satisfecha.

-De ahora en adelante -dijo-, hasta efectuar las maniobras de aterrizaje cuando nos aproximemos a Júpiter Nueve, todo será completamente automático.

No había acabado de decirlo cuando el murmullo cesó, y las luces de la habitación se apagaron.

Volvieron a encenderse casi enseguida, pero ahora había un pequeño letrero encendido en el cuadro de mandos que rezaba: EMERGENCIA.

Panner se levantó de un salto.

-¿Qué Espacio...?

Salió apresuradamente de la sala de mandos, dejando a los demás mirándole y mirándose con distintos grados de horror. El comandante se había puesto pálido, y su rostro arrugado parecía una máscara.

Lucky, con súbita decisión, siguió a Panner, y Bigman, naturalmente, siguió a Lucky.

Se toparon con uno de los ingenieros, que salía del compartimento de los motores. Estaba jadeando.

¡Señor!

-¿Qué pasa, hombre? -inquirió Panner.

El Agrav está desconectado, señor. No se puede activar de nuevo.

_¿Qué hay de los hiperatómicos?

-La reserva principal está en cortocircuito. Llegamos justo a tiempo para evitar que saltara por los aires. Si la tocamos, toda la nave estallará. Hasta la última partícula de energía almacenada estallará.

-¿Así que estamos empleando la reserva de emergencia?

Librodot

-Así es.

El rostro aceitunado de Panner estaba congestionado.

-¿De qué sirve eso? No podemos establecer una órbita alrededor de Júpiter con la reserva de emergencia. Salga de aquí. Déjeme pasar.

El ingeniero se apartó, y Panner se introdujo en el pozo. Lucky y Bigman le siguieron pisándole los talones.

Lucky y Bigman no habían estado en el compartimento de los motores desde el primer día que pasaron a bordo de la Luna Joviana. En esta ocasión, la escena era muy diferente. No reinaba un silencio augusto, no daba la sensación de enormes fuerzas en silencioso trabajo.

En lugar de ello, el insignificante sonido de los hombres se elevaba en torno a él.

Panner irrumpió en el tercer nivel.

-¿Qué es lo que se ha estropeado? -preguntó-. ¿Qué es exactamente?

Los hombres le abrieron paso y todos se arremolinaron sobre las entrañas descubiertas de un complicado mecanismo, explicando cosas en tonos de desesperación y cólera.

Se oyeron unos pasos procedentes del pozo, y el comandante en persona hizo su aparición.

Se dirigió a Lucky, que estaba un poco retirado del grupo:

-¿Qué ha sido, consejero? -Era la primera vez que se dirigía a Lucky desde que salieran de Júpiter Nueve.

-Algo muy grave, comandante -respondió Lucky.

-¿Cómo ha ocurrido? ¡Panner!

Panner alzó los ojos de lo que estaban mostrándole en aquel momento. Gritó con impaciencia:

-¿Qué diablos quiere?

El rostro del comandante se sonrojó.

-¿Cómo ha permitido que algo fallara?

-No he permitido que nada fallara.

-Entonces, ¿cómo llamaría a esto?

-Sabotaje, comandante. ¡Sabotaje deliberado y criminal!

-¿ Qué?

-Dos relevadores gravíticos han sido completamente destrozados y las piezas de repuesto necesarias han desaparecido y nadie las encuentra. El mando de propulsión ha sufrido un cortocircuito y no se puede arreglar. Nada de todo eso ha sucedido por accidente.

El comandante se quedó mirando a su ingeniero jefe. Preguntó con voz hueca:

-¿Se puede hacer alguna cosa?

-Quizás encontremos los cinco relevadores de repuesto o podamos adaptar alguna otra pieza de la nave. No estoy seguro. Quizá pudiéramos fabricar un mando de propulsión provisional. De todos modos, necesitaríamos varios días y no es posible garantizar los resultados.

-¡Varios días! -exclamó el comandante-. No disponemos de varios días. ¡Estamos cayendo hacia Júpiter!

Durante unos momentos reinó un silencio absoluto, y después Panner expresó en palabras lo que todos ellos sabían:

-Así es, comandante. Estamos cayendo hacia Júpiter y parece que no podremos detenernos a tiempo. Eso significa que no hay nada que hacer, comandante. ¡Todos somos hombres muertos!

14 UN PRIMER PLANO DE JÚPITER

Fue Lucky el que rompió el mortal silencio subsiguiente, con voz aguda e incisiva:

-Ningún hombre está muerto mientras sea capaz de pensar. ¿Quién es el que maneja con mayor rapidez esta computadora de la nave?

El comandante Donahue dijo:

-El mayor Brant. Es el encargado de la trayectoria regular.

¿Está en la sala de mandos?

-Sí.

-Vayamos a hablar con él. Quiero la Efemérides Planetaria... Panner, usted quédese aquí con los demás y empiece a improvisar alguna pieza de recambio con las demás partes del motor.

-¿De qué servirá...? -empezó Panner.

Lucky le interrumpió apresuradamente:

-Quizá no sirva de nada. En este caso, chocaremos contra Júpiter y usted morirá tras haber malgastado unas cuantas horas de trabajo. Le he dado una orden. ¡A trabajar!

-Pero... -El comandante Donahue no fue capaz de pronunciar otra palabra.

Lucky dijo:

-Como consejero de Ciencias, asumo el mando de esta nave. Sí pretende dísputármelo, haré que Bigman le encierre en su camarote y podrá discutirlo ante un consejo de guerra, suponiendo que sobrevivamos.

Lucky dio media vuelta y subió rápidamente por el pozo central. Bigman indicó al comandante Donahue que lo imitara con un ademán de la mano y él mismo cerró la marcha.

Panner les miró alejarse con el ceño fruncido, se volvió bruscamente hacia los ingenieros y dijo:

-Muy bien, puñado de cadáveres. No lo conseguiremos con el dedo en la boca. ¡A trabajar!

Lucky irrumpió en la sala de mandos.

El oficial que se hallaba de servicio preguntó:

-¿Qué pasa ahí abajo? -Tenía los labios blancos.

-Usted debe ser el mayor Brant -dijo Lucky

No hemos sido formalmente presentados, pero eso no importa. Yo soy el consejero David Starr, y tiene que acatar mis órdenes. Póngase delante de esa computadora y haga lo que le diga con toda la velocidad que pueda.

Lucky tenía la Efemérides Planetaria frente a sí. Como todas las grandes obras de consulta, estaba en forma de libro y no de película. Después de todo, la vuelta de las páginas facilitaba más la rápida localización de un informe específico que el largo desarrollo de una película completa.

Volvió las páginas con creciente habilidad, buscando a lo largo de hileras y columnas de números que localizaban la posición de todas las partículas de materia de más de quince kilómetros de diámetro (y algunas de menos) existentes en el Sistema Solar en un momento determinado, junto con su plano de revolución y velocidad de movimiento.

Lucky dijo:

-Tome nota de las siguientes coordenadas a medida que las lea, junto con la línea de movimiento, y calcule las características de la órbita y la posición del punto en este momento y momentos sucesivos por espacio de cuarenta y ocho horas.

Los dedos del mayor volaron sobre la computadora mientras convertía las cifras en una clave especial que metió en la máquina.

Mientras esto tenía lugar, Lucky dijo:

-A partir de nuestra posición actual y velocidad, calcule nuestra órbita con respecto a Júpiter y el punto de intersección con el objeto cuya órbita acaba de calcular.

El mayor actuó de nuevo.

La computadora arrojó sus resultados en cinta codificada, que se enrolló en un carrete y dictó el tecleo de una máquina de escribir que tradujo los resultados a cifras.

-En el punto de intersección, ¿cuál es el tiempo de discrepancia entre nuestra nave y el objeto? -preguntó Lucky.

El mayor volvió a ponerse en movimiento. Dijo:

-Pasamos de largo por cuatro horas, veintiún minutos y cuarenta y cuatro segundos.

-Calcule la forma de alterar la velocidad de la nave a fin de dar exactamente en el blanco. Ponga una hora a partir de este momento como tiempo de partida.

El comandante Donahue intervino:

-No podemos hacer nada a esta distancia de Júpiter, consejero. La energía de emergencia no nos permitirá alejarnos. ¿Es que no lo comprende?

-¡No estoy pidiendo al mayor que nos aleje, comandante! Le estoy pidiendo que acelere la velocidad de la nave hacia Júpiter, tanto como permita la energía de reserva.

El comandante se estremeció de pies a cabeza.

-¿Hacia Júpiter?

La computadora estaba realizando sus cálculos y los resultados empezaban a salir. Lucky dijo:

-¿Puede acelerar hasta ese punto con la energía de que disponemos?

El mayor Brant repuso temblorosamente:

-Creo que sí.

-Pues hágalo.

El comandante Donahue repitió:

-¿Hacia Júpiter?

-Sí. Exactamente. Io no es el más interno de los satélites de Júpiter. Amaltea, Júpiter Cinco, está más cerca. Si logramos cortar transversalmente su órbita, podremos aterrizar en él. Si no lo conseguimos, bueno, entonces habremos adelantado dos horas el momento de nuestra muerte.

Bigman sintió una oleada de repentina esperanza. Nunca se desesperaba completamente mientras Lucky estaba en acción, pero hasta aquel momento no había comprendido lo que Lucky se proponía hacer. Entonces recordó la conversación que sostuviera con Lucky sobre el tema. Los satélites estaban numerados por el orden en que fueron descubiertos. Amaltea era un pequeño satélite, de ciento cincuenta kilómetros escasos de diámetro, que no se descubrió hasta que los cuatro satélites principales fueron conocidos. Así pues, a pesar de ser el más cercano a Júpiter, era Júpiter Cinco. Uno siempre tendía a olvidarse de ello. Como Io era denominado Júpiter Uno, siempre existía la tendencia de pensar que no existía nada entre él y el planeta.

Y una hora más tarde la Luna Joviana inició una aceleración cuidadosamente planeada hacia Júpiter, apresurándose hacia la trampa mortal.

En la visiplaca ya no había centrada ninguna zona de Júpiter. Aunque éste aumentaba de tamaño por momentos, el centro de visión estaba constituido por una parte del campo estelar a considerable distancia del borde de Júpiter. El campo estelar se hallaba bajo el máximo aumento posible. En ese punto debía estar Júpiter Cinco, aguardando su cita espacial con una nave que se abalanzaba hacia Júpiter. O bien la nave sería atraída por la partícula rocosa y salvada, o bien se perdería para siempre.

-Allí está -dijo Bigman con excitación-. Esa estrella tiene un disco muy visible.

-Calcule la posición y movimiento observados -ordenó Lucky- y compárelos con la órbita de la computadora.

Así se hizo.

-¿Alguna corrección? -preguntó Lucky.

-Tendremos que aminorar unos...

-No importan las cifras. ¡Hágalo!

Júpiter Cinco giraba alrededor de Júpiter en doce horas, moviéndose en su órbita a una velocidad de casi cuatro mil quinientos kilómetros por hora. Esto suponía una rapidez de movimientos superior al doble de Io, y su campo gravitacional equivalía a una vigésima parte del de Io. Por ambas razones, constituía un blanco difícil de acertar.

Los puños del mayor Brant temblaron sobre los mandos mientras las importantísimas sacudidas laterales alteraban ligeramente la órbita de la Luna Joviana para ir al encuentro de Júpiter Cinco y deslizarse por detrás y alrededor de él, equiparando sus velocidades para aquellos momentos vitales que permitirían a la gravedad del satélite establecer a la nave en una órbita en torno suyo.

Júpiter Cinco se había convertido en un objeto grande y brillante. Si continuaba así, buena señal. Si empezaba a disminuir de tamaño, habrían fracasado.

El mayor Brant murmuró:

-Lo hemos conseguido -y sepultó la cabeza entre sus manos temblorosas al soltar los mandos.

Incluso Lucky cerró momentáneamente los ojos con alivio y agotamiento.

En cierto modo, la situación en Júpiter Cinco fue muy distinta a la que había sido en Io. Allí, todos los tripulantes se convirtieron en turistas; la observación del firmamento tuvo prioridad sobre las lentas preparaciones efectuadas en el valle.

Sin embargo, en Júpiter Cinco nadie salió de la Luna Joviana. Lo que había que ver, nadie lo vio.

Los hombres permanecieron a bordo de la nave trabajando en la reparación de los motores. Ninguna otra cosa tenía importancia. Si fracasaban, el aterrizaje en Júpiter Cinco sólo aplazaría la sentencia y alargaría la agonía.

Ninguna nave ordinaria podía aterrizar en Júpiter Cinco para rescatarles, y no existía ninguna otra nave Agrav ni existiría durante un año como mínimo. Si fracasaban, tendrían tiempo suficiente para observar Júpiter y el espectáculo de los cielos mientras aguardaban la muerte.

No obstante, en otras condiciones menos perentorias el panorama habría merecido la pena de contemplarse. Era igual al de Io con todo duplicado y triplicado.

Desde el punto en que había aterrizado la Luna Jóviana, el borde inferior de Júpiter parecía barrer el horizonte. El gigante semejaba tan próximo en el espacio sin aire que cualquier observador hubiera podido creer que estaba al alcance de su mano y que podía sumergirla en aquel círculo de luz,

A partir del, horizonte, Júpiter se extendía hacia arriba, a medio camino del cenit. En el momento de aterrizaje de la Luna Joviana, el planeta estaba casi lleno, y dentro del enorme círculo de brillantes franjas y colores habrían podido colocarse cerca de diez mil lunas llenas como la de la Tierra. Casi una decimosexta parte de toda la bóveda celeste estaba cubierta por Júpiter.

Y como Júpiter Cinco daba la vuelta a Júpiter en doce horas, las lunas visibles (aquí había cuatro y no tres como en Io, puesto que el mismo Io era ahora una luna) se movían a una velocidad aparente tres veces superior a la que desarrollaban en Io. Era el mismo caso de las estrellas, y todo lo demás que poblaba el cielo, excepto Júpiter, una de cuyas caras veía eternamente y, por lo tanto, nunca se movía.

El Sol saldría al cabo de cinco horas y, en apariencia, seria exactamente el mismo que en Io; sería la única cosa que no habría cambiado. Pero avanzaría hacia este satélite cuatro veces más grande a una velocidad tres veces superior y produciría un eclipse cien veces más hermoso.

Pero nadie lo vio. Tuvo lugar mientras la Luna Joviana estaba allí y nadie lo vio. Nadie tuvo tiempo. Nadie tuvo ganas.

Finalmente, Panner se sentó y se quedó mirando al vacío con los ojos hinchados. La carne que los rodeaba estaba encarnada y abultada. Su voz era un ronco murmullo.

-Muy bien. Todo el mundo a sus puestos. Haremos un ensayo general. -Hacía cuarenta horas que no dormia. Los demás habían trabajado por turnos, pero Panner no había descansado ni para comer ni para dormir.

Bigman, que se había dedicado a labores comunes, a llevar y traer, a leer esferas y aguantar palancas según las instrucciones, no tenía lugar en un ensayo general, ningún puesto, ninguna obligación. Así que merodeó sombríamente por la nave en busca de Lucky y lo encontró en la sala de mandos con el comandante Donahue.

Lucky se había quitado la camisa y estaba secándose los hombros, antebrazos y cara con una toalla de plastoplumón.

En cuanto vio a Bigman, dijo vivamente:

-La nave se levantará, Bigman. Pronto despegaremos.

Bigman alzó los ojos.

-Realmente, no será más que un ensayo general, Lucky.

-Dará resultado. Ese Jim Panner ha hecho milagros.

El comandante Donahue dijo con toda solemnidad:

-Consejero Starr, debo decir que ha salvado usted mi nave.

-No, no. El mérito es de Panner. Creo que la mitad del motor está unido con alambre de cobre y mucílago, pero funcionará.

-Sabe a lo que me refiero, consejero. Usted nos condujo a Júpiter Cinco cuando el resto de nosotros estaba a punto de declararnos vencidos. Usted ha salvado mi nave, y daré parte de este hecho cuando comparezca ante un tribunal militar en la Tierra por no haber cooperado con usted en Júpiter Nueve.

Lucky se sonrojó de confusión.

Librodot

-No puedo permitírselo, comandante. Es muy importante que los consejeros eviten la publicidad. En cuanto se refiere al informe oficial, usted habrá estado al mando en todo momento. No se mencionará ninguna de mis acciones.

-Imposible. No puedo aceptar que me alaben por algo que no he hecho.

-No tendrá más remedio. Es una orden. Y no hablemos más de tribunales militares.

El comandante Donahue se enderezó con una especie de orgullo.

-Me lo merecería. Usted me advirtió de la presencia de agentes sirianos. No le hice caso y, en consecuencia, mi nave fue saboteada.

-La culpa es también mía -dijo tranquilamente Lucky-. Estaba a bordo de la nave y no hice nada para evitarlo. No obstante, si podemos llevar de vuelta al saboteador, no habrá tribunal militar.

-El saboteador, naturalmente, es el robot contra el que usted me puso en guardia -dijo el comandante-. ¡Qué ciego he estado!

-Me temo que aún no lo ve con claridad. No ha sido el robot.

-¿Que no ha sido el robot?

-Un robot no habría podido sabotear la nave. Eso habría implicado dañar a los humanos, y eso habría significado quebrantar la Primera Ley.

El comandante frunció el ceño mientras reflexionaba sobre ello.

-Es posible que no supiera que iba a dañarlos.

-Todos los que están a bordo, incluyendo al androide, entienden el Agrav. El robot habría sabido que estaba haciendo daño. En cualquier caso, creo que ya tenemos la identidad del saboteador, o la tendremos dentro de un momento.

-¡Oh! ¿Quién es, consejero Starr?

-Bueno, piense lo que voy a decirle. Si un hombre sabotea una nave para que estalle o se precipite contra Júpiter, tendría que ser un loco o una persona consagrada de forma sobrehumana a su misión para estar a bordo él mismo.

-Sí, supongo que sí.

-Desde que salimos de Io, las antecámaras de compresión no se han abierto ni una sola vez. Si se hubieran abierto habría habido un ligero descenso en la presión del aire, y el barómetro de la nave no indica dicho descenso. Así pues, queda demostrado que el saboteador no subió a la nave en Io. Sigue allí, a menos que ya se haya marchado.

-¿Marcharse? ¿Cómo iba a hacerlo? Ninguna nave podría llegar a Io, excepto ésta.

Lucky sonrió tristemente.

-Ninguna nave terrestre.

El comandante abrió los ojos desorbitada-Ninguna nave siriana, tampoco.

-¿Está seguro?

-Sí, estoy seguro. -El comandante frunció el ceño-. Y en cuanto a eso, espere un momento. Todo el mundo se presentó antes de abandonar Io. No nos habriamos marchado sin alguno de ellos.

-En ese caso, todo el mundo está aún a bordo.

-Yo diría que sí.

-Bueno -dijo Lucky-. Panner ha ordenado a todos los hombres que ocupen sus puestos de emergencia. El paradero de todos y cada uno de los hombres será conocido durante este ensayo general. Llame a Panner y pregúntele si falta alguien.

El comandante Donahue se volvió hacia el interfono y llamó a Panner.

Hubo un pequeño retraso, y después la voz de Panner, infinitamente cansada, respondió:

-Estaba a punto de llamarle, comandante. El ensayo ha tenido éxito. Ya podemos despegar. Si tenemos suerte, el arreglo aguantará hasta que lleguemos a Júpiter Nueve.

-Muy bien -dijo el comandante-. Su trabajo será debidamente reconocido, Panner. ¿Están todos los hombres en sus puestos?

El rostro de Panner, en la visiplaca que había sobre el interfono, pareció endurecerse de repente.

-¡No! ¡Por el Espacio, quería decírselo! No podemos localizar a Summers.

-Red Summers -exclamó Bigman con súbita excitación-. Ese criminal. Lucky...

-Un momento, Bigman -dijo Lucky-. Doctor Panner, ¿está diciéndonos que Summers no está en su camarote?

-No está en ninguna parte. Si no fuera imposible, diría que no está a bordo.

-Gracias. -Lucky se inclinó para cerrar el contacto-. Bien, comandante.

-Escucha, Lucky -dijo Bigman-. ¿Te acuerdas de que una vez te conté que le había visto salir de la sala de máquinas? ¿Qué estaba haciendo allí?

-Ahora lo sabemos -repuso Lucky.

-Y sabemos lo bastante para cogerle -dijo el comandante, con el rostro blanco como el papel-. Aterrizaremos en Io y...

-Espere -dijo Lucky-, lo primero es lo primero. Hay algo que incluso es más importante que un traidor.

-¿Qué?

-La cuestión del robot.

-Eso puede esperar.

-Quizá no. Comandante, me ha dicho que todos los hombres se presentaron a bordo de la Luna Joviana antes de abandonar Io. En ese caso, alguien hizo trampas.

-¿Y bien?

-Creo que deberíamos tratar de descubrir cuál fue esa trampa. Un robot no puede sabotear una nave, pero si un hombre ha saboteado la nave sin el conocimiento del robot, para éste sería muy sencillo ayudar a que el hombre permanezca fuera de la nave si éste se lo pide.

-¿Quiere decir que el que nos hizo creer que Summers estaba a bordo es el robot?

Lucky hizo una pausa. Intentó refrenarse para no abrigar demasiadas esperanzas ni sentirse demasiado triunfante, pero el razonamiento parecía perfecto.

Contestó:

-Así parece.

15 ¡EL TRAIDOR!

-Entonces, es el mayor Levinson -dijo el comandante Donahue. Sus ojos se ensombrecieron-. Sin embargo, me parece imposible.

-¿ Qué es lo que le parece imposible? -preguntó Lucky.

-Que sea un robot. Él es el que pasó lista. Se encarga de los archivos. Le conozco bien y juraría que no puede ser un robot.

-Le interrogaremos, comandante. Y una cosa... -La expresión de Lucky era sombría-. No le acuse de ser un robot; no le pregunte si lo es ni dé a entender que puede serlo. No haga nada que le induzca a creer que sospechamos de él.

El comandante pareció sorprendido.

-¿Porqué no?

-Los sirianos tienen un medio de proteger a sus robots. Una abierta sospecha puede activar algún mecanismo detonador en el interior del mayor, si él es en realidad un robot.

El comandante exhaló explosivamente:

-¡Espacio!

El mayor Levinson mostraba los signos de tensión que eran generales entre los pasajeros de la Luna Joviana, pero se mantuvo en actitud marcial.

-Sí, señor.

El comandante dijo cautelosamente:

-El consejero Starr quiere hacerle unas preguntas.

El mayor Levinson giró para dar la cara a Lucky. Era muy alto, incluso más que Lucky, tenía el cabello rubio, los ojos azules y la cara alargada.

Lucky dijo:

-Todos los hombres se presentaron a bordo de la Luna joviana antes de despegar de Io, y usted realizó la verificación. ¿No es así, mayor?

-Sí, señor.

-¿Vio a los hombres uno por uno?

-No, señor. Usé el interfono. Todos los hombres contestaron desde sus puestos o su camarote.

-¿Todos los hombres? ¿Oyó usted la voz de cada uno de ellos? ¿Cada una de las voces?

El mayor Levinson pareció sorprendido.

-Supongo que sí. La verdad, no lo recuerdo.

-No obstante, es muy importante y le pido que lo recuerde.

El mayor frunció el ceño e inclinó la cabeza.

-Bueno, espere un momento. Ahora que lo pienso, Norrich contestó en lugar de Summers porque Summers estaba en el cuarto de baño. -Después, con una súbita chispa de excitación-: Oiga, ahora mismo están buscando a Summers.

Lucky alzó una mano.

-No se preocupe por eso, mayor. ¿Quiere ir a buscar a Norrich y traerlo?

Norrich llegó del brazo del mayor Levinson. Parecía estupefacto. Dijo:

-Comandante, nadie es capaz de encontrar a Red Summers. ¿Qué le ha sucedido?

Lucky se anticipó a la respuesta del comandante. Dijo:

-Estamos tratando de averiguarlo. ¿Se encargó usted de contestar por Summers cuando el mayor Levinson comprobaba que todos estuvieran a bordo antes de abandonar Io?

El ingeniero ciego enrojeció. Repuso escuetamente:

Sí.

-El mayor sostiene que usted le dijo que Summers estaba en el cuarto de baño. ¿Era así?

-Bueno... No, no era así, consejero. Había salido un momento de la nave para recoger algunas piezas de equipo que dejó atrás. No quería que el comandante le reprendiera (perdone, señor), por negligencia, y me pidió que le encubriera. Dijo que volvería mucho antes del despegue.

-¿Lo hizo?

-Yo..., yo creí... tuve la impresión de que sí. Creo que Mutt ladró y yo supuse que Summers había vuelto; pero no tenía nada que hacer en el momento del despegue, así que me fui a hacer la siesta y me olvidé de la cuestión. Casi enseguida se produjo el desastre en la sala de máquinas, y entonces ya no hubo tiempo de pensar en nada.

La voz de Panner sonó a través del interfono central con súbita fuerza:

-Aviso a todos los hombres. Vamos a despegar. Todo el mundo a sus puestos.

La Luna joviana volvía a estar en el espacio, elevándose contra la gravedad de Júpiter con potentes ondas de impulso. Gastaba energía a una velocidad que habría arruinado a cinco naves ordinarias y sólo la débil trepidación en el sonido de los hiperatómicos recordaba que el mecanismo de la nave dependía, en parte, de dispositivos provisionales.

Panner se lamentó lúgubremente de las escasas reservas energéticas disponibles. Dijo:

-No volveré más que con el setenta por ciento de la energía original, cuando podría haber sido el ochenta y cinco o noventa. Si aterrizamos en Io y hacemos otro despegue, volveremos con sólo el cincuenta. Y no sé si resistiremos otro despegue.

Pero Lucky dijo:

-Tenemos que coger a Summers, y usted sabe por qué.

Mientras Io aumentaba nuevamente de tamaño en la visiplaca, Lucky dijo -con cierta pesadumbre:

-No es seguro que podamos encontrarle, Bigman.

Bigman repuso con incredulidad:

-No creerás que los sirianos le hayan recogido, ¿verdad?

-No, pero Io es grande. Si se aleja del lugar en que le dejamos, es posible que no le localicemos nunca. Yo confío en que haya permanecido allí. Si no hubiese tenido que trasladar el aire, la comida y el agua, de modo que lo más lógico es que no se haya movido. Además, no tiene razón para esperar que regresemos.

-Tendríamos que haber adivinado que se trataba de él, Lucky -dijo Bigman-. Lo primero que hizo fue tratar de matarte. ¿Por qué iba a hacerlo, si no estaba confabulado con los sirianos?

-Tienes razón, Bigman, pero no te olvides de una cosa: nosotros buscábamos un espía. Summers no podía ser el espía. No tenía acceso a la información filtrada. Una vez me convencí de que el espía era un robot, eliminé a Summers como posible sospechoso. La V-rana había detectado emoción en él, así que no podía ser un robot y por lo tanto no podía ser el espía. Claro que esto no le excluía de ser un traidor y saboteador, y yo no tendría que haberme cegado hasta este punto en la sola búsqueda del espía.

Meneó la cabeza y añadió:

-Éste parece ser un caso lleno de decepciones. De haber sido cualquiera menos Norrich el que encubrió a Summers, habríamos tenido a nuestro robot. Lo malo es que Norrich es el único hombre que podía haber tenido suficientes razones para cooperar de buena fe con Summers. Le está agradecido; todos lo sabemos. Además, Norrich pudo no enterarse de que Summers no había regresado antes del despegue. Al fin y al cabo, es ciego.

-Aparte de lo cual -dijo Bigman-, demostró tener emociones, así que no puede ser el robot.

Lucky asintió:

-Es verdad. -Sin embargo, frunció el ceño y guardó silencio.

Descendieron lentamente sobre la superficie de Io, aterrizando casi en el mismo sitio que en la anterior ocasión. Los puntos y sombras borrosas del valle se transformaron en el equipo que habían dejado allí, cuando estuvieron más cerca. Lucky examinaba atentamente la superficie a través de la visiplaca,

-¿Dejamos alguna tienda cerrada herméticamente en Io?

-No -repuso el comandante.

-Entonces es posible, que atrapemos a nuestro hombre. Como puede ver, hay una tienda detrás de aquella formación rocosa. ¿Tiene la lista del material extraviado a bordo?

El comandante le tendió una hoja de papel sin comentarios, y Lucky la inspeccionó. Dijo:

-Bigman y yo nos encargaremos de él. No creo que necesitemos ayuda.

El pequeño sol estaba muy alto, y Bigman y Lucky avanzaron sobre sus propias sombras. Júpiter se hallaba en cuarto menguante.

Lucky habló por la longitud de onda de Bigman.

-A menos que esté durmiendo, debe haber visto la nave.

-O a menos que se haya ido -repuso Bigman.

-Dudo que se haya ido.

Y casi enseguida Bigman exclamó:

-¡Arenas de Marte, Lucky, mira ahí arriba!

Una figura hizo su aparición sobre las rocas. Se recortaba claramente sobre la fina línea amarilla de Júpiter.

-No se muevan -dijo una voz baja y cansada en la longitud de onda de Lucky-. Tengo un lanzarrayos.

-Summers- dijo Lucky-, baje y ríndase.

Una nota de amargo sarcasmo se introdujo en la tensa voz del otro:

-He acertado la longitud de onda, ¿Verdad, consejero? Aunque no ha sido difícil, dado el tamaño de su amigo... Regresen a la nave o los mato a los dos.

-No amenace inútilmente -dijo Lucky-. A esta distancia no podría dar en el blanco ni con una docena de disparos.

Bigman añadió con ira:

-Yo también estoy armado y yo sí que puedo dar en el blanco a esta distancia. No lo olvide ni un momento y no acerque siquiera un dedo al botón activador.

-Tire la pistola y ríndase -dijo Lucky.

-¡Nunca! -contestó Summers.

-¿Por qué no? ¿A quién es usted leal? -inquirió Lucky~. ¿A los sirianos? ¿Le prometieron ellos venir a recogerle? En ese caso, le mintieron y traicionaron. No se merecen su lealtad. Dígame dónde se encuentra la base siriana en el sistema de Júpiter.

-¡Usted, que sabe tantas cosas, imagíneselo!

-¿Qué tipo de onda emplea para ponerse en contacto con ellos?

-Averígüelo usted mismo... No se muevan de donde están.

-Ayúdenos a nosotros ahora, Summers -dijo Lucky-, y haré todo lo que pueda para suavizar su condena en la Tierra.

Summers se echó a reír débilmente.

-¿Palabra de consejero?

-Sí.

-No me sirve de nada. Regresen a la nave.

-¿Por qué se ha vuelto contra su propio mundo, Summers? ¿Qué le han ofrecido los sirianos? ¿Dinero?

¡Dinero! -La voz del otro sonó repentinamente furiosa-. ¿Quiere saber lo que me ofrecieron? Sé lo diré. Una oportunidad de llevar una vida decente. -Oyeron rechinar los dientes de Summers-. ¿Qué tenía yo en la Tierra? Miseria durante toda mi vida. Es un planeta abarrotado de gente donde no hay la oportunidad de hacerse un nombre y labrarse una posición. Dondequiera que iba me encontraba rodeado por millones de personas que se arañaban mutuamente para sobrevivir, y cuando intenté arañar a mi vez, me metieron en la cárcel. Entonces decidí que si alguna vez podía hacer algo que redundara en perjuicio de la Tierra, lo haría.

-¿Qué espera conseguir de Sirio en forma de una vida decente?

. -Me invitaron a emigrar a los planetas sirianos, si es que tanto le interesa. -Hizo una pausa, y su respiración produjo ligeros silbidos-. A los mundos nuevos. Mundos limpios. Allí hay espacio para muchos hombres; necesitan hombres y talento. Allí tendría una oportunidad.

-Nunca llegará a ir. ¿Cuándo vienen a buscarle?

Summers guardó silencio.

-Afróntelo, hombre -dijo Lucky-. No vendrán por usted. No tienen una vida decente para usted; ninguna clase de vida para usted. Sólo la muerte. Les esperaba hace días, ¿verdad?

-No.

-No mienta. Eso no contribuirá a mejorar su situación. Hemos comprobado los suministros faltantes en la Luna Joviana. Sabemos exactamente la cantidad de oxigeno que se llevó de la nave. Los cilindros de oxigeno son muy difíciles de transportar, incluso bajo la gravedad de Io, cuando se tiene que ir deprisa para no ser sorprendido. Sus reservas de aire ya deben de estar casi acabadas, ¿verdad?

-Tengo aire de sobra -dijo Summers.

-Digo que casi no tiene -replicó Lucky-. ¿No ve que los sirianos no vendrán a buscarle? No pueden venir a buscarle sin Agrav y ellos no tienen Agrav. Gran Galaxia, hombre, ¿es que ansía ir a los mundos sirianos hasta el punto de dejarse matar por ellos en la traición más clara y cruel que he visto nunca? Vamos a ver, ¿qué ha hecho por ellos?

-Hice lo que ellos me pidieron, que no fue mucho -respondió Summers-. Y si algo me pesa -gritó en una súbita baladronada- es no haber destruido la Luna Joviana. ¿Cómo lograron escaparse? Yo lo dispuse. Dispuse la avería... -concluyó sofocándose.

Lucky hizo una seña a Bigman y echó a correr con el paso largo y alto que era característico en los mundos de baja gravedad. Bigman le siguió, cambiando de dirección para no ofrecer un solo blanco.

Summers levantó el lanzarrayos y se oyó una debilísima detonación, todo lo que permitía la fina atmósfera de Io. Se alzó un remolino de arena, y se formó un cráter a pocos centímetros de la veloz figura de Lucky.

-No me atraparán -gritó Summers con débil violencia-. No volveré a la Tierra. Ellos vendrán a buscarme. Los sirianos vendrán a buscarme.

-Arriba, Bigman -dijo Lucky.

Había llegado a la formación rocosa. Dando un salto hacia arriba, se asió a un saliente y se encaramó un poco más. En una gravedad seis veces inferior a la normal, un hombre, incluso con traje espacial, podía superar la habilidad trepadora de una cabra montesa.

Summers lanzó un grito. Se llevó las manos al casco y, dando un salto hacia atrás, desapareció.

Lucky y Bigman llegaron a la cima. La formación rocosa era extremadamente escarpada por el otro lado, con afloramientos en todo el precipicio. Summers era una figura con los brazos y las piernas extendidos, que caía lentamente hacia abajo, chocando con las rocas y rebotando.

Bigman dijo:

-Vamos por él, Lucky. -Y dio un gran salto hacia delante, para alejarse del borde. Lucky le siguió.

En la Tierra habría sido un salto mortal, e incluso en Marte. En Io era poco más que nada.

Llegaron al suelo con las rodillas dobladas y se dejaron rodar para amortiguar el impacto. Lucky fue el primero en levantarse y correr hacia Summers, que yacía boca abajo e inmóvil.

Bigman se le reunió jadeando.

-Oye, no puedo decir que haya sido el salto más fácil que... ¿Qué pasa con ése?

Lucky repuso sombríamente:

-Está muerto. Me di cuenta de que tenía poco oxígeno por su forma de hablar. Estaba casi inconsciente. Por eso le apremié.

-Se puede resistir mucho tiempo aun estando inconsciente -dijo Bigman.

Lucky meneó la cabeza.

-Él se aseguró de que no fuera así. Realmente no quería que le atrapáramos. Justo antes de saltar, ha abierto su casco para respirar el aire venenoso de Io y se ha lanzado contra las rocas.

Se apartó y Bigman pudo dar una ojeada al rostro destrozado.

¡Pobre loco! -dijo Lucky.

-¡Pobre traidor! -se enfureció Bigman-Lo más probable es que lo supiera todo y no haya querido decírnoslo. Ahora ya no podrá hacerlo.

-No es necesario, Bigman -dijo Lucky-. Creo que ahora yo también lo sé.

16 ¡EL ROBOT!

-¿De verdad? -inquirió el pequeño marciano con voz estridente-. ¿De qué se trata?

Pero Lucky dijo:

-Ahora no. -Bajó la mirada hacia Summers, cuyos ojos estaban fijos en el extraño cielo. Dijo-: Summers tiene un honor. Es el primer hombre que ha muerto en Io.

Alzó la vista. El Sol se estaba ocultando por detrás de Júpiter. El planeta se convertía gradualmente en un circulo plateado de atmósfera crepuscular.

-Pronto oscurecerá. Regresemos a la nave -dijo Lucky.

Bigman medía su camarote con grandes pasos. Sólo daba tres en una dirección y tres en otra, pero lo hacía. Dijo:

-Pero, Lucky, si ya lo sabes, ¿por qué no...?

No puedo actuar normalmente y arriesgarme a que explote -repuso Lucky-. Déjame hacerlo cuando y como yo quiera, Bigman.

La firmeza de su tono, reprimió a Bigman. Éste cambió de tema y preguntó:

-Bueno, entonces, ¿por qué perder más tiempo en Io a causa de ese maldito traidor? Está muerto. No podemos hacer nada más por él.

-Sí, una cosa-dijoLucky. La señal de entrada se encendió intermitentemente y añadió-: Abre, Bigman. Debe de ser Norrich.

Lo era. El ingeniero ciego entró, precedido de su perro, Mutt.

Los ojos azules de Norrich parpadearon rápidamente. Dijo:

-He oído lo de Summers, consejero. Es algo horrible pensar que trató de..., de... Es horrible que fuera un traidor. Sin embargo, en cierto modo me da pena.

Lucky asintió.

-Lo suponía. Ésta es la razón de que le haya pedido que viniera. Ahora en Io está oscuro. El Sol se ha eclipsado. Cuando el eclipse haya finalizado, ¿saldrá conmigo para enterrar a Summers?

-Encantado. Es algo que debemos hacer por cualquier hombre, ¿no es así? -Norrich dejó caer la mano para acariciar el hocico de Mutt, y el perro se acercó y frotó contra su amo como si experimentara la necesidad de ofrecer simpatía.

-Pensé que quizá le gustaría venir conmigo -dijo Lucky-. Al fin y al cabo, era amigo suyo. Es lógico que quiera rendirle los últimos honores.

-Gracias. Tendré mucho gusto. -Los ojos sin vista de Norrich estaban húmedos.

justo antes de colocarse el casco sobre la cabeza, Lucky dijo al comandante Donahue:

-Será nuestra última expedición. Cuando regresemos, partiremos hacia Júpiter Nueve.

-Bien -contestó el comandante, y cuando sus ojos se encontraron parecieron entenderse sin palabras.

Lucky se puso el casco, y en otra esquina de la sala de mandos los sensibles dedos de Norrich palparon delicadamente el flexible traje espacial de Mutt, para asegurarse de que todos los broches estaban bien cerrados.

Dentro del casco de extraña forma y con la parte delantera transparente que encerraba la cabeza de Mutt, las mandíbulas del perro se abrieron y cerraron en un ladrido apenas audible.

Era evidente que Mutt sabía que le llevaban a dar un paseo bajo escasa gravedad y estaba encantado con dicha perspectiva.

La primera tumba de Io ya había sido cavada. Se hallaba abierta sobre duro terreno rocoso gracias a la ayuda de excavadoras. Estaba llena de tierra y coronada por una roca ovalada a modo de señal.

Los tres hombres permanecieron a su alrededor mientras Mutt vagaba a lo lejos, tratando inútilmente, como siempre, de examinar las cercanías a través del metal que le privaba del sentido del olfato. Bigman, que sabía lo que Lucky esperaba de él, aunque ignoraba la razón, aguardó tensamente.

Norrich tenía la cabeza inclinada y dijo en voz, baja: Este fue un hombre que deseó algo con todas sus fuerzas, hizo el mal por esta razón, y ha pagado por ello.

-Hizo todo lo que los sirianos le pidieron -añadió Lucky-. Este fue su crimen. Cometió sabotaje y...

Norrich se puso rígido cuando la pausa efectuada por Lucky se alargó. Preguntó:

-¿Y qué?

-Y le consiguió a usted una plaza a bordo de la nave. Se negó a unirse a la tripulación sin usted. Usted mismo me explicó que sólo gracias a él entró a formar parte de la Luna Jóviana.

La voz de Lucky se hizo severa:

-Es usted un robot espía colocado aquí por los sirianos. Su ceguera le hace parecer inocente ante los demás componentes del proyecto, pero es que no necesita el sentido de la vista. Usted mató a la V-rana y encubrió a Summers para que se escabullera de la nave. Su propia muerte no significaba nada para usted frente a las órdenes, tal como establece la Tercera Ley. Y, finalmente, me engañó usted por el despliegue de emoción que detecté a través de la V-rana, una emoción sintética que los sirianos pusieron en su interior.

Ésta era la frase que Bigman estaba aguardando. Alzando el cañón de su pistola, se lanzó sobre Norrich, cuyas incoherentes protestas no se materializaban en palabras.

-Sabía que era usted -gritó Bigman-, y voy a destrozarle.

-No es verdad -gimió Norrich, recuperando la voz. Levantó las manos y se tambaleó hacía atrás.

Y de pronto, Mutt echó a correr con la velocidad de un rayo. Se lanzó furiosamente a recorrer los cuatrocientos metros que le separaban de los hombres, dirigiéndose con desesperada pasión hacia Bigman.

Bigman no le hizo caso. Con una mano agarraba a Norrich por el hombro. Con la otra sostenía la pistola.

¡Entonces Mutt se desplomó!

Cuando aún estaba a treinta metros de la pareja, sus patas se inmovilizaron, dio un traspié y rodó junto a ellos, acabando por detenerse completamente. A través del visor de su casco se veían sus mandibulas abiertas, como si hubiera sido sorprendido en medio de un ladrido.

Bigman mantuvo su posición amenazadora sobre Norrich como si él tampoco pudiera moverse.

Lucky se acercó al animal con rapidez. Utilizó su pala energética a modo de pesado cuchillo y rasgó el traje espacial de Mutt del cuello a la cola.

Después, con todos los músculos en tensión, rasgó la piel de la nuca y palpó hábilmente con sus flexibles dedos. Éstos se cerraron sobre una pequeña esfera que no era hueso. Alzó la esfera y encontró resistencia. Conteniendo la respiración, arrancó los cables que la mantenían en su lugar y se levantó, respirando con alivio. La base del cerebro era el sitio lógico donde colocar un mecanismo que debía ser activado por el cerebro, y lo había encontrado. Mutt ya no podía hacer daño a nadie.

Como si presintiera lo ocurrido, Norrich exclamó:

-¡Mi perro! ¿Qué le están haciendo a mi perro?

-No es ningún perro, Norrich -dijo Lucky suavemente. Nunca lo ha sido. Era un robot. Vamos, Bigman, condúcele hasta la nave. Yo llevaré a Mutt.

Lucky y Bigman estaban en la habitación de Panner. La Luna joviana estaba nuevamente en pleno vuelo, e Io quedaba atrás, no siendo ya otra cosa que una brillante partícula en el cielo.

-¿Qué fue lo que le traicionó? -preguntó Panner.

Lucky repuso sombríamente:

-Muchísimas cosas que yo no observé. Todas las pistas señalaban claramente a Mutt, pero yo estaba tan preocupado por encontrar un robot humanoide, tan convencido de que el robot tenía que parecer humano, que no reparé en la verdad a pesar de tenerla enfrente.

-Entonces, ¿ cuándo se dio cuenta?

-Cuando Summers se suicidó al tirarse por el precipicio. Lo miré, allí tendido, y me acordé de la caída de Bigman a través del amoníaco y lo muy cerca que estuvo de la muerte. Pensé: «Ahora no hay ningún Mutt que pueda salvar a éste... » Y eso fue todo.

-¿Cómo? No lo entiendo.

-¿Cómo salvó Mutt a Bigman? Cuando el perro pasó junto a nosotros corriendo, Bigman estaba debajo del hielo, y no se le podía ver. Sin embargo, Mutt se tiró de cabeza, encontró a Bigman sin la menor vacilación y le sacó a rastras. Nosotros lo aceptamos sin reflexionar porque estamos acostumbrados a que los perros encuentren algo imposible de ver por medio de su sentido del olfato. Pero la cabeza de Mutt estaba encerrada. No pudo ver ni oler a Bigman, a pesar de lo cual no tuvo dificultad de ninguna clase en localizarle. Tendríamos que habernos dado cuenta de que eso implicaba una percepción sensorial insólita. Sabremos exactamente cuál cuando nuestros especialistas en robots estudien el cuerpo.

-Ahora que lo dice -repuso Panner-, parece evidente. El perro tenía que traicionarse porque la Primera Ley le obligaba a evitar que un ser humano se hiciera daño.

-Así es -dijo Lucky-. Una vez empecé a sospechar de Mutt, hubo varios factores que encajaron a la perfección. Summers se las había ingeniado para tener a Norrich a bordo, es verdad, pero al hacer tal cosa, también tenía a Mutt a bordo. Además, Summers fue el que regaló Mutt a Norrich. Hay muchas posibilidades de que exista un círculo de espías en la Tierra cuya única tarea sea distribuir estos perros robots entre la gente que trabaja dentro o cerca de los centros de investigación más importantes.

»Los perros son unos espías perfectos. Si encuentras a un perro metiendo la nariz en tus papeles o paseando por una sección supersecreta de un laboratorio, ¿se te ocurre preocuparte? Lo más probable es que acaricies al perro y le des una galleta. He examinado a Mutt lo mejor que he podido y creo que lleva un transmisor subetéreo en su interior que le mantiene en contacto con sus amos sirianos. Ellos ven lo que él ve y oyen lo que él oye. Por ejemplo, vieron la V-rana a través de los ojos de Mutt, reconocieron el peligro que suponía y le ordenaron matarla. Incluso supo manejar un proyector de energía con el que fundir la cerradura de una puerta. Aunque fuera sorprendido en plena acción, siempre existía la polibilidad de que lo achacáramos todo a los sucesos accidentales de un perro que jugaba con un arma que había encontrado.

»Pero una vez se me hubo ocurrido todo esto, comprendí que no había resuelto más que una mínima parte del problema. Tenía que tratar de mantener al perro intacto. Estaba seguro de que cualquier sospecha demasiado clara con respecto a Mutt activaría una explosión en su interior. Así que lo primero que hice fue llevar a Norrich y Mutt a una prudente distancia de la nave con la excusa de cavar la tumba de Summers. De esta forma, si Mutt explotaba, por lo menos la nave y sus hombres se salvarían. Naturalmente dejé una nota al comandante Donahue, con instrucciones de abrirla en caso de que yo no regresara, para que la Tierra pudiese investigar a todos los perros de los centros de investigación.

»Entonces acusé a Norrich...

Bigman le interrumpió:

-Arenas de Marte, Lucky, por un momento pensé que hablabas en serio al decir que Norrich había matado la V-rana y nos había engañado con emoción incorporada.

Lucky meneó la cabeza.

-No, Bigman. Si hubiera podido engañarnos con emoción incorporada, ¿por qué molestarse en matar a la V-rana? No, queria asegurarme de que si los sirianos nos escuchaban a través de los sentidos de Mutt, se persuadieran de que seguía la pista equivocada. Además, estaba montando una escena dedicada a Mutt.

»Como ya sabe, Bigman, siguiendo mis instrucciones, atacó a Norrich. Como buen perro lazarillo que era, Mutt había sido construido con estrictas órdenes de defender a su amo de cualquier ataque, y obedecer las órdenes forma parte de la Segunda Ley. Normalmente no se producen problemas en este sentido. Poca gente ataca a un ciego, y aquellos que lo hacen suelen detenerse cuando el perro gruñe o simplemente enseña los colmillos.

»Pero Bigman persistió todavía en su ataque, y Mutt, por vez primera desde que fuera construido, tuvo que llegar hasta el final. Pero ¿cómo iba a hacerlo? No podía hacer daño a Bigman. Primera Ley. Sin embargo, no podía permitir que Norrich sufriera ningún daño. Era un verdadero dilema y Mutt se estropeó. En cuanto eso sucedió, me aseguré de que fuera imposible activar cualquier bomba que hubiera en su interior. Así que la extraje y pudimos considerarnos a salvo.

Panner aspiró profundamente.

-Buen trabajo.

-¿Buen trabajo? -replicó Lucky-. Podría haber hecho lo mismo el primer día que estuvimos en Júpiter Nueve, si hubiera estado en mis cabales. No obstante, casi lo hice. La idea rondaba continuamente en mi cabeza y no logré darle forma.

-¿De qué se trataba, Lucky? -Preguntó Bigman-. Todavía no lo sé.

-De algo muy sencillo. La V-rana detectaba emoción animal de igual modo que emoción humana. Tuvimos un ejemplo de ello al aterrizar en Júpiter Nueve. Detectamos hambre en la mente de un gato. Un poco más tarde conocimos a Norrich y él te instó a que simularas golpearle para demostrarte la agresividad de Mutt. Tú lo hiciste así. Detecté las emociones de Norrich y las tuyas, Bigman, a través de la V-rana, pero aunque Mutt hizo gala de verdadera cólera en sus manifestaciones externas, no detecté ninguna muestra de dicha emoción. Obtuvimos una prueba definitiva el mismo día de nuestra llegada, y si Mutt no tenía emociones es que no era un perro, sino un robot. Sin embargo, yo estaba tan convencido de que debía buscar a algún humano que mi mente no asimiló este detalle... Bueno, vamos a cenar y de paso haremos una visita a Norrich. Quiero prometerle que le conseguiré otro perro, uno verdadero.

Se levantaron, y Bigman dijo:

-Sea como fuere, Lucky, quizá nos haya llevado algún tiempo, pero hemos detenido a los sirianos.

-No sé si los habremos detenido -repuso Lucky serenamente-; lo que sí hemos hecho ha sido frenarlos.